ARCHIVOS DEL ESPACIO I

EL PLANETA RASGADO



CIENCIA FICCIÓN DURA

BRANDON Q. MORRIS

EL PLANETA RASGADO

Ciencia ficción dura

Archivos del espacio

Libro 1

BRANDON Q MORRIS

Traducido por

TOMAS IBARRA CERVANTES



Índice

El Planeta Rasgado

Al calor de la hoguera

El Planeta Rasgado





GJ 1061 d

¡Malditos dragones! Adán reptó por el suelo. Los tallos estaban quemados casi por completo; cenizas grises se esparcían a su alrededor. Escudriñó el suelo. El permafrost debía de estar aun relativamente alto. Quizás eso era una suerte. En esta época del año, normalmente se reducía a una profundidad de diez metros.

Entonces no habría sido mala suerte, sino un desastre. Miró al cielo. El sol luchaba con los cristales de hielo de las nubes bajas. Los dragones odiaban volar entre ellas. Por eso debían de haber volado tan bajo sobre sus campos. Se puso de pie y se sacudió el polvo de las rodillas. La piel que habían arrancado de un perforador parecía cuero. El olor persistente era una protección fiable contra los aguijones.

Suspiró. Las paredes protectoras a ambos lados del campo eran demasiado bajas. Ojalá no hubiera aceptado la sugerencia de Eva de cortar por la mitad los troncos de hierro. Les había ahorrado mucho trabajo, pero ahora los dragones no se tomaban en serio la barrera y volaban demasiado bajo.

Al fin y al cabo, no estaban destruyendo sus campos a propósito. Lo habían descubierto durante una excursión invernal a los lugares de reproducción de los dragones: los animales voladores ingerían sustancias que necesitaban para acelerar su metabolismo. Lo que quedaba después de la digestión era extremadamente inflamable, y

los animales lo expulsaban a través de dos orificios situados encima de la cloaca. El fuego artificial podía utilizarse para atraer a los animales, ya que no tenían una buena vista y quizá confundían cualquier fuego abierto con un miembro de su misma especie.

Eva silbó. Alto, bajo, alto y luego de uno a cuatro silbidos adicionales dependiendo de la posición del sol. Esa era su señal de reconocimiento. Adán contó. Faltaba un silbido. «Tranquilo, Adán. Es Eva. Simplemente no está mirando bien al cielo otra vez». La reconoció por el recipiente de agua que se elevaba muy por encima de sus hombros.

Ella atravesó la puerta de la valla y le hizo un gesto con la mano. Él señaló los tallos quemados. Eva miró su muñeca. Llevaban unos diez años sin relojes, pero ella había conservado el gesto. Significaba algo así como «el tiempo lo arreglará» o «la hierba volverá a crecer en verano». Así era. Adán señaló la barrera.

—Es demasiado baja —dijo.

Eva le dio un golpecito en el hombro.

—Tienes que mirarme —gesticuló ella.

Eva era sorda desde que había sufrido una enfermedad de niña. Al menos eso era lo que le había dicho Chenko. Adán suspiró al pensar en el robot. Si todavía estuviera allí, estarían mejor. Chenko siempre encontraba una solución.

Eva le dio otro golpecito. No le gustaba que él no repitiera las frases que ella no había visto. Eva era muy buena leyendo los labios pero él tenía que darle la oportunidad.

—Es demasiado baja —repitió él.

Eva silbó una vez, que significaba «sí», dudó y volvió a silbar, que significaba «no». Ella silbaba mejor que él, pero le costaba hablar. Ni siquiera Chenko sabía con certeza por qué no hablaba. Quizás no le parecía justo facilitarle la comunicación a él cuando a ella le costaba tanto.

—El dragón de fuego voló tan bajo que destruyó todos los tallos —explicó él.

Eva asintió. Ahora estaba a punto de cambiar de tema y, efectivamente, se quitó la mochila y la abrió. Había un gusano del trueno nadando en su sangre. Sacó al animal. Un líquido verde

goteaba de un agujero tan grueso como el mango de su cazo. Eva era hábil. Debía de haberlo atrapado a corta distancia.

Donde la sangre caía al suelo, aparecían lenguas hambrientas. Eran las larvas del gusano, como había descubierto Chenko. Eva señaló el refugio y luego su estómago. Quería preparar el animal. Adán asintió. Él también tenía hambre. Pero ¿dónde había dejado Eva las bolsas de agua?

La agarró por el hombro, lo que a ella le disgustó porque no lo vio venir, pero a veces había que hacerlo. Como Chenko ya no estaba allí, Adán a veces se sentía como su padre, lo que a Eva le gustaba aún menos. Lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué hay de las bolsas? —preguntó él—. Te fuiste con las ocho. ¿Dónde están?

Ella se mordió el labio inferior y dio un pisotón.

—¿Siguen en la fisura?

Eva asintió y se frotó las manos, con las palmas hacia arriba. Sentía remordimiento. Era uno de los pocos gestos que solía hacer. Luego, señaló al gusano y a él.

—No. Tú prepáralo y yo voy a por el agua.

La fisura ya estaba allí cuando llegaron con Chenko. Se extendía por el paisaje en dirección norte-sur durante muchos días. El suelo había sido rasgado hasta una profundidad de varios cientos de metros. Como resultado, el permafrost entraba en contacto con la atmósfera. El hielo se derretía y el agua se podía recoger en bolsas.

Chenko había hecho diez. Entretanto habían perdido dos. Las ocho restantes eran suficientes para dos días: beber, cocinar e higiene. Tenían que cuidarlas bien. El problema era que estaban hechas de piel de hollador, y solo Chenko era capaz de cazar a estos animales de seis patas que vivían cerca del desierto nevado del sur. Eran herbívoros inofensivos, pero si atacabas a uno, tenías que enfrentarte a la manada.

Adán siguió el rastro. Le recordaba al delta de un río. Eso se debía a que el suelo se ablandaba donde solían caminar. Por eso, siempre tenían que abrir nuevos caminos si no querían volver con las botas sucias. Eva a veces caminaba por el barro a propósito. Adán vio algunas de sus huellas. Debían de tener unos diez centímetros de profundidad. Pero como él se negaba a limpiarle las botas, ella rara vez se permitía hacerlo.

Ella le había tildado de «aguafiestas» en la tableta.

Era muy buena para leer y escribir. Cuando no tenían nada que hacer (lo cual era menos frecuente desde la ausencia de Chenko), leía libros antiguos en la tableta, cuyo atractivo Adán no entendía. Él prefería usar el dispositivo para entablar largas conversaciones con su hermana. Entonces reinaba una paz maravillosa, al menos hasta que Eva se reía de algo que él había escrito. Esos momentos eran perfectos, casi tan buenos como en los viejos tiempos, cuando Chenko les inventaba historias.

La fisura se anunció con un viento gélido. Adán se estremeció. Normalmente, en esa época del año las temperaturas superaban los veinte grados. Se subió la cremallera de la chaqueta. Haría aún más frío al borde de la fisura. El aire frío del sur, cubierto de hielo, utilizaba el amplio canal para fluir hacia el ecuador. Chenko había calculado una vez que, sin la fisura, la temperatura media anual en esta zona habría sido hasta cinco grados más alta, lo que habría derretido el permafrost. Habrían tenido que vivir en un enorme pantano.

Chenko, Chenko, Chenko. De alguna manera, aparecía en todos sus pensamientos. Adán había esperado que disminuyera, pero era todo lo contrario. Se sacudió, tratando de alejar el pasado. La fisura estaba delante de él y tenía que concentrarse en su trabajo.



Adán comprobó el cabrestante. La rueda estaba suelta y giraba. La había engrasado ayer mismo. Enganchó con cuidado la primera bolsa. Las bolsas estaban cortadas de manera que se abrían hacia

los lados, hacia el borde de la fisura. Esto permitía que el agua fresca se vertiera directamente desde los canales hacia la abertura sin que la bolsa o el agua entraran en contacto con el borde sucio de la fisura.

Despacio. Si querías mover el pequeño brazo móvil sobre la fisura, tenías que estar tranquilo y concentrado. Eva estaba más relajada en este sentido. Adán siempre imaginaba hasta dónde llegaba. El gorgoteo del río en el fondo de la grieta no ayudaba. Quizás Eva tenía ventaja en este sentido. O tal vez era más valiente que él. No le importaba. Alguien tenía que pensar en los peligros antes de afrontarlos. Formaban un buen equipo.

Giró la barra móvil. Estaba a solo medio metro del abismo. El aire frío le puso la piel de gallina. Miró a lo lejos. A unos cien metros había un nido de dragones. Era una especie de plataforma en medio de la fisura. Chenko había explicado su existencia diciendo que estaba hecha de una roca más dura que se había erosionado con el tiempo. Adán prefería creer que los dragones de fuego la habían construido para poder descansar al cruzar la fisura. De hecho, a menudo había visto allí a un dragón. Los animales poseían cierta inteligencia. Chenko los había comparado con los perros terrestres, que Adán solo conocía por los registros del Creador.

Adán se alejó del abismo. Ahora tenía que girar una manivela para bajar la bolsa. No sabía exactamente por dónde salía el agua del suelo, pero nunca había visto que la bolsa no se llenara en algún sitio. Y ahí estaba. La presión del agua que brotaba sacudió la barra. Adán detuvo la manivela.

Ahora solo tenía que mantenerla hasta que la bolsa estuviera llena. Cuanto más pesaba, más tiraba de la manivela. Solo sabía por experiencia cuándo estaba completamente llena. Pasó el tiempo dejando que su mirada vagara por la fisura. Nunca había estado al otro lado. ¿Cómo sería? Chenko había tomado fotos desde el Messenger cuando aterrizaron, pero no le daban a Adán una idea de cómo era realmente.

Quizás deberían intentar la expedición que llevaban tanto tiempo planeando. La fisura terminaba mucho antes del ecuador. Tendrían que avanzar hacia el norte unos mil doscientos kilómetros y luego

volver a caminar esa misma distancia hacia el sur para poder saludarse desde allí. Adán miró fijamente la lejana orilla y saludó con el brazo libre.

Allí, una respuesta. Frunció el ceño. No, probablemente solo era un dragón que acababa de despegar al otro lado. Pero no podía preocuparse por eso, porque ahora la bolsa estaba llena. La volvió a subir, giró la barra móvil para poder quitar la bolsa, la cerró y enganchó la siguiente. Luego, volvió a girar el brazo sobre la fisura y bajó poco a poco la carga.

Solo entonces se fijó en la sombra. Había estado mirando bien. El dragón se acercaba a una altura de unos diez metros. No era un dragón de fuego. Eso era bueno. La mayoría de las especies no escupían fuego. Tampoco atacaban a los humanos, ya que se alimentaban de una dieta mixta de plantas y minerales.

Pero eran curiosos. Probablemente se trataba de un dragón gusano, al menos la forma de sus alas recordaba a esta especie, y parecía interesado en la bolsa. Quizás le parecía un gusano del trueno: su presa. Adán giró rápidamente la barra, pero no se dio cuenta de que la bolsa seguía colgando demasiado baja. El cuero golpeó audiblemente contra la pared de la fisura. El dragón cayó en picado y desapareció en la grieta. Adán consiguió lanzarse sobre el extremo del brazo móvil antes de que el peso extra lo arrastrara al abismo.

El dragón gusano debía de pesar treinta kilos. ¿Qué estaba haciendo? Adán no podía mirarlo porque tenía que estabilizar la barra con el peso de su cuerpo. La cuerda tiraba de un lado a otro. Oía los mismos gemidos y gruñidos que en una pelea entre dos dragones. ¿Estaba tratando de romper la bolsa para comérsela?

Tenía que impedirlo. No podían perder otra. Giró la barra de un lado a otro. Por un momento, el peso extra desapareció, pero volvió a aparecer. Volvió a girarla para que la bolsa golpeara la pared. El dragón chilló, pero no fue suficiente para ahuyentarlo. Dejó que la bolsa golpeara la pared una vez más.

De nuevo, todo se volvió muy ligero. Demasiado. La barra móvil ya no sentía el peso de la bolsa. La cuerda colgaba floja. El dragón

se elevó en el aire con un chillido, batió sus alas arrugadas y se alejó volando.

—¡Hijo de puta! ¿Qué le has hecho a mi bolsa?

El dragón no respondió. Adán dio una pataleta. Giró la barra hacia un lado y agarró la cuerda. Estaba hecha de un nanomaterial indestructible del taller de Chenko. Aun así, el extremo se había desintegrado. Probablemente ácido. Los dragones tenían un ácido estomacal muy agresivo que podía disolver casi cualquier material orgánico, incluso troncos de árboles.

Adán suspiró. ¿Y ahora qué? Se tumbó en la plataforma donde estaba el brazo móvil y se impulsó hacia el borde. ¡Vaya, qué profundidad! La fisura era tan ancha que aún entraba suficiente luz. Como estaban en el lado este y el sol estaba justo al oeste, de inmediato vio la bolsa.

Estaba solo a unos veinte metros por debajo de él, en una plataforma ligeramente saliente que debía de haber detenido su caída. ¿Suerte en la desgracia? ¿Qué eran veinte metros? Sin embargo, la pared era relativamente lisa. No podría escalarla. Pero tenía la barra y la cuerda, que era mucho más larga. Solo tenía que asegurar la pequeña máquina y luego podría descender por la soga.

«Respira hondo». No pasó nada. Menos mal que Eva estaba en casa. Ahora estaría enfadada. Adán se levantó y miró a su alrededor. Había suficientes rocas para asegurar un rapel. Las de dos metros debían de pesar doscientos kilos. Recogió una roca grande tras otra, construyó un montículo sobre el extremo de la barra y finalmente ató las rocas con un trozo de cuerda.

Eso debería bastar como contrapeso. Tiró con fuerza de la cuerda para probarla. Consiguió doblar la barra del voladizo, pero la base se mantuvo estable. La estructura lo soportaría sin problemas.

Solo tenía que obligarse a bajar a las profundidades. Enganchó un mosquetón a su cinturón. Colgaría la bolsa de él. Pasó la cuerda por un segundo gancho para crear un lazo. Se puso los guantes para facilitar la escalada. Luego, se arrastró hacia atrás a cuatro patas, hacia el abismo. Enrolló la cuerda alrededor de su mano derecha mientras tanteaba el terreno con el pie izquierdo.

El borde era la parte más difícil. Solo tenía que... Sí, así era como funcionaba. Se dejó colgar con el pecho sobre la plataforma. Si se soltaba un poco, se deslizaría hacia abajo... ¡Así! «Cuidado con el borde», echó la cabeza hacia atrás. Sus pies rozaban la pared lisa. El corazón le latía con fuerza. «No mires abajo». Otro trozo de soga. La cuerda le cortaba profundamente la mano.

A pesar del guante ajustado, le dolía. Ochenta kilos para él en lugar de diez por bolsa, lo cual era una gran diferencia. Pero solo eran veinte metros. Podía descansar en la cornisa antes de comenzar el ascenso. Pero despacio. Paso a paso. Apoyó las piernas contra la pared para aliviar la tensión de la mano. Adelante. Metro a metro, se deslizó hacia abajo.

De repente, sintió humedad. Un chorro de agua de la pared le había mojado los pantalones. Joder. Mejor atravesarlo rápidamente. Se dejó deslizar un poco más rápido. Zas. El agua también le mojó la cara. Ahora la cuerda estaba mojada y se deslizaba más rápido. ¡Uy! Apretó el puño. La cuerda seguía resbalando. «¡Mierda!» Usó la otra mano y envolvió una pierna alrededor de la cuerda. ¿Por qué no había usado esta técnica desde el principio? Así funcionaba mejor. Frenó y finalmente llegó a la plataforma.

Uf. Miró hacia arriba. ¿Se suponía que eran veinte metros? Desde aquí parecía el doble. Con cuidado, se agachó. Había aterrizado directamente sobre la bolsa para no empujarla accidentalmente hacia las profundidades. Ahora tenía que levantar primero una pierna y luego la otra para poder colgar la bolsa de su cinturón. Pero el saliente no medía más de un metro cuadrado.

¿Dónde estaba la bolsa? Adán miró hacia abajo por un momento. Eso fue un error. El miedo a las alturas aprovechó la oportunidad y lo atacó con vértigo. Se estabilizó en la cuerda. Era rutina. Solo tenía que mantener la calma. Y ya tenía la bolsa en la mano. La enganchó a su cinturón. Así estaba segura. Todavía les quedaban ocho bolsas de agua. Cuando Chenko regresara, estaría orgulloso de ellos. Pero no podía contarle a Eva esta pequeña aventura.

«¡Bueno, vamos!» Veinte metros hacia abajo, veinte hacia arriba, no era ningún problema. Sacó otro mosquetón de su bolsillo y lo enganchó a la cuerda. Quería darle dos vueltas, pero soltó el

mosquetón demasiado rápido y este cayó, repiqueteando en las profundidades. Sin él, entonces. Cuando Adán agarró la cuerda para ascender, se dio cuenta de cuál era el verdadero problema: no era la gravedad, sino el líquido. Un hilo de agua corría por la cuerda y no cambiaría durante otros diez metros.

«No pasa nada, Adán. Solo tienes que agarrarte más fuerte». Apretó los dientes, se secó el agua de la frente y comenzó el ascenso.

A los pocos metros, los músculos de las manos le ardían. No era una cuerda de escalada, sino un cordel fino, y además estaba mojado. Adán ayudó como pudo con las piernas, pero necesitaba la mayor parte de la fuerza en las manos, a pesar del dolor que le causaba la cuerda.

«No importa. ¡Calma!». Quince metros más. Catorce. Cada metro le costaba más fuerza. Aún no había llegado a la zona seca cuando la mano derecha resbaló. La cuerda se deslizó sin más y su mano izquierda no tuvo fuerza suficiente para detener la caída. No pudo pensar con rapidez cuando golpeó el saliente. La sorpresa le hizo tambalearse. Dio un paso a un lado. Un paso de más y el vacío que había debajo cedió, arrastrándolo hacia abajo, y Adán cayó gritando al vacío.



3 de agosto de 2302, Akademgorodok

Un ruido sordo resonó en la habitación. Era un sonido que Marchenko nunca había oído. Todas las conversaciones se acallaron. Y entonces sucedió: Gronolf vomitó sobre la mesa blanca. Todos los presentes se levantaron de un salto y gritaron confusos.

—¡Un médico! ¡Rápido! —gritó Tichonowa, la joven secretaria de RB.

—¡Necesitamos un exobiólogo!

Tenía que ser Papugin, el científico jefe, quien, por supuesto, comprendía que un médico humano difícilmente podría ayudar a un Grosnop.

—¡Un robot de limpieza! —gritó Tichonowa.

Marchenko sonrió. Gronolf le había advertido que vaciar ambos estómagos provocaría una gran cantidad de vómito.

—¡Lo siento mucho, señor Gronolf! —exclamó Schewtschenko, quien los había invitado a la sede como gerente de RB—. ¿Qué puedo hacer por usted?

Gronolf solo negó con su pequeña cabeza y el pliegue de su estómago se abrió de nuevo.

—Debería beber algo —recomendó Papugin.

Se esparció un olor agrio. ¿Dónde estaba Cosima? Había ido al baño. Marchenko miró a su alrededor. ¡Qué desastre! Gronolf tenía razón. La puerta se abrió y una mano delgada le hizo una señal.

¡Cosima! Marchenko se tapó la boca con la mano. No tenía por qué fingir náuseas. Esa era una de las desventajas de estos cuerpos biológicos: a menudo reaccionaban por sí solos, como si tuvieran cierta autonomía.

Al salir del salón de banquetes, se encontró primero con un brillante robot de limpieza cromado, y luego con dos mujeres con batas blancas. Lo miraron con desdén. Marchenko negó con la cabeza y las dejó pasar.

Cosima le llamó.

—¡He encontrado la oficina!

Corrió y Marchenko la siguió. A los transeúntes, debía de parecerles un hombre de más de cincuenta años corriendo detrás de una mujer joven. Pero eran más parecidos de lo que parecía. Sus cuerpos eran clones y sus conciencias eran mucho más antiguas. Marchenko había vivido más de trescientos años; Cosima Liwa, como se hacía llamar aquí la Omnisciencia, había vivido muchos miles de años.

—Ahí está.

Marchenko se detuvo y se secó el sudor de la frente. Cosima no parecía haber hecho ningún esfuerzo. Probablemente, el fundador de RB, Shostakóvich, creador de su cuerpo, había utilizado algún truco. Al fin y al cabo, él mismo había querido utilizarlo en su día, pero la Omnisciencia en Encélado se lo había impedido.

Cosima llamó a la puerta. Marchenko frunció el ceño. Shostakóvich estaba atrapado en Encélado. No podría abrir.

—¿No es de cortesía llamar a la puerta?

Marchenko asintió. La Omnisciencia se había adaptado rápidamente a los hábitos de los humanos. Él miró el letrero de la puerta. En él se leía claramente «Shostakóvich» en cirílico.

—No hay nadie —dijo él.

Cosima tocó el pomo. Entonces se iluminó un campo de entrada encima. Pedía un código, que ellos no tenían. Cosima sonrió. Presionó el campo con el dedo índice derecho y la puerta le agradeció con una melodiosa tríada antes de que la cerradura se abriera con un clic.

—¿Te dejó su huella dactilar?

Cosima se encogió de hombros.

—Debía de ser un hombre pragmático, este Shostakóvich.

Pragmático, sí, sin duda. Y sin escrúpulos. A Marchenko le parecía aterrador que el hombre hubiera modelado este nuevo cuerpo a partir del aspecto físico de su hija. Pero, por supuesto, eso no era nada comparado con su proyecto de enviar ADN humano a todas las estrellas cercanas a la Tierra.

Un plan que, según el nuevo director de RB, la empresa que él había fundado, nunca había existido. Negó con la cabeza. No se saldrían con la suya.

—¿Te importa? —Cosima le abrió la puerta y él entró en la oficina del hombre al que siempre se había referido como «el Creador» delante de Adán y Eva, sus hijos.



Estaba limpio y ordenado. No se veían objetos personales. En la pared colgaban copias de dos cuadros de Goya. ¿O eran originales? A fin de cuentas, la empresa seguía haciendo buenos negocios, tenía el monopolio de los motores de fusión basados en el principio de propulsión por fusión directa, explotaba varias minas de asteroides y estaba bien establecida en la construcción de robots.

Cosima registró los armarios y el escritorio a la velocidad del rayo.

—Nada. Solo queda el ordenador.

Lo encendió. Marchenko se sentía como un espectador. Menos mal que la Omnisciencia no era su adversario. El ordenador arrancó y Cosima ya había iniciado sesión.

—Esto es lo que buscas —explicó, señalando una tabla en la pantalla.

—Opciones de objetivos del proyecto StarShot —leyó Marchenko. Debajo había una serie de estrellas alineadas.

«Próxima Centauri» estaba en la parte superior. De repente, sintió calor. La entrada aparecía incluso por triplicado. En las dos primeras había escrito «Fallido» y estaban resaltadas en rojo. En la

tercera ponía «Aterrizaje. Esta línea estaba en amarillo. Al final, como todas las líneas amarillas, había escrito «Poco interesante». El Creador debía de haber perdido rápidamente el interés. Era algo que no podía revelar a Adán y Eva.

Continuó revisando la lista. Contenía cien elementos. El ADN de cien Adanes y Evas tuvo que viajar a una estrella desconocida con una copia de su conciencia. Aproximadamente dos tercios de las entradas estaban coloreadas en rojo. ¿Qué había pasado con el resto?

—¿Puedes copiar la lista?

—Ya la he guardado.

Cosima apretó los labios. En otra ventana, se desplazó por los datos a toda velocidad sin detenerse. Emitió un extraño gruñido que recordaba a los sonidos que hacía Gronolf cuando se enfadaba.

—¿Qué pasa? —preguntó Marchenko.

—Nada.

Probablemente no era una respuesta a la pregunta, sino un resumen de los resultados de su búsqueda.

—Te lo dije.

—Sí, pero también sé que los humanos tenéis muchos secretos.

—Algo como la visita de los Constructores a la Tierra no sería un secreto.

Eso era lo que Cosima insinuaba. La Omnisciencia había sido traída a Alfa Centauri desde el sistema solar hacía mucho tiempo por una misteriosa civilización a la que los Grosnops solo llamaban los Constructores.

—Pero estuvieron en el gigante gaseoso de los anillos.

Marchenko asintió.

—En aquel entonces no les interesaba la Tierra. La humanidad ni siquiera existía todavía. Pero debieron de quedar fascinados por Hidra.

Hidra, la criatura de Encélado. Él había tenido sus propias experiencias con ella y, al final, fue Hidra quien lo había convertido en inmortal. Había logrado separar su conciencia de su cuerpo mortal doscientos cincuenta años atrás.

Se oyeron ruidos en el pasillo. Pasos apresurados.

—Vamos, tenemos que salir de aquí —urgió él.

Cosima asintió.

—Espero que al menos hayas sacado algo de esta visita.

Lo había hecho. Ahora, por primera vez, tenía una lista de todos los planetas en los que podía buscar a sus hijos.

—Yo sí. Encontraremos a los Constructores, créeme. O sus restos. —En algún momento debieron de ser muy activos en la Nube Local. Como hoy no había rastro de ellos, probablemente habían emigrado en algún momento, o se habían extinguido—. ¿Por qué te importan tanto? ¿Los ves como una especie de padres?

—No, ese concepto me es ajeno. Sin embargo, cuando visité la luna helada, tuve la sensación de que en aquel entonces se llevaron más de un fragmento de Hidra, que luego se convirtió en mí.

—¿Crees que todavía tienes hermanas en algún lugar?

Cosima suspiró.

—Sí, ese concepto me parece adecuado.

Se volvió a oír ruido fuera.

—Vámonos.

Marchenko abrió la puerta un poco. El camino estaba despejado. Se escabulló. Cosima lo siguió. De repente, un escuadrón de robots apareció por la esquina. Arrastraban una camilla en la que yacía Gronolf. Sus pesados brazos de carga se arrastraban por el suelo. Pero sus ojos parpadeaban atentos. Cuando los reconoció, saltó de la camilla y rodeó con un brazo táctil a Marchenko y Cosima.

—En cuanto os veo, me siento bien otra vez.



GJ 1061 d

Por la noche, las mordedoras salían de sus madrigueras. Eva odiaba salir en la oscuridad. ¡Adán tendría que dar muchas explicaciones si le encontraba! Se abrochó los pantalones, las botas y el abrigo protector hasta el cuello. Luego, se puso los guantes, que estaban unidos a las mangas con cierres de velcro.

Una vez, una mordedora se había aferrado a su ropa. Había sido una experiencia suficiente para toda la vida. Cogió la linterna y comprobó las baterías. Ocho horas deberían ser suficientes. No estaba muy lejos de la fisura. Salió de la habitación que en otro tiempo había sido una nave interestelar, cerró la puerta tras de sí y apuntó con la linterna hacia el camino.

Allí estaban. Las mordedoras eran sensibles a la luz. Cuando las iluminó, contorsionaron sus bocas, cubiertas de pequeños dientes puntiagudos, como si estuvieran sonriendo. Chenko había diseccionado una de esas cosas con ellos. Las aberturas no eran realmente bocas, sino que conducían directamente al estómago. Tenían una piel interna pegajosa que las bocas podían colocar sobre su presa. Las estructuras dentadas actuaban entonces como un filtro para que el estómago no estallara con presas demasiado grandes.

Sin embargo, sí podían morder. Lo hacían cuando se sentían amenazadas, lo que ocurría cada vez que alguien se acercaba. No

importaba lo grande que fuera el enemigo potencial, los dientes se clavaban en su superficie.

Como ahora. El material superior de las botas era lo suficientemente firme como para impedir que lo consiguieran, pero Eva podía sentir la fina vibración de los chasquidos cuando otra de las mordedoras atacaba. El suelo era blando y pronto lo estaría aún más. Parecía caminar sobre arena mojada.

Miró sus piernas. Allí, una mordedora había logrado trepar. Lo había hecho con sus pegajosas patas. Dependiendo de su edad, tenían entre ocho y veinte pares. Golpeó al animal con una linterna y este cayó.

Eso era lo más extraño de las mordedoras: eran muy sensibles a la luz, a pesar de que ni siquiera tenían ojos. Después de diseccionarlas, Chenko les había mostrado la causa: su superficie estaba ocupada por microbios que emitían señales eléctricas cuando se exponían a la luz, advirtiendo así a sus huéspedes. A cambio, las mordedoras los alimentaban liberando sus heces a través de pequeñas glándulas en la piel.

Debía de ser una vida extraña la que llevaban las mordedoras y sus diminutos compañeros. Sí que es verdad que no era tan diferente de la suya. Al menos desde que Chenko había desaparecido. Y no volvería. Aunque a Eva le hubiera gustado creer en su regreso, como Adán, no podía. Había descubierto sus restos, pero no se atrevía a decírselo a su hermano. Él estaba tan aferrado al sueño de reunirse con su padre que ella no quería ser quien le arrebatara esa esperanza.

Suspiró en silencio. De todos modos, hoy no iba a suceder. ¿Por qué tardaba tanto? No era difícil encontrar el camino de vuelta al refugio porque el sendero estaba muy transitado. Allí estaba la siguiente mordedora. Le hizo cosquillas cuando intentó morderle la parte posterior de la rodilla. Eva vio cómo se le resbalaban los falsos dientes de la tela. Oh, había otra que se había colado sigilosamente hasta su cadera. La apartó con la linterna. Pero el animal se agarró al artefacto e intentó morderlo. Ella sacudió el mango y la mordedora salió volando.

«Joder, Adán. ¡Si no tienes una buena razón...!» A veces, Eva imaginaba cómo sonarían sus palabras. Pero la realidad nunca se acercaría a su imaginación, así que prefería no hablar. Adán la entendía maravillosamente. Era justo que ambos tuvieran que esforzarse un poco. Nada de banalidades.

Se acercó a la fisura. Aquí había menos mordedoras. Eva iluminó con la linterna hacia delante. Había una construcción que utilizaban para bajar las bolsas de agua. Pero ¿dónde estaba Adán? ¿Había tomado otro camino para volver? Pero habría visto su linterna. La máquina con la viga también parecía diferente a la de anteayer. El extremo estaba lastrado con un gran montón de piedras. Había seis bolsas vacías y una llena esparcidas a su alrededor.

Eva sintió sed y decidió abrirla. El agua estaba fresca, pero no tan fría como habría estado inmediatamente después de llenarla. Pero ¿dónde estaba la octava? Faltaba, al igual que Adán. ¿O seguía colgada de la cuerda? Se agachó delante de la máquina y giró la manivela. Apenas necesitó fuerza. Sin embargo, tardó un rato en agarrar el extremo de la cuerda. Normalmente nunca bajaban los sacos tan abajo. ¿Había estado Adán buscando algo? Miró la cuerda. No le sorprendió que estuviera mojada. Pero el extremo estaba deshilachado. Eso nunca había pasado con la cuerda patentada de Chenko. Eva la olió. Ácido. De inmediato pensó en dragones. ¿Había atacado uno de esos animales la bolsa?

Si eso era todo lo que había pasado, aún no había nada de qué preocuparse. Pero ¿dónde coño estaba Adam? Se acercó al borde. Unas piedrecitas se desprendieron y cayeron. Las siguió con el haz de la linterna. Una de ellas aterrizó en un saliente pero allí tampoco había nada. Eva tuvo que tragar saliva. Unos diez kilómetros más al norte, había descubierto restos metálicos en un saliente similar hacía algún tiempo. La cornisa estaba mucho más abajo. Había examinado el montículo con prismáticos: tenían que ser los restos de Chenko. No había otro metal puro en este planeta.

Primero no había conseguido decírselo a Adán, luego no se había atrevido. Eva se inclinó un poco hacia delante para poder iluminar a una mayor profundidad en la grieta. Si Adán estuviera aquí ahora, ya la habría apartado hacía rato. «¡No puedes hacer eso, Eva!» Negó

con la cabeza. Solo había una explicación: él había vuelto a casa por otro camino.

Un momento. ¿Qué ha sido eso? Algo brillaba abajo. Movió la linterna de un lado a otro. Hmm. Probablemente era un chorro de agua que brotaba del suelo. ¿Y eso de ahí? Algo brillaba también detrás de una piedra que sobresalía de la pared. Se tumbó boca abajo. Era la única forma de alejarse lo suficiente del abismo para iluminar más allá de la roca.

Lo que brillaba allí no relucía tan intensamente como el agua corriente. Era más bien una superficie lisa que reflejaba mejor la luz que la roca rugosa. Eva dirigió la luz hacia atrás, hacia sus botas. Sí, algo así. Pero ¿cómo era posible? No había ningún saliente debajo de la roca, y nadie podría agarrarse allí para siempre. ¿Se había enredado de alguna manera? ¿O era su imaginación desbocada? También podría ser una superficie rocosa lisa. Era difícil saberlo en la oscuridad.

Eva se puso los dedos índice y medio en la boca y silbó. Una vez más. ¡Tenía que oírse hasta el fondo de la grieta! Adán siempre se tapaba los oídos cuando ella silbaba así. Esperaba que Adán, si estaba allí abajo, le respondiera con su linterna. Si se había llevado una. Había llegado aquí a última hora de la tarde y seguro que no tenía intención de pasar el resto del día en ese lugar.

No. Probablemente había tomado otro camino y ya la estaría esperando en casa. Eva se levantó, dio media vuelta. y se llevó la bolsa abierta.



Chenko tenía la culpa. ¿Por qué había aterrizado cerca de la fisura? Había dejado al Messenger a una distancia segura, a propósito, les había dicho una vez, para que no se cayeran por error. Y luego él mismo fue el primero en hacerlo.

¡Pero Adán era la prudencia personificada! Nunca se había atrevido a acercarse más de tres pasos al abismo mientras estaba de pie. No podía ser él... Eva no quería ni pensarlo.

Y, sin embargo, allí estaba de nuevo, al borde del precipicio. Temía por su hermano, que no había estado esperando en el refugio. Tenía mucho miedo. Pero también era pragmática. Cuanto más tiempo estuviera fuera, más seguro estaba su destino. Era como perder una joya. Una vez que le crecía la hierba, era imposible encontrarla.

Se le ocurrió una idea. Había traído la linterna de Adán. Estaba junto a su cama, prueba fehaciente de que no había planeado salir en plena noche. Eva la ató al extremo de la cuerda. Luego, giró el brazo sobre el abismo y accionó la manivela. Si iba demasiado rápido, lo frenaba con los pies mientras observaba cómo descendía el haz de luz.

Pronto empezó a girar. A Eva no le molestaba. Tenía dos ventajas: la luz se veía desde más lejos y siempre iluminaba diferentes partes de las profundidades. No se distinguían todos los detalles, pero Eva creía poder identificar un posible cadáver.

«Un cadáver». Tonterías. Un cuerpo. No quería pensar en cómo Adán había podido llegar allí.

Adelante. El haz de luz de la lámpara se hacía cada vez más corto. Era por la perspectiva, por supuesto, pero a Eva le parecía que la lámpara tenía cada vez menos potencia. O como si el aire allí abajo se estuviera volviendo cada vez más denso, de modo que la luz ya no pudiera penetrarlo.

Entonces, la rotación se detuvo. La cuerda estaba floja. La linterna yacía en el suelo. Nadie la cogía. ¿Qué significaba eso? Nada, excepto que no había nadie allí abajo interesado en linternas. Aunque eso no parecía del todo correcto. La luz se estaba atenuando. Como si alguien hubiera puesto algo encima. Eva tiró de la manivela, pero, aunque la cuerda volvió a tensarse, la luz no se hizo más brillante.

No importaba. De todos modos, no tenía sentido dejarla allí abajo más tiempo. Giró la manivela y, balanceándose, la linterna volvió a ascender.

¿Qué era eso? Eva sujetó la linterna con los alicates y dejó caer al suelo la bolsa en la que la llevaba. La luz seguía encendida. Penetraba a través de una capa transparente y carnosa que envolvía la cabeza de la lámpara. Detrás, colgaba flácida y de color negro parduzco. Dejó la linterna sobre la mesa de exploración. Allí era donde Chenko había diseccionado las mordedoras con ellos en su día, y prácticamente cualquier otra criatura de este planeta, al menos si cabía en la mesa y podían atraparla con seguridad, lo que no era el caso de la mayoría de las especies de dragones.

Pero algo como esto sí. Podría haberse confundido con algún tipo de calcetín que se había estirado demasiado al intentar tragarse la linterna. Eva lo llamaría un calcetín engullidor, el primero de la especie. Buscó en la tableta la tabla que Chenko había creado sobre la flora y la fauna locales. No había nada que se le pareciera, así que lo fotografió y creó una nueva entrada.

Luego, cogió el kit de disección. No era posible sacar al animal de la linterna pues este se resistía, así que tuvo que cortar el borde. Cuando lo hizo, del borde (que estaba reforzado como un calcetín real), salió un poco de sangre verde que olía agrio, y entonces el animal se relajó y soltó la linterna. La examinó con una lupa, pero no encontró ningún daño. Tomó una muestra de la masa viscosa que había dejado y la puso en el espectrómetro de masas. Eso llevaría media hora.

El calcetín no se había contraído por completo. Parecía que la parte trasera estaba llena de algo. Levantó el borde que había cortado con unos alicates e introdujo unas pinzas largas en la abertura. La criatura pareció darse cuenta de alguna manera, porque intentó cerrarse, probablemente para atrapar las pinzas. Pero Eva se resistió con la herramienta, y los músculos parcialmente seccionados tampoco parecían tener suficiente fuerza.

Empujó las pinzas un poco más hasta que tocó algo duro. Eva cerró los ojos y golpeó el obstáculo con la punta de las pinzas. No oía nada, pero podía sentir las vibraciones en los dedos. Definitivamente era metal contra piedra. Volvió a golpearlo. ¿De verdad era piedra? No estaba muy segura pero eso no era un

problema. Solo tenía que aprisionar el objeto con los alicates y sacarlo.

Era un mosquetón. Lo limpió. El metal brillaba. No había ni una pizca de óxido. También usaban ganchos como este para bajar las bolsas, pero este sin duda no llevaba mucho tiempo en el fondo de la grieta. Chenko podría darle más detalles, pero Eva no recordaba haber perdido ningún mosquetón en los últimos días. Si le hubiera pasado a Adán, probablemente no se lo habría dicho. Eso limitaba en cierta medida la validez de su memoria.

Completó la tabla de la tableta con una descripción de la criatura que, al parecer, buscaba metales. (Eso no era inusual en GJ 1061 d; casi todos los seres vivos de allí necesitaban alimentos inorgánicos además de orgánicos). Eso era todo lo que podía hacer por el momento.



15 de agosto de 2302, Toscana

Un coche se acercó, ronroneando. Brillaba bajo el sol vespertino. Eva no podía distinguir quién iba dentro. El coche se detuvo con las luces de advertencia encendidas. La puerta derecha se abrió y Adán salió. Eva corrió a su encuentro. Su hermano llevaba barba de tres días y el pelo le caía sobre los hombros. Se abrazaron.

—Me alegro de verte —dijo Eva.

—Yo también me alegro de verte. Casi pierdo el tren en Roma.

Adán se separó y saludó a Takumi, quien se acercaba lentamente.

—Oh, ¿él también está aquí?

Eva le miró a la cara e intentó adivinar lo que pensaba, pero Adán no dejó entrever nada. Marchenko le había dado la opción de traer a su novio.

—Sí, es como de la familia para mí.

—Entonces, para mí también. —Adán sonrió.

A Eva se le encogió el corazón. Todo este tiempo había estado preocupada de que Adán hubiera preferido viajar solo a esta nueva Tierra por culpa de su novio.

—¡Eh, ahí estáis!

Eva se giró bruscamente. Conocía esa voz tan bien como la de Adán.

—¡Marchenko!

Su padre tampoco había venido solo. Una mujer salió de detrás de una pared junto a él. Parecía treinta años más joven que Marchenko, pero su apariencia era muy engañosa. ¡La Omnisciencia!

—Hola, ¿estáis juntos ahora? —preguntó Adán.

—Sí, estamos juntos —confirmó la Omnisciencia.

—No, está preguntando si somos amantes. —Marchenko negó con la cabeza—. Somos amigos. ¿Verdad? —Miró a la Omnisciencia.

—Sí, somos amigos. Todo lo demás tengo que explorarlo por mí misma primero. No llevo mucho tiempo con este cuerpo. Se siente muy diferente al núcleo del motor del Majestic Draght.

Adán se rio.

—Me lo imagino. Debe de ser fascinante poder explorar un cuerpo tan diferente.

—A veces también es frustrante porque es más débil de lo que debería.

—¿Shostakóvich también te hizo algunas mejoras? —Adán se dio la vuelta e inclino la cabeza. Una estrecha hendidura se abrió en su nuca—. Puedo respirar bajo el agua con esto.

—¡Vaya! —exclamó Takumi—. ¿Tú también puedes hacerlo, Eva?

Ella asintió. Pero nunca se atrevería a demostrarlo allí, en plena calle. La Omnisciencia no parecía tener esas inhibiciones. Se subió la camiseta por encima del pecho. Un motociclista tocó el claxon.

—Eh, no hagas eso —advirtió Marchenko—. Mostrar ciertas partes del cuerpo se considera indecente en la Tierra.

—Pero solo quería enseñar la aleta pectoral...

Por alguna razón, eso le pareció adecuado a Shostakóvich. Parecía estar obsesionado en la vida en el agua.

—Vamos —dijo Marchenko.



Olía a aceitunas. El calor hacía que el aire brillara, a pesar de que el sol ya estaba bajo. Caminaban por un sendero empedrado y lleno de baches entre dos muros de piedra natural por donde correteaban lagartijas.

—Es... preciosa.

Eva se sobresaltó cuando una figura corpulenta con una capa gris salió de una cavidad. Solo al mirarlo bien reconoció a Gronolf. Tenía la mano con tres dedos extendida hacia delante. Una pequeña lagartija estaba posada sobre ella y parecía estar tomando el sol.

—No tiene... miedo.

Las habilidades lingüísticas de Gronolf habían mejorado considerablemente. Su dialecto sonaba un poco ruso, lo que probablemente se debía a Marchenko.

Eva miró al lagarto. Parecía completamente relajado, a pesar de estar en la mano de una rana alienígena gigante, que siempre causaba revuelo entre los humanos.

—Es... pariente.

Sí, tal vez el lagarto reconocía el parentesco.

O quizá simplemente clasificaba a Gronolf como inofensivo porque nunca había sido herido por un Grosnop. Pero Eva no quería privar a Gronolf de la alegría de no ser visto como un monstruo, al menos por un ser vivo en la Tierra.

—Ya estamos aquí. —Marchenko se había detenido frente a una verja de hierro, que ahora abrió. Las bisagras chirriaron, ahogando momentáneamente las estridulaciones de las cigarras. Detrás había un cementerio. ¿Por qué los había invitado Marchenko aquí? No lo explicó, sino que simplemente atravesó la verja.

Detrás, una avenida de viejos cipreses descendía ligeramente. A izquierda y derecha, estrechos senderos conducían a tumbas individuales, criptas y columbarios. Sus propietarios no habían escatimado en bonitas estatuas. En muchas lápidas y monumentos se podían ver pequeños retratos de los allí enterrados.

Marchenko parecía tener un objetivo muy concreto. Solo giró a la derecha poco antes del final de la avenida y finalmente se detuvo frente a dos lápidas.

Francesca Rossi, 1998-2076, estaba escrita en una.

Dimitri Marchenko, 1985-2078, estaba escrito en la otra.

—He buscado mucho hasta encontrar esto —explicó.

—¿No dijiste que sus cenizas fueron esparcidas en el mar?

Marchenko lo había dicho cuando vieron los fuegos artificiales del 4 de julio.

—Sí, esto es solo una lápida conmemorativa, me lo dijo el jefe del departamento del cementerio.

Era una sensación extraña mirar la tumba de Marchenko. ¡Estaba delante de ella en persona!

—¿Qué se siente contemplar esta tumba? —preguntó ella. Podría haber sido su vida si Shostakóvich no hubiera duplicado su conciencia en secreto y en contra de todas las leyes.

—Estoy triste, pero sobre todo por él. —Marchenko señaló la inscripción—. Es como un hermano para mí. Compartimos la primera parte de nuestras vidas hasta que nos enamoramos de Francesca. Ella solo existió una vez, así que yo habría seguido mi camino de todos modos.

—¿Le envidias?

Marchenko negó con la cabeza.

—Pasó una época maravillosa con ella, pero también fue él quien tuvo que despedirse de ella. Tuvo que ver cómo empeoraba cada vez más. Yo me ahorré eso.

Eva asintió. Era una forma muy sensata de afrontar la pérdida. ¿Sería capaz de hacer lo mismo? Esperaba no tener que averiguarlo nunca.

—Llevan aquí más de doscientos años —dijo Takumi—. ¿Es costumbre en los cementerios italianos?

—No —respondió Marchenko—. El alcalde me dijo que RB está pagando la tumba, y muy generosamente. Por eso el ayuntamiento se ha hecho cargo de las dos lápidas.

La Corporación RB otra vez. Parecía tener tentáculos en todas partes.

Una sombra se cernió sobre ellos. Era Gronolf, inclinado sobre las tumbas. Extendió su mano táctil y trazó la inscripción con ella.

—Es maravilloso, esta superficie dura y los suaves canales que fluyen en curvas como el agua.

Nadie podía describir el tacto tan maravillosamente como un Grosnop con sus sensibles manos táctiles. Gronolf parecía genuinamente impresionado por la forma en que las palabras fluían.

Añadió su mano de carga. Era la misma en la que había descansado el lagarto. Seguía allí, pero no se movió, ni siquiera cuando la colocó con cuidado sobre la losa de la tumba.

—Debía de saber... adónde íbamos —dijo.

Eva tragó saliva.



Bzzz... Eva se dio una palmada en el muslo. Sí, le había dado a la maldita cosa. Se limpió la mancha roja con un pañuelo.

—Ah, ¿te molestan los mosquitos? Espera, voy a encender la cortina acústica. —Marchenko colocó un dispositivo que había traído del salón sobre la mesa plana de la terraza.

—Francesca, enciende el repelente de mosquitos.

En respuesta, se encendieron unos LED azules en los marcos de las ventanas abiertas y en la entrada.

—¿Francesca? —preguntó Adán.

Marchenko se encogió de hombros.

—Ya estaba configurado así, no puedo hacer nada.

—¿Y eso ayuda contra los bichos? —preguntó Eva. En noches templadas como esta, echaba de menos Sol binario. Allí, los insectos locales desdeñaban su sangre humana.

—Es una especie de cortina de ultrasonidos —explicó Takumi—. No pueden atravesarla. Pero no molesta a los que ya están dentro.

—También tengo un *spray* que funciona bastante bien. ¿Alguien lo necesita? —Marchenko encendió el aparato.

Una especie de nube apareció en el aire, brillando en azul oscuro. Probablemente no se habría visto durante el día, pero ahora ya estaba lo suficientemente oscuro. Eva intentó sacar una fibra de un hueco entre sus dientes con la uña. Eso también era un cambio: la comida de los cocineros del Draght no tenía una textura tan rebelde. Los Grosnops solían engullir la comida en lugar de masticarla.

—¿Alguien quiere el spray?

Nadie respondió. Eva esperaba que el golpe sirviera de lección a otros mosquitos. Se humedeció el dedo índice con saliva y untó el

líquido sobre la picadura, que estaba caliente y le picaba.

—Bueno, dejad que os enseñe otra cosa.

Marchenko insertó un chip de memoria en el dispositivo, que probablemente era un proyector holográfico móvil. Aparecieron una serie de puntos dorados que no se podían contar con las dos manos. Marchenko giró una rueda y la imagen tridimensional se amplió tanto que envolvió la terraza. Eva extendió la mano hacia uno de los puntos, pero, por supuesto, no pudo atraparlo. Una silla raspó el suelo. Era Takumi, quien se había acercado lo suficiente como para que pudieran poner las manos uno encima del otro en el respaldo. Su piel estaba fría. Eva casi siempre estaba sudando en la Tierra.

—Estas estrellas son los objetivos de la versión especial del proyecto StarShot que creó Shostakóvich. Ahora bloquearé las que él mismo consideró un fracaso.

Desaparecieron unos nueve puntos de cada diez. Uno seguía flotando cerca de Eva. Ella intentó cogerlo hasta que el proyector se percató de sus esfuerzos y colocó una inscripción flotante cerca.

Wolf 1061
Enana M3
14,04 años luz

Ella hizo un gesto de expansión con el pulgar y el índice. El proyector respondió ampliando el sistema. Al parecer, contenía tres planetas, uno de los cuales orbitaba en una zona habitable verde. Sin embargo, el planeta en cuestión era tres veces más pesado que la Tierra. Era una suerte que no hubiera tenido que crecer allí. La vida tenía que ser dura. Y, al parecer, Wolf 1061 era uno de los objetivos catalogados como «exitosos».

—¿Estás pensando en un nuevo viaje? —preguntó Adán.

—Sí, así es. Todavía hay mogollón de Adanes y Evas en el espacio... No puedo desestimarlos.

—Si empezaron más o menos al mismo tiempo que nosotros, hace tiempo que murieron.

—Olvidas que muchas de las estrellas de la lista están dos o tres veces más lejos de la Tierra que el sistema Próxima Centauri. Por lo tanto, probablemente llegaron mucho más tarde.

—Pero si añades el tiempo de viaje, parece muy poco realista encontrar allí algún vestigio.

—Adán, ¿no crees que tus hermanos tienen derecho a volver a su tierra natal, como tú?

Eva se ponía cada vez más tensa. Sospechaba hacia dónde se dirigía la conversación.

—Nosotros también tenemos derecho a crecer con nuestro padre, ¿no?

Marchenko suspiró.

—Por supuesto que sí.

—Mira, tú eres prácticamente inmortal. A nosotros nos quedan quizá otros treinta o cuarenta años. Podrías posponer tu partida hasta entonces.

¿Por qué Adán presionaba tanto a su padre? El hecho era que eran adultos. Ya no le necesitaban.

—No, no puedo hacerlo. Nuestros amigos, los Grosnops, no son inmortales. Aunque vivan más que nosotros, los humanos, siguen teniendo derecho a volver a su tierra. Solo puedo hacer este viaje ahora.

—¿Y no tiene nada que ver con tu nueva novia?

Ahora Adán se estaba volviendo muy grosero. Eva tuvo que recordarle el pasado.

—Hermano, tú conoces a la Omnisciencia tanto como yo. Así que, por favor, no la metas en esto. Estoy segura de que no tiene nada que ver con esta partida.

—Bueno, para ser sincera, yo también estoy presionando para que salgamos pronto —admitió la Omnisciencia—. Me gustaría localizar a los Constructores. Han dejado rastros en vuestro sistema que indican que podríamos encontrarlos en planetas cercanos.

—Ya ves, Eva, no seas ingenua.

Al menos la Omnisciencia era sincera. En la oscuridad, Eva no podía distinguir su rostro. Tenía que estar confundida. Los humanos eran complicados.

—Adán y Eva, sois bienvenidos a venir, por supuesto —invitó Marchenko—. Takumi, tú también, por supuesto.

—No, gracias —rechazó Eva—. No volveré a poner un pie en una nave espacial.

Takumi le acarició la mano con delicadeza. Luego, le susurró:

—Tenemos que volver a hablar de esto. Sabes a qué me dedico, ¿no?

Ella negó con la cabeza. No, no era algo que fuera a discutir en un futuro próximo. Había pasado casi la mitad de su vida en el espacio. Ahora tenía derecho a su planeta natal.

—¿Por eso nos has invitado? —preguntó Adán—. Lo siento, pero ahora no puedo. Yo...

Interrumpió la frase, se levantó y salió de la terraza. Poco después, se oyó el crujir de la grava. Dos luces paralelas iluminaron los olivos del jardín y el coche se alejó.

—Lo siento, padre. Se calmará.

Al final, sí. Pero no estaba tan segura de que hubiera tiempo suficiente antes de la partida de Marchenko. Adán podía ser bastante terco.



Nadie dijo nada durante un rato. Poco a poco empezó a refrescar. Sin que ella se lo pidiera, Takumi le trajo una manta, que Eva se colocó sobre las piernas desnudas. El proyector holográfico había hecho que la proyección girara lentamente, de modo que los puntos dorados flotaban ahora en la noche como luciérnagas. Olía a tomillo y enebro.

—Me gustaría mostraros algo —dijo Marchenko.

Todos los puntos se apagaron, excepto uno.

—Esa es GJ 1061. Hay tres planetas orbitando esta enana roja. El primero, GJ 1061 b, no debería interesarnos. Sin embargo, el segundo y el tercero, GJ 1061 c y d, se encuentran ambos en la zona habitable del sistema. Como su estrella central es inusualmente tranquila, no corren el riesgo de ser abrasados por erupciones

solares de vez en cuando. Ambos tienen al menos una vez y media el tamaño de la Tierra. El planeta c tiene una temperatura de equilibrio de 2 grados Celsius, y el planeta d, de menos 55 grados. Pero podría haber zonas en ambos planetas donde exista agua líquida.

Marchenko movió los dedos y el sistema se expandió hasta llenar la terraza.

—Como podéis ver aquí, la órbita del planeta d es bastante excéntrica, la forma de la elipse es claramente visible. Eso significa que este planeta no gira ligado a su estrella, lo que sería una excepción entre sistemas tan longevos. Si la Tierra tuviera una rotación sincrónica, siempre mirando hacia el mismo lado del sol, difícilmente podríamos vivir en ella.

—Estás diciendo que el planeta d habría sido una elección especialmente buena para el Creador.

El Creador. De alguna manera, la palabra se le escapó, a pesar de que Shostakóvich había sido un criminal despiadado. ¿O acaso una persona así también podía ser un creador?

—Sí, sobre todo porque estos datos se conocían desde 2019. RB ni siquiera tuvo acceso a muchos de los descubrimientos posteriores de la década de 2050, cuando el proyecto se hizo realidad.

—De hecho, este sistema también sería mi favorito —dijo la Omnisciencia—. Especialmente porque ofrece un segundo planeta potencialmente habitable.

—Estoy convencido —dijo Gronolf—. Todavía tenemos que resolver el problema de la superpoblación en Sol binario. No creo que un mayor número de Grosnops sea bienvenido aquí.

—Por supuesto que no —confirmó Marchenko—. He tenido que calmar los temores en todas las entrevistas de que todos querríais mudaros a la Tierra.

—Bueno, el hecho de que aquí no me piquen los bichos es una ventaja.

—Entonces cambiemos —propuso Eva—. Nos mudaremos a Sol binario. Allí nunca me ha picado un mosquito.

Marchenko se rio, pero no sonó sincero. Eva podía imaginar cómo le habían molestado esas preguntas. Al menos nunca había

habido hostilidad oficial hacia los Grosnops. La mayoría de la gente había aceptado bastante bien el hecho de que no fueran las únicas criaturas racionales. Quizás también era porque se sentían superiores a las ranas gigantes, como se llamaba a los Grosnops en los medios de comunicación, al menos en apariencia.

Bueno, Gronolf o Murnaka nunca habían demostrado lo imponentes guerreros que eran, y el Draght había sido ocultado deliberadamente en el cinturón de asteroides.

—¿Hay otro candidato? —preguntó Eva.

Marchenko volvió a reducir el sistema GJ-1061. El espacio giró y se iluminó una nueva estrella.

—Ese es el sistema Trappist. Incluso tiene cuatro planetas potencialmente habitables.

—¿Pero?

—Bueno, a la estrella central le gusta emitir radiación intensa. En segundo lugar, el sistema está casi cuatro veces más lejos, a cuarenta años luz. Y, en tercer lugar, forma parte del llamado Proyecto Viajero.

—¿Qué es eso? —preguntó Takumi.

—No me extraña que no hayas oído hablar de ello. Pero hay gente que quiere construir una enorme nave colonial llamada Viajero y enviarla al sistema Trappist.

—¡Qué interesante!

—Por favor, no se lo digas a nadie.

—Gracias, Marchenko. Por supuesto.

—Después de GJ 1061, me gustaría echar un vistazo a Ross 128 y a la estrella de Teegarden —añadió Marchenko.

—¿Por qué no ir directamente a la Estrella de Teegarden? —cuestionó Takumi—. Después de todo, Teegarden b tiene un ESI de 0,95 y es solo un poco más grande que la Tierra.

—¿Qué es un ESI? —preguntó Eva.

—Es una medida de similitud con la Tierra. No hay ningún otro lugar con un ESI de 0,95 en un radio de veinte años luz.

—Debido a la excentricidad de la órbita, que ya ha mencionado Marchenko —dijo la Omnisciencia—. Las órbitas son casi circulares.

Esto hace muy probable que todos los planetas giren en rotación sincrónica.

—Como Próxima Centauri b —replicó Eva—. A Shostakóvich no le importó. Nos envió allí de todos modos.

—Por la aparente señal de socorro —aclaró Marchenko.

—Solo decía que no deberías limitarte a los planetas óptimos cuando buscas más Adanes y Evas. Shostakóvich desde luego no lo hizo.

—Tienes razón. —Marchenko apagó el holoproyector—. Estoy bastante cansado. ¿Cómo estáis?

—Para ser sincera, el hecho de que nos dirijamos primero a GJ 1061 también es culpa mía —dijo la Omnisciencia—. Creo que puedo encontrar rastros de los Constructores principalmente en lugares donde se ha desarrollado la vida, y tenemos más posibilidades en GJ 1061.



GJ 1061 d

¡Allí, un movimiento! Esta vez Eva había traído los prismáticos. Entrecerró los ojos. ¿De verdad había algo allí? Si era así, entonces se había dado cuenta de que ella lo estaba observando, lo cual parecía improbable a esa distancia.

Aún era media mañana, por lo que el lado este de la fisura estaba en sombra. Pero la atmósfera era tan densa que las sombras no eran realmente oscuras. Esa había sido una de las pocas experiencias agradables tras el aterrizaje, después de que el largo viaje por el espacio no hubiera sido más que oscuridad total y un brillo cegador. ¡Ojalá no hubiera gravedad! Sin ella, la fisura no sería un obstáculo, sino simplemente un estímulo para ver el mundo desde un ángulo diferente.

Pero la gravedad era una realidad. Eva bajó los prismáticos y se frotó las sienes. Era agotador enfocar la vista de esa manera. Y, en cierto modo, también inútil. Pateó el suelo a su lado, levantando una nube de polvo. Al menos había dormido bien y luego había explorado la zona. Probablemente todavía estaba en la fase de no querer admitir su separación definitiva. Pero ¿cómo podía ser eso cierto? No había ningún ser humano aquí excepto ella. ¡Chenko y Adán no podían dejarla sola!

Volvió a probar con los prismáticos.



Dos horas más tarde, el sol estaba en su cenit. Hacía un calor agradable y Eva se quitó la chaqueta. Los prismáticos no le habían revelado nada. Probablemente estaba pidiendo demasiado. Si Adán estaba allí abajo, y tenía que asumir que no había otras alternativas, entonces estaba muerto o, al menos, inmovilizado, o estaba de camino hacia el norte.

Al menos eso era lo que ella habría decidido. No había otra posibilidad. Ningún ser humano podría escalar la pared de la fisura solo y sin ayuda. El mundo helado del sur era hostil a la vida. Pero si llegaba al final de la grieta en el norte, podría alcanzar su punto de partida tras una buena caminata de diez o doce días. Si llegaba tan lejos. Adán no había llevado ningún equipo. Lo único que estaba seguro de encontrar dentro de la fisura era agua.

Pero luego había un largo camino de vuelta. Lo único que no había en el borde de la grieta era agua. Fluía bajo tierra hasta la fisura y se vertía en ella. En el peor de los casos, eso significaba casi dos semanas en una dirección sin comida y luego dos semanas de vuelta sin agua.

¿Qué podía hacer Eva al respecto? Podía descender a la grieta. Eso era factible. No conseguiría volver, la cuerda era demasiado delgada para eso, pero sin duda podría bajar. Entonces podría alcanzar a Adán y compartir con él comida. Otra opción era correr para encontrarse con él, llevando comida, agua y vendas. Gastaría parte del agua en el trayecto. Tendrían que compartir el resto en el camino de vuelta. No, eso no era inteligente. La mejor estrategia era alcanzar a Adán y darle comida.

Tendría que llevar mucho peso, pero una vez que lo alcanzara, podrían compartir el trabajo. Era factible. Eva asintió. Lo mejor era partir ese mismo día.



Su corazón latía más rápido cuando se volvió a parar al borde del acantilado. Y no era por la distancia que había recorrido. Eva se había puesto dos pares de guantes para no hacerse daño con la cuerda. Llevaba en la mochila comida seca suficiente para dos personas durante cuatro semanas. También había enganchado las ocho bolsas de agua a su cinturón, vacías, para facilitar el descenso. Podría llenarlas al llegar abajo.

Hora de bajar. Volvió a comprobar las rocas que Adán debía de haber depositado al final de la barra móvil. Su peso había soportado el suyo, así que también soportaría el de ella. Aflojó los brazos. Eran su mayor preocupación. Hasta llegar abajo, no podría estirar los músculos. Sería un esfuerzo constante que nunca había practicado antes. Por supuesto, usaría las piernas para ayudarse, se enrollaría la cuerda alrededor del cuerpo e intentaría aprovechar la fricción. Pero tenía que deslizarse cuesta abajo y para eso necesitaba los bíceps.

Pensarlo durante mucho tiempo no ayudaba. Revisó su equipo de nuevo. Incluso había traído la pistola que Chenko había diseñado para ella. Solo le quedaba un disparo, un proyectil lleno de explosivos que podía destruir incluso objetivos grandes. El propio Chenko había matado una vez a un hollador con él. El cuchillo tendría que bastar para cualquier molestia menor causada por la fauna local.

Se enrolló la cuerda alrededor del cuerpo, la agarró y se dejó deslizar hacia las profundidades. El lugar donde la sujetaba se calentó rápidamente. Redujo la velocidad estirando las piernas, lo que presionó la cuerda con más fuerza contra su cuerpo, aumentando la fricción. El efecto fue notable. Aun así, tuvo que usar las manos.

Entonces llegó la primera lluvia. Eva odiaba que le entrara agua en los ojos, pero en ese momento no podía hacer nada al respecto. Cuando intentó apartarse de la pared, la cuerda empezó a balancearse, así que dejó de intentarlo. La siguiente lluvia. Lo mejor era considerarlo una ventaja. Al fin y al cabo, no tendría sed cuando llegara al fondo y apenas sudaría.

El frío era más problemático. Ahora estaba a unos cincuenta metros de profundidad y ya se encontraba en medio de la corriente de aire frío del Polo Sur. Afortunadamente, las lluvias laterales habían cesado, ya que el suelo a esa profundidad aún estaba helado. Una lluvia constante caía sobre ella desde arriba, pero se extendía por una zona cada vez más grande a medida que aumentaba la profundidad.

Miró las paredes. Nunca habían estado a tanta profundidad. Una vez, Chenko había enviado un dron a la grieta, pero lo había recuperado antes de llegar a la zona helada. Eva se sentía como si estuviera viajando atrás en el tiempo. El verano había dado paso a la primavera y ahora era invierno. Los cristales de hielo brillaban en las paredes. Observó algunos carámbanos impresionantes, pero desaparecieron más abajo. Probablemente allí era demasiado seco para eso. Eva se humedeció los labios. Esperaba que su ingenua suposición de que había suficiente agua allí abajo no la matara. A ambos. Pero no. Si era necesario, derretirían el hielo. Chenko había conseguido hacerlo en el viaje al Polo Sur. Ojalá lo hubiera observado más detenidamente entonces, para ver cómo lo había hecho.

Sus manos seguían calientes a pesar del frío. Y no solo eso. Se calentaban más con cada metro. Envolvió las piernas con más fuerza alrededor de la cuerda para frenar, pero no sirvió de nada. Apretó más con las manos, pero eso solo hizo que el interior de los guantes se calentase aún más. Entonces, la cuerda empezó a balancearse. Las pequeñas oscilaciones del principio se hicieron más fuertes aquí abajo. Y chocó con la pared por primera vez.

Una de las bolsas de agua la protegió de lo peor. Ahora era una ventaja llevar tanto equipaje. Solo tenía que mantener a salvo la mochila: la comida en conserva se estropearía si quedaba expuesta al aire.

Eva miró hacia abajo. Justo en el momento adecuado. El suelo se precipitaba hacia ella. Ni siquiera se había dado cuenta de lo rápido que iba.

«¡Más despacio!» Apretó las manos con toda la fuerza que pudo alrededor de la cuerda. Un dolor agudo le lastimó las palmas,

seguido de un fuerte golpe contra sus pies. Cayó de rodillas, se desplomó y rodó hacia un lado.

Había llegado.

El primer problema era la cuerda. Ya no se podía separar de los guantes. Su núcleo se había fusionado completamente con ambos, y con su piel. Eva gritó al soltar las manos. Para ella, fue el grito más fuerte que había oído en su vida. Se dio la vuelta, pero nadie parecía haberse dado cuenta. Una lástima, la verdad. Estaba sola allí abajo. De alguna manera, había esperado que Adán saltara de entre las sombras en ese momento.

Se las arregló perfectamente sin él. Primero, se curó las palmas de las manos. El ungüento que había preparado Chenko hacía maravillas si se lo dejaba actuar unos días. Por desgracia, no era suficiente. Tenía que coger su equipaje y salir en busca de Adán.

Se puso de pie. La pierna izquierda se le dobló. Se asustó, pero probablemente no era nada. Podía caminar con normalidad. Un esguince o incluso una fractura habrían sido muy inconvenientes. A pesar del equipaje, tenía que moverse más rápido que Adán si quería alcanzarle.

Dejó los guantes en el suelo. El calcetín engullidor ya estaba ocupado tratando de devorarlos. Al parecer, los animales no preferían el metal después de todo. Probablemente, las criaturas solían caerse por el acantilado y esta extraña especie se especializaba en limpiarlo.

Levantó la vista. El borde era solo una línea donde se unían la pared y el cielo. Si alguien le hiciera un gesto desde allí, no lo vería. Eso significaba que Adán tampoco podría reconocerla. Así que primero tenía que examinar la zona alrededor del lugar del accidente.

Eva siguió conteniendo la respiración. No quería encontrar nada allí. Si Adán no había abandonado la zona, estaba muerto, por lo que temía cualquier disposición inusual de piedras. Afortunadamente, no encontró ningún resto. Por supuesto, era posible que los calcetines engullidores hubieran hecho todo el trabajo, pero el ejemplar que había atrapado no parecía capaz de digerir a su presa en menos de un día.

Sin embargo, encontró un pañuelo de papel con restos de sangre negra y una marca de arrastre que se alejaba de la pared. El suelo era demasiado duro para dejar más pistas. O alguien había arrastrado a Adán (lo que le parecía poco probable), o él mismo se había arrastrado. Eso significaba que debía estar vivo, pero también que estaba herido.

A menos que fuera el rastro de una bolsa. Eva ni siquiera podía descartar esa posibilidad. Pero probablemente era inteligente alejarse del borde de la grieta para evitar un posible desprendimiento de rocas. Se puso en marcha. Al principio, la arena crujía notablemente bajo sus suelas, pero cuanto más se adentraba en el centro de la grieta, más duro se hacía el camino. Probablemente, la arena se había formado por la erosión de la pared y había sido arrastrada por el viento desde arriba. Aquí, sin embargo, caminaba directamente sobre el suelo original.

Después de unos metros, se arrodilló para examinarlo brevemente. Había esperado encontrar roca consolidada, por ejemplo, granito gris. Pero el suelo era sorprendentemente oscuro y recordaba más a la roca volcánica. Chenko les había explicado la historia del planeta. La roca de aquí debía de haber estado fundida en algún momento. Entonces, ¿cómo había quedado al descubierto en una extensión tan larga y amplia? ¿Eran responsables el viento y el agua, como había supuesto Chenko? Entonces, ¿por qué la grieta ya no estaba inundada? Se levantó y siguió caminando. Como el sol se había enfriado, Chenko había supuesto que el planeta también había entrado en una nueva fase más fría. Las corrientes de agua del hielo perpetuo del sur hacia el ecuador se habían secado en consecuencia.

Eva se encogió de hombros.



El fuego ardía más de lo que había previsto. Eva había encontrado combustible en medio de la fisura. Se parecía mucho a los troncos que utilizaban para sus muros protectores. Afortunadamente, no era

tan duro, por lo que pudo cortarlo en trozos lo suficientemente pequeños como para apilarlo y hacer fuego. Había pensado mucho si debía acampar para pasar la noche. Pero con la llegada de la oscuridad, la marcha se había vuelto demasiado agotadora. Necesitaba al menos unas horas de sueño.

Sintió un dolor repentino. ¡La lata había explotado! Solo quería calentar un poco la comida envasada. Con un palo, recogió los restos de la lata del fuego para sacarlos con una cuchara. Aquello no estaba tan mal. Chenko lo había llamado «puré de patatas». Por supuesto, no estaba hecho con patatas, sino que había sido sintetizado en el procesador de alimentos. Pero su padre había desarrollado cierta maestría para hacer que la comida supiera a algo.

Pero tal vez era solo la costumbre. Su comida parecía tener poco que ver con la comida que habían visto en los viejos hologramas de la Tierra.

Hubo una fuerte ráfaga de viento. Algo la derribó. Eva rodó hacia un lado. ¿Qué había sido eso? Reconoció la sombra característica de unas alas a su lado del fuego. Un maldito dragón. ¿Qué hacía ese animal allí? Eva no tuvo que adivinarlo durante mucho tiempo, porque ahora el dragón también estaba lanzando llamas. Debía de haber confundido su fuego con el de otro dragón. Las llamas reaccionaron, moviéndose al ritmo de los aleteos, lo que el dragón probablemente interpretó como una señal de aprobación. Pero cuando intentó aterrizar en medio, debió de darse cuenta de que se trataba de un malentendido. Dio una voltereta y se alejó batiendo sus alas rápidamente.

Eva inspeccionó el campamento en busca de daños. La tienda olía a quemado, pero aún se podía usar. El dragón no se había llevado los suministros. Separó el combustible con una barra de metal que sacó de su mochila. Las grandes llamas se extinguieron. Los troncos humeaban y saltaban chispas. Eva cerró los ojos. Adán siempre había dicho que el fuego «crepitaba». Se concentró. Pero no oyó nada hasta que pegó la oreja al basalto liso. Sí, podía haber algo allí. No sabía qué significaba ese crepitar. Lo que oía era una vibración regular. Tap. Tap. Tap. Tap. Tap. Tap. La intensidad aumentó. No pudo evitar pensar en un hollador, pero ¿cómo iban a

sobrevivir los animales aquí abajo? Tap. Tap. Tap. Tap. ¿No emitían un pisoteo diferente?

Abrió los ojos. Los restos de las brasas iluminaban una figura de dos piernas con ojos como carbones encendidos que se acercaba. Pero entonces lo reconoció: era Adán, las pupilas reflejaban el fuego. ¡Qué suerte! Eva saltó y le echó los brazos al cuello. Entonces su hermano se desplomó.



2 de septiembre de 2302, Puerto Espacial Florida

Adán no iba a venir. Se lo había dicho ayer a su asistente de IA. Ella había estado disponible todo el día. Así que ni siquiera había reunido el valor suficiente para decírselo en persona. Levantó el brazo. El tatuaje de la pantalla se iluminó. Los bordes aún estaban rosados. Se lo había hecho hacía solo tres días. Cuando pasó el dedo por encima, la piel le ardió un poco. Por lo demás, no notaba ninguna diferencia con respecto a antes. Y era muy práctico tener siempre la pantalla a mano.

Volvió a deslizar la lista de mensajes. Adán había hablado con su asistente, pero había transcrito automáticamente el contenido. A Eva no le gustaban nada los mensajes de voz. Leía mucho más rápido de lo que oía.

Estoy de camino al Kilimanjaro, había dicho Adán. *Lo siento. Si hubiera sabido antes de la salida, lo habría planeado de otra manera. Por favor, avísale a Marchenko*.

¡Qué excusa más tonta! Adán podría haber llegado en tres horas. Sabía desde hacía una semana que su padre volaba hoy de regreso al Majestic Draght. Debería negarse a transmitir el mensaje, pero entonces Marchenko se sentiría aún más decepcionado cuando se marchara. Y no quería hacerle eso.

Cambió a la vista de mapa, pulsó uno de los vehículos verdes, es decir, disponibles, y lo pidió para el hotel. Tenía que salir ya si quería

llegar a tiempo.



—Gracias por viajar con nosotros —dijo la voz del taxi. Un holograma apareció delante de ella, permitiéndole establecer la cantidad de la propina. Eligió la opción intermedia. Su presupuesto era casi ilimitado porque la Corporación RB les había pagado retroactivamente un salario de cosmonauta por el tiempo que pasaron en el espacio. A cambio, tuvieron que firmar un contrato en el que renunciaban a su derecho a que se investigaran en los tribunales las circunstancias cuestionables del proyecto StarShot. Además, estaba la mitad del salario de Marchenko, que él había dividido entre ellos.

Eva salió. Era un día caluroso de finales de verano. Mucha gente se dirigía al lugar de lanzamiento. Era la última oportunidad de ver a un Grosnop. Así es como lo vendían la mayoría de los medios de comunicación. Eva tragó saliva. Probablemente sería su último encuentro con Gronolf. Ella había despertado accidentalmente al Grosnop en la vieja nave espacial en el lado helado de Próxima Centauri b, y él la había perseguido. Hasta que se dieron cuenta de que tenían los mismos intereses. Adán y Marchenko solo lo habían conocido más tarde.

Se dejó llevar por la gente que se dirigía hacia una puerta. En la entrada, Eva colocó su tatuaje en un escáner. La barrera no se abría para todos. Ahora había menos gente. Detrás de la siguiente puerta, estaba casi sola. Todos los que se cruzaban con ella la saludaban. Probablemente su rostro había aparecido a menudo en los medios de comunicación. Esperaba que eso cambiara con el tiempo. Cuando el Draght se alejara, ella se quedaría en tierra.

Llegó a otra puerta. Aquí no había escáner. En su lugar, una mujer uniformada estaba detrás del torniquete, haciéndole señas para que pasara y para cachearla.

—Bienvenida, Eva Marchenko.

Le resultaba extraño que se dirigieran a ella así. Había tenido que elegir un apellido cuando se registró. Adán había elegido «Zero» que también era bastante típico. Takumi supuestamente estaba ocupado con el trabajo hoy. Pero probablemente solo quería darle el espacio que necesitaba para despedirse de su antigua vida.

Porque eso era lo que era. Se había transformado de una aventurera a una terrícola. Nunca más volvería a explorar exoplanetas ni volaría demasiado cerca de un agujero negro en un transbordador. Aquí no había aventuras como esas. El sistema solar se conocía de arriba abajo; si querías pisar terreno virgen, tenías que volar al cinturón de asteroides, donde lo único nuevo era el número de objetos que orbitaban.

Eva suspiró. Había estado dándole vueltas a estos pensamientos durante las últimas noches. Pero había algo que realmente quería probar: una vida normal. Solo la conocía a través de hologramas. La gente del sistema solar tenía amigos, salía, se enamoraba, formaba familias... Ella se había perdido todo eso porque Shostakóvich había decidido transferir su material genético a un tardígrado y lanzarlo al espacio con una pequeña sonda.

—¡*Kurzukhan-la karlak-ti ha-ti ha*!

Una mano se posó en su espalda con un golpe seco. Eva se sobresaltó, pero luego se dio cuenta de que eran los tres dedos de una mano de carga. ¡Gronolf! ¿Cómo se había acercado sigilosamente? ¿Y por qué de repente volvía a hablar en su lengua materna?

—¡Eh, Gronolf! ¿Adónde vas?

Se le calentó la cara. Era una pregunta muy estúpida.

—Ja, ahora te ves casi como aquel entonces.

—¿Aquel entonces?

—La Nochebrillante 36 del año 3876. Lo recuerdo bien. Tus enormes ojos, la piel enrojecida de tu rostro... Pensé que estabas deshidratada.

—¿Te acuerdas de eso?

—Por supuesto. Fuiste el primer ser vivo que vi después de mi largo sueño. Y te perseguí, qué estúpido fui.

—Sí, no quería hacerte daño, deberías saberlo.

—No, estabas tan débil como un pececito. Podría haberte aplastado con mi mano táctil.

Gronolf le quitó el brazo de carga de la espalda y posó los siete dedos de su mano táctil sobre su hombro.

—Te dije: *¡Keee aaay allee!*

Eva no lo recordaba. Solo recordaba el miedo que había sentido hacia aquella enorme criatura. Si alguien le hubiera dicho entonces lo pacíficos y leales que eran los Grosnops, no le habría creído.

—Pero no me entendiste, a pesar de que hice mi máximo esfuerzo.

Ella asintió. Le había llevado días ganarse algo parecido a la confianza.

—Y ahora iremos por caminos separados.

—Las camadas siempre se encontrarán, así sea en el Mar Eterno.

Sí, los Grosnops también contaban con sabiduría motivadora. El hecho era que, tras el supuesto regreso del Draght de su viaje a GJ 1061, ella tendría unos cien años. La paradoja de las velocidades relativistas no tenía piedad con quienes se quedaban en casa.

—¡Eh, por fin estáis aquí! —les gritó alguien—. ¡La ceremonia está a punto de comenzar! El presidente quiere decirles unas palabras.



El séquito del presidente abandonó la sala de reuniones, seguido por los periodistas. Eva estaba tan emocionada que no lo había oído todo. Al parecer, se iba a firmar un acuerdo de amistad y ayuda mutua, que Gronolf había firmado provisionalmente: ¡un tratado entre los Grosnops y los Estados Unidos!

Había sido todo un acontecimiento. Periodistas de todo el mundo se peleaban por hacer preguntas.

—¡Tenemos que irnos! —gritó un hombre con un mono azul con el logotipo de la NASA. Gronolf, Marchenko y Eva lo siguieron, pero un hombre uniformado los detuvo en una puerta.

—A partir de aquí, solo pasajeros, señora —dijo el hombre cuando ella intentó pasar por el torniquete—. Por favor, deje pasar a nuestro huésped de Sol binario. —Señaló a Gronolf.

Un dolor la invadió. Marchenko ya había atravesado la puerta.

—¡Padre! —le gritó.

Él se dio la vuelta y habló con el hombre del mono, quien negó con la cabeza.

—Esta es una zona segura. Podemos dejarte salir, pero entonces tendrás que pasar todos los controles de nuevo.

Marchenko asintió. Luego, corrió de vuelta hacia la valla.

—Puede pasar, señor Gronolf —dijo el uniformado frente al torniquete. El Grosnop no se movió. El hombre uniformado se estremeció, como para mover al invitado, pero luego se dio cuenta de que no tenía ninguna posibilidad de hacer pasar a un Grosnop por el torniquete contra su voluntad.

—Ven aquí —dijo Marchenko. Las barras de la valla estaban lo suficientemente separadas como para pasar los brazos. Eva se apoyó contra el metal y abrazó a Marchenko.

—Mantente en contacto —dijo ella.

—Por favor, dile a Adán que le quiero.

Los ojos de Eva se llenaron de lágrimas. Miró a su alrededor, pero no venía nadie.

—Él... —Se interrumpió.

—Aún podrías venir con nosotros —dijo su padre—. El Dragh repostará en Júpiter.

Eva negó con la cabeza.

—Tu ya viviste aquí, padre. Yo me perdí esos años. —Pensó en la tumba en Italia donde descansaba el cuerpo biológico de Marchenko. Su padre había añorado los años que había pasado con Francesca; por culpa de Shostakóvich. Seguramente aún estaría enfadado con él.

—Lo entiendo —dijo Marchenko—. Creo que es una pena que no vaya a estar aquí para verte formar un hogar.

Tenía el poder para cambiar eso. Pero Eva nunca se lo pediría, no como había hecho Adán. También podía entender lo que sentía por

todos los demás hermanos a los que Shostakóvich había desterrado al espacio como a ellos.

—Que tengas un buen viaje —dijo Eva, liberándose del extraño abrazo. El metal se había calentado como si compartiera su dolor.

—Serías muy amable si pudieras bajar el arma —dijo Gronolf detrás de ella en un castellano casi perfecto. Esta vez, ella se acordó. Llevaba un arpón delante y ella le había pedido que no lo usara, con esa frase. Más tarde, él le había explicado cómo funcionaba y que, de todos modos, estaba demasiado cerca para usarlo contra ella. En Sol binario, incluso la había invitado una vez a cazar dientes de carroña con él. Había sido una experiencia maravillosa. ¿Y si echaba de menos esas aventuras después de dos o tres años?

Entonces volaremos juntos a Encélado, le había susurrado Takumi cuando ella no pudo dormir la noche anterior.

—¡*Jo-ja*! —gritó Eva, igual que había hecho Gronolf, quien ahora estiraba sus brazos táctiles y de carga. Se abrazaron. Su cuerpo estaba agradablemente fresco; había absorbido el frío gélido del aire acondicionado. Eva pensó en lo extraños que le habían parecido al principio los abrazos con Takumi, porque él estaba tan cálido. Parecía usado, como un sillón que alguien hubiera calentado para ella. Sonrió. Habría mucho por descubrir en la Tierra, sin duda tanto como en el grupo local, donde el Draght pronto emprendería un viaje de descubrimiento.

—Gracias por despertar nuestra nave en su día, pequeña alienígena. —Gronolf giró la cabeza y fijó brevemente cada uno de sus cuatro ojos en ella. Parecía como si quisiera memorizar su imagen.

—Ahora vete, Murnaka te está esperando.

Él entornó el ojo que la estaba mirando.

—Si alguna vez necesitas ayuda, envíanos un mensaje a Sol binario y estaremos contigo en menos de quince años terrestres.

Gronolf dio una palmada con sus manos táctiles en las palmas de ella. Luego, corrió hacia el torniquete. Se apretó de lado, pero era demasiado estrecho.

—No podéis hablar en serio —dijo el hombre de la NASA a los hombres uniformados—. ¡Tenemos una cuenta atrás!

Los guardias de seguridad se encogieron de hombros hasta que de repente sonó una alarma. Gronolf estiró sus brazos de carga hacia los lados y dobló el torniquete lo suficiente como para poder pasar.

Los uniformados sacaron sus armas.

—¿Estáis locos? —gritó el hombre de la NASA—. Sí, vamos, señor Gronolf, tenemos prisa.

Gronolf empujó el torniquete una vez más antes de pasar finalmente. Dos secciones de la valla se derrumbaron. Alguien vio lo que estaba pasando y apagó la alarma.



Unos días más tarde, Eva vio el Majestic Draght por lo que probablemente sería la última vez. Ya estaba en la cama con Takumi cuando su novio encendió el holograma del techo. La cámara se encontraba en la órbita de Júpiter y enfocaba un enorme cubo negro que se movía sorprendentemente bajo sobre la atmósfera del gigante gaseoso.

Ahora que se había firmado el tratado de amistad, al parecer ya no dudaban en mostrar las dimensiones de la nave espacial Grosnop. Era impresionante, aunque aún no se veía el núcleo del motor.

—Nuestros amigos Grosnop están llenando los tanques de su impresionante nave con hidrógeno de Júpiter —explicó una voz—. La tecnología que hay detrás de la pantalla increíblemente delgada que lo hace posible está siendo analizada por investigadores estadounidenses. Podría permitir aplicaciones completamente nuevas, como filtrar todos los residuos de microplásticos del agua del mar. Con la ayuda de nuestros nuevos amigos de Próxima Centauri, nuestro mundo se está convirtiendo poco a poco en un lugar aún mejor.

Eva negó con la cabeza. Los Grosnops procedían de Alfa Centauri, los periodistas deberían ser más precisos.

—Creo que es tu presencia la que hace de este mundo un lugar mejor —dijo Takumi, enviando sus manos a un viaje tan nuevo para Eva como lo eran los planetas que rodeaban GJ 1061 para Marchenko, Gronolf y la Omnisciencia.



GJ 1061 d

—No debiste venir —la recriminó Adán después de que ella lo cuidara para que recuperara las fuerzas con un poco de comida.

Su boca se movía lentamente mientras ella leía sus labios. Debía de estar muy agotado.

Se giró para que Adán pudiera ver su rostro con claridad.

—Eres gracioso. ¿Debería dejarte solo? —articuló.

En realidad, había esperado una reacción diferente. Pero así era él, su hermano. Eva lo quería de todos modos.

—No, deberías haberte quedado en la casa. Es culpa mía que me cayera.

—Sí, ¿y qué? Solo porque hagas tonterías no significa que vaya a dejarte morir. Sin provisiones, no habrías tenido ninguna posibilidad de llegar a casa.

Adán tenía ideas extrañas. Ya era bastante difícil sobrevivir los dos solos. Si además perdía a Adán, más valía tirarse al abismo.

—Y ahora podríamos morir los dos.

—Tonterías.

—Pues mírame. Estoy hecho un desastre y solo soy un estorbo para ti.

Adán se encontraba sentado, apoyado en una roca. Tenía la ropa sucia, especialmente en las rodillas y los codos. Eva lo palpó. Empezó por los pies. Cuando le tocó la rodilla derecha, Adán gritó.

Notó que tenía una barra de metal sujeta a las rodillas izquierda y derecha bajo la ropa.

—¿Tienes fracturas?

—No lo sé.

—Vamos, quítate los pantalones.

Con el rostro contorsionado, se bajó los pantalones. Eva le ayudó a exponer completamente la pierna derecha. Tenía una serie de moratones y algunos arañazos superficiales con costras secas. Las barras de metal estaban sujetas con vendajes. Debajo, la pierna estaba extremadamente pálida. Le quitó las vendas y le frotó la piel suavemente para que volviera a circular la sangre.

—Ahora voy a comprobar la movilidad.

Adán asintió y cerró los ojos. Eva se arrodilló a su lado y le levantó lentamente el muslo. La parte inferior de la pierna se movía con libertad sin que Adán gritara. Buena señal. Continuó con el movimiento. No había ningún problema. Luego, le enderezó toda la pierna. Adán solo hizo una mueca cuando ella le presionó el pie desde abajo.

—No hay nada roto. ¿Desde dónde caíste?

No respondió. Ella le dio unos golpecitos para que abriera los ojos. Luego, repitió la pregunta.

—Ni idea. ¿Cincuenta metros? ¿Cien?

—Has tenido una suerte increíble. ¿Te duele algo más?

Negó con la cabeza. Muy bien. La suerte de los tontos y los niños, la habría llamado Chenko. ¿A qué categoría pertenecía Adán? Eva no lo sabía.

—No necesitas una férula, necesitas una ayuda para caminar.



—¿Así está bien?

Adán deslizó la mano dentro del guante que ella había pegado con cinta adhesiva al extremo de la barra. Dudó.

—Confía en mí —le indicó Eva.

Podía ver en su rostro que no confiaba en ella. Cuando apretó los labios de forma ligeramente asimétrica, parecía que se estaba obligando a no contradecirla. Finalmente, desplazó el peso hacia el lado lesionado. El palo se clavó unos milímetros en el suelo. Lo hizo a propósito para que no se deslizara. Pero entonces se topó con un tapón de plástico. Adán movió el palo como para comprobar su estabilidad y volvió a apoyar el peso en el otro lado.

—Está bien —dijo.

Eva frunció la nariz.

—No, lo has hecho bien.

Ella asintió. Lo había hecho muy bien. Eva echó un vistazo al campamento. El fuego se había apagado por completo. Esparció las cenizas hasta que no se vio nada y luego borró sus huellas en el polvo.

—¿Tienes miedo de que nos sigan?

Por supuesto que no. Era lo que había que hacer.

—Oh, me acabo de dar cuenta de que tengo que miccionar —dijo Adán.

Eva asintió. Su hermano se alejó cojeando con su improvisada muleta. Se agachó detrás de unas rocas. Su silueta desapareció. Eva se sentó. Poco después, él recogió unas piedras y las acomodó. Eva deslizó las manos bajo los muslos y las presionó contra el suelo. *Tac-Tssh. Tac-Tssh.* La roca transmitía las vibraciones sorprendentemente bien, probablemente porque era muy dura. Nunca lo había notado en la meseta. El «Tac» provenía de la barra de metal, el «Tssh» se alargaba cuando su pie ileso se arrastraba sobre la roca polvorienta.



Tac-Tssh. Tac-Tssh. Tac-Tssh. Cada vez que aparecía su hermano, imaginaba este sonido. ¿Así era como Adán experimentaba el mundo? La regularidad la adormecía, aunque solo fuera su imaginación. El sol ya estaba alto en el cielo. ¿Hora de hacer una pausa para comer? Adán aguantaba bien. Caminaba delante de ella

para marcar el ritmo, pero Eva aún no había tenido que reducir la velocidad.

Le dio un golpecito en la espalda para que se diera la vuelta. Él se detuvo.

—¿Qué tal si descansamos, Adán?

—Claro. Pero necesitamos agua.

Eva asintió. Para ello, tuvieron que acercarse de nuevo al borde del acantilado. El suelo se volvió notablemente inestable. Adán tropezó dos veces porque el bastón se hundió demasiado en las rocas sueltas.

—Será mejor que esperes aquí.

Eva se quitó todas las bolsas de agua excepto dos. Luego, siguió adelante. Para su sorpresa, Adán se quedó atrás con el equipaje y se sentó sobre las bolsas.

Eva tuvo que buscar un poco para encontrar el lugar perfecto. El agua caía del cielo por todas partes, pero estaba tan finamente distribuida que habría tenido que esperar días para llenar una bolsa. Siguió un chorrito en el suelo que no la decepcionó. Cerca de la pared, un chorro de agua tan grueso como un puño caía al suelo, dispersándose allí y creando una nube densa y húmeda.

Hacía frío. Pero si su ropa se mojaba, pasaría todo el día helada. Eva decidió quitársela. Adán estaba lo suficientemente lejos y no había nadie más alrededor que pudiera verla.

Excepto los calcetines engullidores. Estaba a punto de quitarse las botas cuando se dio cuenta del primero. No, se dejó las botas puestas, cogió sus dos bolsas y se metió debajo de la lluvia con ellas. Al principio sintió mucho frío, pero rápidamente se acostumbró. Cuando llenó las bolsas, estaba más limpia de lo que había estado en mucho tiempo. Se sacudió la mayor parte del agua y se volvió a vestir.

Adán la miró cuando ella se paró delante de él con las bolsas.

—Parece que te lo has pasado bien —dijo—. Tienes las mejillas sonrosadas.

Puso una cara que a ella no le gustó nada.

—¿Qué pasa?

Algo debía de haber pasado. No solía ponerse celoso.

—Esto es lo que pasa.

Le mostró la mano con la que se apoyaba en la muleta. Estaba cubierta de ampollas. Dos se habían reventado. Joder. No tenía buen aspecto.

—Necesitas un andador de verdad —dijo ella—. Pero yo puedo ayudarte. —Se colocó a su lado, lo ayudó a levantarse y le pasó el brazo por los hombros—. ¿Ves?

—Es la otra pierna. Pero no importa. Arrastrarme tampoco es solución.

—No te arrastraré. Caminas perfectamente. Solo soy tu muleta.

Ella ya sabía a qué se refería Adán, pero no iba a dejar que se saliera con la suya.

—Pero así solo iremos a la mitad de velocidad, si acaso.

—¿Y qué? Nadie nos espera en casa.

—Pero entonces no tendremos suficiente comida.

—En cuanto volvamos arriba, encontraremos algo. Recuerda los tubérculos de la hierba de arena.

Habían vivido de esos tubérculos durante las primeras seis semanas después del aterrizaje. Sin embargo, Chenko los había recolectado, lo cual no era tan fácil. La hierba de arena era fácil de identificar en la superficie, pero el tubérculo de cada planta se encontraba en el centro, a unos dos metros de profundidad.

Pero había más comida orgánica; lo más importante era salir de la fisura.

—Sería mejor que me dejaras aquí, hermana. Ya me las arreglaré como sea, y luego solo tendrás que tirar de la cuerda para subirme.

Eva ya había pensado en eso. ¿Por qué Adán no se había quedado cerca del lugar del accidente para morir solo? Así se habrían ahorrado todo esto. Miró su pierna. Quizás no sería capaz de subirlo con la cuerda en ese estado. Por otro lado, podría curarse en dos semanas, que era lo que tardarían en llegar a casa.

O Adán habría muerto de sed e inanición para entonces. ¿Sería capaz de sobrevivir solo tanto tiempo?

Eva negó con la cabeza.

—Te arrastraré conmigo. No tienes otra opción, querido.

—¿Y si me niego?

—Entonces me quedaré contigo. Moriremos juntos o no moriremos, ¿entendido?



En silencio, comieron unas galletas secas que Chenko había horneado para ellos y bebieron de la primera bolsa.

—El agua está deliciosa —comentó Adán—. Quizá podamos cocinar algo esta noche.

De repente, parecía otra persona. Eso podía ser motivo de alegría. Quizá había cambiado de opinión. O era motivo de preocupación, porque estaba tramando algo estúpido y no se atrevía a decírselo.

Necesitaba un plan B, de lo contrario Adán llevaría a cabo su plan en secreto. En realidad, ya contaba con un plan B. Tenía una vaga sensación en la cabeza. Su subconsciente ya había formulado la idea, solo que aún no había aflorado a la superficie. Ellos...

—Hagamos fuego —sugirió.

—¿Ahora? —Adán abrió mucho los ojos—. Podríamos avanzar unos kilómetros más antes de que se ponga el sol.

—No, mejor ahora. Tienes razón. La idea de caminar hasta el final de la fisura (y luego volver), en tu estado es una locura.

—Sí, déjame aquí. Encenderemos un fuego y luego puedes seguir tu camino sola.

Eva negó con la cabeza.

—Va a ser que no.

—Pero tienes algo planeado.

—Sí.

—¿Qué?

Ella no respondió, sino que se dedicó a recoger leña. Era más fácil aquí, cerca del borde de la fisura, que en medio. Tardó unos veinte minutos en preparar un fuego decente que ardería al menos hasta medianoche.

—¿Lo enciendo? —preguntó Adán.

—No.

—Vamos, déjame ser útil al menos.

—Primero tengo que prepararte.

Adán ladeó la cabeza.

—¿Prepararme? ¿Para qué?

Era demasiado pronto para decírselo. Intentaría zafarse de alguna manera. Así era Adán. Siempre quería salvarla a ella primero. Pero eso era una tontería. Él estaba herido y necesitaba un atajo para llegar a casa. Ella podía llegar sin problemas.

Rebuscó primero en su riñonera y luego en la de Adán. Allí estaban, las cuerdas de seguridad. Cada uno tenía un rollo entero. Chenko siempre les había explicado lo importantes que eran y que se podían llevar a cualquier parte porque no pesaban casi nada. Eva cortó trozos de cinco metros de cada rollo, once del suyo y once del de Adán. Luego, ató los trozos para formar una alfombra casi invisible de cinco por cinco metros. Los agujeros medían cincuenta por cincuenta centímetros, lo suficientemente grandes como para que la construcción fuera apenas perceptible. Cortó una de las bolsas de agua para hacer varias correas de goma. Servirían de soporte adicional para que las cuerdas no se clavaran en la tela.

—Un momento, tengo que atarte esto a la espalda.

Adán entrecerró los ojos.

—¿Y eso va a servir de algo?

—Ya lo verás.

—Eva, por favor.

Ella no respondió. Todavía faltaban unas dos horas para el anochecer. Demasiado tiempo para contarle la verdad a Adán.

Tac-Tssh. Tac-Tssh. Tac-Tssh. El pulso en el suelo la despertó sobresaltada. Adán ya estaba a unos metros de distancia. Menos mal que había apoyado las manos en el suelo.

—¿Adónde vas, hermano?

Ya estaba casi oscuro, por lo que Eva no podía verle la cara.

—¿Adónde vas, hermano? —repitió.

Adán se acercó unos pasos.

—Lo siento, no pensé que... Solo necesito orinar.

—Espera, te ayudo. —Se puso de pie. Adán se apoyó en ella y se alejaron del fogón.

—Ya es suficiente —dijo Adán—. Los últimos metros puedo hacerlos solo.

Tac-Tssh. Tac-Tssh. Tac-Tssh. Adán volvió junto a ella y se acercaron al fogón.

—Si quieres, puedes encenderlo ahora. Pero yo también puedo hacerlo.

—Sí, déjame hacerlo a mí.

Adán cojeó hasta el montón de combustible. Poco después, ella vio unas chispas blancas. Él regresó. Juntos contemplaron las llamas que se elevaban en el aire. Las chispas brillantes volaban lejos. El viento fresco las llevaba hacia el ecuador.

—Muy agradable —dijo Adán—. Pero ese no es tu plan, ¿verdad?

Eva se rio. No, solo era un efecto secundario agradable. Pensó en la noche anterior, justo antes de que Adán apareciera.

—El fuego de ayer no solo te atrajo a ti, ¿sabes?

—Oh, ¿tuviste más visitantes?

—Sí, un dragón de fuego. Creo que el dragón sospechó que había una pareja aquí. Aquí abajo no puede haber incendios naturales. Así que cualquier cosa que arda apunta a un dragón de fuego.

Adán se tapó la boca con la mano.

—¿Quieres...? ¿Estás...?

—Sí. Los momentos excepcionales requieren ideas excepcionales. Ya sabes que los dragones de fuego comen allí arriba. Y esas cosas son grandes y fuertes. Cuando llegues allí, solo tienes que desabrocharte la hebilla del cinturón y caerás.

—Y me romperé todos los huesos.

—Espero que no vuele muy alto con tu peso.

—Podría funcionar. Los dragones suelen volar bastante bajo sobre las llanuras. Probablemente para ahorrar energía. Por eso uno de ellos prendió fuego a los tallos.

—¡Ves! —Eva se sintió aliviada al ver que Adán no se oponía totalmente.

—Pero tú deberías volar primero. Eres más ligera que yo. Tienes más posibilidades.

—Estás herido. Yo puedo volver andando a casa. Además, tú tienes más fuerza en los brazos y puedes tirar de mí.

—Vamos, Eva. Esto es una tontería. —Adán intentó manipular la red, pero no podía alcanzarla. Ella la había atado deliberadamente para que él no pudiera llegar. No se le ocurrió simplemente aflojar el cinturón.

—Solo esta vez, sé razonable, hermano. Los heridos primero. Es lógico. Ya veremos lo demás más tarde.

Él suspiró. Casi estaba convencido. Entonces, una ráfaga de viento le golpeó la cara. ¡Había un dragón! Probablemente era el mismo de ayer. Se alejó cuando sintió el calor. ¿No deberían los dragones ser un poco más tolerantes al calor? ¿Lo habían perdido? Una sombra pasó volando sobre ellos. Eva lanzó la red. Al principio, no notó nada. ¿Lo había pillado? Entonces Adán fue arrancado del suelo. Su bota la golpeó en la cara mientras era arrastrado. El dragón batió sus alas. Las ráfagas de viento avivaron las llamas. Adán luchaba con su red. Esperaba no estar provocando demasiado al dragón.

Se elevó con poderosos aleteos. Parecía tener dificultades. Las llamas salían disparadas por su parte trasera, rozando a Adán. Este se colgó ligeramente hacia estribor. Ya no luchaba. El dragón descendió brevemente y volvió a elevarse. Pero en lugar de dirigirse hacia la meseta, voló en dirección al viento, hacia el ecuador. Joder. Ese no era su plan. ¿Qué debía hacer ella? ¡El arma! La buscó en su equipaje. ¡Ahí estaba! Eva apuntó, pero el dragón estaba ahora tan lejos que difícilmente podría darle. De vez en cuando, marcaba su camino escupiendo llamas. Un punto rojizo se desplazó gradualmente hacia el norte antes de desaparecer por completo en la noche.



3/Nocheoscura/4076, Majestic Draght

SU CUERPO SE DERRETÍA COMO UN MUÑECO DE NIEVE BAJO LA LLUVIA. Marchenko gimió. Cuando llegó al sistema solar, se lo había imaginado todo de forma muy romántica. Un cuerpo propio sería capaz de sentirlo todo de nuevo, sin filtros de amortiguación ni canales de retroalimentación ajustables. Nadie le había dicho que eso también significaría náuseas insoportables tras el sueño criogénico. No era de extrañar que Adán y Eva no hubieran querido acompañarlo.

No se limitaba a la incapacidad de acostumbrarse a las condiciones gravitatorias cambiantes de la deriva. Este cuerpo, por muy bien que hubiera editado el ADN, ni siquiera era capaz de cumplir los requisitos más simples. Su capacidad de carga era insuficiente, sus capacidades sensoriales se limitaban a unas pocas frecuencias y moléculas, y a la menor desviación de las condiciones ambientales óptimas, su cuerpo corría el riesgo de perder su funcionalidad. Eso habría sido soportable, pero en tal caso, todos los módulos de memoria también fallarían al cabo de unos minutos. Perdería la conciencia para siempre.

Como la del otro Marchenko, el de la tumba junto a Francesca. ¿Era por eso por lo que le había interesado? ¿Quería saber lo que había experimentado su otro yo? Sí: solo con un cuerpo tan débil

podía comprender la esencia de lo que significaba ser humano. Pero ahora lo entendía. Era suficiente.

—Hola, Dimitri.

Marchenko casi chocó con Gronolf, quien ahora lo sujetaba con sus manos táctiles.

—Derecha antes que izquierda, lo sé —dijo Marchenko.

El Grosnop lo giró para que pudiera verle la cara.

—*Jo-ja*, ¿qué te pasa? Te ves muy sombrío. ¿Es esa la palabra adecuada?

—Es una palabra muy adecuada. Hablas casi a la perfección.

—Me temo que no puedo devolverte el cumplido.

Marchenko se encogió de hombros.

—Este estúpido cuerpo. Necesito uno de metal otra vez.

—Pero no por mi culpa, ¿verdad? Mira, hermano, no tienes que hablar nuestro idioma a la perfección. No pasa nada. ¿Para qué sirven los traductores universales?

—Para ser precisos, sería útil que todos a bordo hablaran el mismo idioma. —La voz de la Omnisciencia vino del techo.

—¿Nos has estado vigilando otra vez? —la recriminó Gronolf—. Eso es inaceptable.

—No, solo quería invitaros a la cúpula de investigación. Por supuesto, primero tenía que localizaros.

—¿Estás intentando matarme?

Delante de Marchenko había una especie de terraza que conducía desde el cubo negro del Draght al espacio abierto. No había ventanas ni techo, solo infinito.

Gronolf se rio.

—Buen chiste. Ahora ven. Si la Omnisciencia nos llama, debe ser por una razón importante.

Marchenko respiró hondo. Se limitó a mirar la plataforma, que parecía sólida. Bajo sus pies, parecía plástico duro. Cada paso hacía

un *clac*. Clac-clac-clac. Era extraño. Gronolf lo llevó hasta el borde y le puso la mano sobre una superficie cálida. La pared exterior.

—No me digas que no conoces la cúpula —dijo el Grosnop.

Marchenko frunció el ceño. Nunca había visto la estructura desde una perspectiva humana. Cuando había entrado allí con su cuerpo robótico, se había fijado en la pared de inmediato, por supuesto. Probablemente por eso le había parecido pequeña la sala, no tan enorme como ahora, con sus sentidos alterados.

—Sí, lo recuerdo, pero tenía un aspecto completamente diferente.

—No hemos cambiado nada.

—Pero yo sí he cambiado.

Gronolf le dio una palmada en el hombro.

—Sigues siendo el mismo bromista.

—Si me permitís interrumpir vuestro comportamiento de vinculación —intervino la Omnisciencia—, me gustaría mostraros algo.

—¿Tiene que ver con nuestro destino? —preguntó Marchenko.

La Omnisciencia no respondió. En cambio, de repente hizo *zoom* sobre una estrella que hasta entonces era poco más que un punto. Marchenko tuvo que cerrar los ojos un momento, pero no sirvió de nada. Cuando los volvió a abrir, un planeta flotaba frente a ellos en el espacio. Rotaba con relativa rapidez, lo cual era una buena noticia, ya que habría facilitado la aparición de la vida. Por los imponentes casquetes polares del norte y del sur, reconoció que debía de tratarse del planeta GJ 1061 d, situado más hacia el borde exterior de la zona habitable.

La imagen siguió ampliándose y, al instante siguiente, Marchenko supo por qué la Omnisciencia los había traído allí. Una línea ancha y recta se extendía desde el polo sur hacia el ecuador.

—¿Existe algún proceso natural que pueda haber creado una estructura así? —preguntó.

—No lo sé. Al menos, yo no conozco ninguno. —No era habitual que la Omnisciencia admitiera no saber algo.

Marchenko intentó durante un momento acceder a la red de a bordo para recuperar todo el conocimiento planetario disponible,

hasta que se dio cuenta una vez más de que había renunciado a esa capacidad de su cuerpo robótico.

—Pero ¿tienes alguna teoría, Omnisciencia?

—Esta fisura en la corteza del planeta, de varios cientos de metros de profundidad y varios kilómetros de ancho, debe haber sido causada por fuerzas enormes —explicó—. Sin embargo, también es muy, muy recta. Eso descarta todas las causas naturales.

—¿Podría ser el resultado de un arma? —preguntó Gronolf.

—Quizás. Pero tengo una idea mejor.

Sin previo aviso, la nave volvió a ponerse en movimiento. Marchenko incluso creyó sentir la aceleración. Tuvo que agarrarse a la pared mientras se precipitaban hacia el planeta. La pared vibró al atravesar varias capas de nubes. Poco antes de llegar a su destino, el tiempo se despejó. Marchenko vio un entorno inhóspito y, entonces, la nave tocó tierra. El ruido fue infernal. Sonó como si la nave se estuviera desintegrando. Contuvo la respiración por si se producía una caída de presión. Marchenko sintió cómo el miedo a la muerte le recorría lentamente la columna vertebral desde el coxis hasta que el Draght finalmente se detuvo.

—Muy vívido —comentó Gronolf.

—Simulé el accidente de una nave como el Draght —explicó la Omnisciencia—. Sin embargo, para que se produjera la fisura que vemos en GJ 1061 d, esta nave espacial tendría que haber sido unas veinte veces más grande que el Draght.

—¿Podría haber sido una luna o un asteroide en lugar de una nave? —sugirió Marchenko.

—No. El impacto descontrolado de un objeto siempre provoca la formación de cráteres. Pero no vemos ninguno. Lo que causó la fisura debía estar bajo control. La tripulación parece haber intentado evitar el choque, pero no pudo hacerlo.

—¿Qué tripulación? —preguntó Gronolf.

—Disculpa. La existencia de una tripulación es en realidad una suposición injustificada. La nave podría haber sido guiada por una conciencia como la mía.

—¿Te refieres a los Constructores? —preguntó Marchenko.

—Exacto. El motor del Majestic Draght también podría propulsar una nave mucho más grande. Los Grosnops simplemente no pudieron construir una.

De hecho, los Grosnops encontraron los restos de una nave y la convirtieron para sus propios fines.

—Oye, el Draght es perfecto tal y como está —dijo Gronolf.

—¿Cuánto tiempo tiene la fisura del planeta? —preguntó Marchenko—. ¿Podemos averiguarlo?

—Calculo que es relativamente reciente. El planeta es muy fértil en las latitudes más bajas. La grieta seguramente se habría vuelto a cubrir de vegetación tras millones de años. La capa de hielo del polo también indica que todo es aún bastante reciente.

—¿Se estrellaron hace poco?

—No, yo diría que hace unos mil años de los vuestros.

—Gracias. Es muy emocionante. ¿Nos llevarás a la órbita? Luego, bajaremos en un trasbordador.

—Me gustaría acompañaros, Marchenko.

—Gronolf es el jefe, tendrás que preguntárselo a él.

—Sí, te llevaremos con nosotros, por supuesto —dijo Gronolf.

—Ah, una cosa más. He encontrado indicios de estructuras artificiales cerca de la fisura. Te lo enviaré, Marchenko. Probablemente tú podrás sacarle más partido.



En su habitación, Marchenko volvió a lamentar no tener ya un cuerpo robótico. ¿Qué le había llevado a crearse un caparazón biológico? Debió anticiparlo. Probablemente fue el deseo de mezclarse con la gente de la Tierra. Pero eso nunca había sido un peligro real. Ni siquiera el rey británico se habría fijado en él entre los Grosnops. Gronolf había atraído la atención de todos.

Quizá ese no había sido el factor decisivo, y le había preocupado más estar cerca del Marchenko original. Solo ante su tumba se había dado cuenta de lo poco que tenían en común. La persona que había

regresado de Encélado nunca había tenido hijos. Nunca había conocido a Adán y Eva.

Sus hijos. ¿Cómo estarían? ¿Le habría perdonado Adán? Ahora tendrían unos cincuenta años. Las últimas noticias que tenía de ellos tenían más de diez años. Eva estaba embarazada de un niño en ese momento, después de haber dado a luz a gemelos. Se había casado con Takumi. Ella sabía muy poco de Adán.

Marchenko suspiró. Encendió el ordenador que había traído consigo desde la Tierra. Como robot, simplemente habría cargado los datos de la Omnisciencia en su memoria. Una enorme tabla apareció en la pantalla. Comprobó los valores; eran datos del sensor de gravedad, que probablemente había utilizado la Omnisciencia para buscar recursos minerales y la distribución de la masa dentro del planeta. Con unos pocos comandos, visualizó los datos según sus coordenadas de ubicación. GJ 1061 d era un planeta bastante corriente con un núcleo que aún estaba parcialmente líquido. Tenía una pequeña protuberancia en el ecuador, igual que la Tierra.

Dentro de esta había algo que le recordaba a una hebilla de cinturón. El cinturón se había deslizado ligeramente y colgaba en un ángulo de unos veinte grados. La hebilla estaba situada al oeste de la fisura. Amplió la zona. Había algo allí. Tenía aproximadamente la forma de una lágrima y le recordaba a algo que no había visto en mucho tiempo.

El Messenger. La nave espacial en la que Adán, Eva y él habían aterrizado en Próxima b. Su corazón latió con fuerza. Al menos eso era algo que su cuerpo robótico no podía hacer. La biología le permitía sentir sus emociones con mayor intensidad. Amplió un poco más la imagen y añadió datos ópticos. Marchenko asintió. Allí abajo había algo parecido a un asentamiento, exactamente en el lugar que él habría elegido para ellos.

Cerró el ordenador. Estaban allí. Adán y Eva lo esperaban. Marchenko se levantó de un salto y comenzó a pasearse en su habitación.

—Omnisciencia, ¿me oyes?

—Estaba esperando que te pusieras en contacto conmigo.

—¿Cuándo llegaremos?

—Mañana, si no surge nada.

Bien. Podría controlar su curiosidad hasta mañana.

—Necesito investigar ese asentamiento.

—Lo haremos, después de investigar el origen de la fisura.

Ya se lo temía. La Omnisciencia siempre anteponía sus necesidades. Pero el Messenger era claramente el hallazgo más importante.

—No. Primero nos ocuparemos del asentamiento. Adán y Eva podrían estar en peligro mortal.

—No lo creo. Su nave espacial debe de haber aterrizado hace al menos diez años. Si han sobrevivido tanto tiempo...

Marchenko golpeó la pared.

—¡Las vidas humanas son muy frágiles y pueden extinguirse en cualquier momento!

¿Acababa de suspirar la Omnisciencia? Nunca antes había emitido un sonido así.

—No quería decírtelo porque no quería preocuparte, pero...

—¿Pero? ¿Pero? ¡Suéltalo!

—No hay señales de vida en la zona en cuestión.



GJ 1061 d

Había matado a su hermano. Probablemente. Eva avanzó por la llanura hacia el norte. Tenía que dejar de culparse. Había sido una idea inteligente. ¿Por qué no había volado el maldito dragón hacia la meseta? ¿Qué hacía en el ecuador? ¿Había más de su especie allí? Había comprobado sus provisiones esa mañana. Quedaba suficiente cuerda para tejer una segunda red. Pero, conociendo su suerte, el dragón la dejaría caer justo delante de su casa, más lejos que nunca de Adán.

No, tenía que recorrer esa distancia a pie. Paso a paso. Al menos no hacía demasiado calor. Suspiró. Si Adán no hubiera caído al vacío, se habría ahorrado la parte más aburrida de la marcha. Esperaba que fuera lo suficientemente sensato como para esperarla allí. Al fin y al cabo, la grieta tenía la ventaja de que era difícil pasarla por alto. Encendería una hoguera cada noche para que Adán pudiera verla acercarse lentamente.

Al mediodía, se tomó un descanso más largo. Había dormido muy mal durante la noche, así que se acurrucó de lado en posición fetal y cerró los ojos.

¿De dónde venía ese ruido? Cada vez que pegaba la oreja a la roca, lo sentía. Era un pulso rápido que le llegaba a cada fibra del cuerpo a través del esqueleto. Debía de venir de muy abajo. De las profundidades. ¿Qué era ese ruido? Agua. Probablemente la

corriente venía del Polo Sur, donde había enormes glaciares. Cuando la roca se había derretido y solidificado de nuevo, el proceso debía de haber creado cuevas subterráneas. Debían de estar conectadas para que el agua pudiera fluir a través de ellas.

Agua potable.

Más que eso: agua en movimiento.

Energía que se dirigía hacia el norte. Hacia su destino. ¿No podría utilizarla de alguna manera? Todavía tenía suficientes bolsas de agua en su equipaje. Podía inflarlas y estas la transportarían y, en caso de emergencia, incluso podría respirar de ellas. Claro, el agua estaría fría. Provenía de la capa de hielo del sur y fluía bajo tierra. Pero si mantenía la menor parte posible de su cuerpo sumergida, sobreviviría. Eva se estremeció. Dependiendo de la velocidad a la que fluyera el agua, podrían ser solo unas horas. Y eso le ahorraría días. ¿Quizás Adán necesitaba ayuda de nuevo?

Solo había un problema: no tenía ni idea de cómo llegar al río bajo la roca.

Volvió a pegar la oreja al suelo. El profundo latido no era su imaginación. Tampoco parecía estar muy lejos. Pensó en las fotos de la Luna que Chenko les había enseñado. Los agujeros negros que ocultaban cuevas de lava siempre le habían fascinado. En la Luna, estaban vacíos de aire. Aquí, el agua fluía a través de ellos. Razón de más para que hubiera más cavidades causadas por la erosión, ¿no?

Miró a su alrededor. En la meseta, la vegetación probablemente habría cambiado cerca del agua corriente. Aquí abajo, no cabía esperar nada parecido. Los pocos animales que existían sabían dónde encontrar agua, pero no compartirían su conocimiento. Solo había una manera: tenía que encontrar un agujero. Desde luego, no iba a dar media vuelta, sino que seguiría avanzando.



El ruido seguía ahí. Eva apartó la oreja del suelo y se sacudió el polvo. El sol estaba a solo un palmo por encima del horizonte. No

podría llegar al río ese día. Suspiró. ¿Por qué nada le salía bien? Era para tirarse de los pelos. Y Adán probablemente estaría tirado en algún lugar, indefenso. Los gusanos ya estarían esperando para devorar sus miembros.

¿Y si creaba ella misma la abertura? Dejó la mochila en el suelo y rebuscó en ella hasta encontrar la pistola. Brillaba y olía a aceite de máquina. La bala era lo suficientemente potente como para matar a un hollador. ¿Sería capaz de reventar el suelo?

Quizás, si lo preparaba con cuidado. Marcó un rectángulo como zona objetivo. Se arrastró a cuatro patas y comprobó dónde se sentía mejor el latido. Encontró una zona estrecha donde creía que la roca era más fina. Por supuesto, el río también podía fluir con más fuerza y ruido allí que en otros lugares. Se encogió de hombros. No podía ver a través de la roca.

¿Debería construir la balsa ahora? No. Calculó que sus posibilidades de éxito eran inferiores al cincuenta por ciento. El proyectil podría rebotar; la roca podría ser demasiado gruesa. Mantuvo la distancia, contuvo la respiración, apuntó y disparó.

Una onda expansiva le golpeó el estómago. Recorrió la fisura, impactó las dos paredes, se reflejó y volvió hacia ella. Algo voló en la distancia, probablemente un dragón. No pasó nada más. Tiró el arma. Ya no la necesitaba. Qué pena. Pero ya lo había imaginado.

Eva corrió hacia el lugar donde había golpeado la roca. El suelo estaba ennegrecido. Desde allí salían líneas finas y dentadas en cuatro direcciones. La explosión no había pasado completamente desapercibida. Eva saltó. Cuando volvió a aterrizar, las líneas se extendieron. De inmediato rodó hacia el borde. En ese momento, la roca se derrumbó, y no solo donde ella la había golpeado. ¡Tenía que huir! Corrió para salvar su vida. El derrumbe la alcanzó. Eva saltó cuando el suelo que se derrumbaba pasó junto a ella. Vio el agua burbujeante debajo. Se acercaba un borde. Consiguió agarrarse a él con ambas manos. Por un momento, su pie izquierdo se sumergió en el agua. Entonces se dio un tirón, se impulsó hacia arriba y se giró de lado para salir del agua.

¡Había funcionado! Eva estaba de pie con la linterna en el borde del agujero. El río fluía a unos dos metros por debajo de ella. Muy cerca. No tendría mucho espacio; incluso podría haber zonas en las que tendría que sumergirse por completo. Por otro lado, nunca habían visto la fisura inundada. Por lo tanto, el pasadizo subterráneo debía de tener capacidad suficiente para toda el agua derretida. Y ni siquiera era la época más cálida del año en el hemisferio sur.

Tampoco le gustó la oscuridad que había allí abajo. Pero al menos le ahorraba tener que esperar hasta la mañana siguiente para empezar. Al fin y al cabo, allí abajo no iba a oscurecer más. Esperaba no arrepentirse más tarde de su decisión. Sin embargo, su mayor temor era no encontrar la salida. No podría crear otro agujero. Si no había ninguna abertura natural, el río la llevaría más allá del ecuador.

Vale. Ahora que había desperdiciado su única oportunidad aquí, lo lógico era embarcarse en este viaje. Primer paso: tenía que llenar las bolsas de agua con aire. Sin embargo, el material era tan resistente que no podía crear suficiente presión solo con los pulmones. Pero eso no era un problema. Las bolsas desplazaban suficiente agua para compensar su peso.

Colocó cuatro de ellas una al lado de la otra, luego colocó las dos restantes encima y debajo de ellas en forma de cruz y las unió con cuerda y cinta adhesiva. Su colchoneta enrollable le sirvió de cubierta improvisada. Con más cinta adhesiva, hizo ocho asas, que fijó a los lados de la balsa, también por si se caía al río. La mochila con las provisiones era impermeable, pero pesada, así que la sujetó en el centro de la cubierta. Temía que, de lo contrario, pudiera arrastrarla bajo el agua. Por último, se ató a la balsa con una cuerda.

A esas alturas, ya estaba tan oscuro que el agujero ya no le daba tanto miedo. Arrastró la balsa, sorprendentemente pesada, hasta el agujero. El río formaba grandes remolinos. ¿Había aumentado la corriente? A la luz de la linterna, así parecía. El agua no le daría

tiempo a abordar con calma. Tenía que tirar la balsa, esperar a que no se volcara y saltar justo después.

La primera parte fue la más difícil. El agujero que había hecho era alargado. Tenía que colocar la balsa de una forma muy concreta para que se deslizara. Eva se metió en el agujero y tiró de la balsa detrás de ella. La linterna que llevaba en la frente se balanceaba violentamente de un lado a otro. Tuvo que dar media vuelta al agujero para alcanzar la posición óptima.

Casi lo había conseguido cuando la roca comenzó a moverse. Se extendieron finas líneas desde donde había colocado las botas. Esto no pintaba bien. ¿Cuánto tiempo le quedaba? No mucho. Las líneas ya se estaban abriendo. El problema no era que se cayera al río. Ahí era donde quería ir de todos modos. El problema eran las rocas que caerían con ella. Empujó la balsa con todas sus fuerzas hacia la abertura. Esta volcó, arrastrándola con ella porque no soltó el asa de la popa. Sus muslos golpearon con fuerza el borde de la roca. La balsa cayó. El agua salpicó. Por el rabillo del ojo, vio las sombras moviéndose detrás de ella.

Pero el río no le dio tiempo. Envolvió la balsa y la arrastró. Eva seguía sin soltar el asa. Cayó de largo al agua. Estaba helada, pero al menos eso la distraía del dolor, porque su cuerpo estaba sumergido en el líquido y era golpeado por las rocas. Debían de ser los restos de la explosión. Pero el agua se hizo rápidamente más profunda. La corriente la hundía. Eva se impulsó hacia arriba y jadeó en busca de aire. De nuevo fue empujada hacia el agua. La balsa giró. Otro golpe en la espinilla. El frío suprimió cualquier dolor. Ya no sentía la mano con la que se aferraba.

Pero no bastaba con dejarse arrastrar. Tenía que subir a la cubierta de la balsa, de lo contrario se quedaría sin fuerzas, lo que estaba a punto de suceder. Llevó la segunda mano hacia delante y agarró el asa. Respiró hondo y luego puso toda su energía en los brazos. Se impulsó hasta que su cara golpeó una bolsa. El olor a goma fue celestial. Pero aún no estaba donde quería estar. Ahora tenía que soltar el asa con una mano y buscar la siguiente. Uno, dos... entonces sintió un golpe violento en la cadera.

Otra vez. Uno, dos, tres. Soltó la mano derecha; sus músculos se negaban a obedecer, pero los obligó a luchar contra el dolor. Su mano aterrizó en la balsa. ¿Dónde estaba el asa? Buscó a tientas. Nada. Pero estaba segura de que... ¡La lámpara! Levantó la cabeza. La lámpara seguía sobre su frente. Iluminó el techo de la cueva, que estaba cubierto de objetos con forma de huevo. Eva bajó la cabeza. Allí estaba la mochila, y allí estaba el asa. Se impulsó un poco más hacia arriba con la mano izquierda. ¡Por fin! Su mano derecha se cerró alrededor de la cinta que formaba el asa. Respiró hondo y, con el brazo derecho, sacó el resto del cuerpo del agua.



Al fin. Eva imaginó el terreno sobre la cueva. Habría caído la noche. Quizá pudiera ver a lo lejos el fuego que había encendido Adán. Aquí estaba oscuro y frío. Había apagado la linterna para ahorrar energía. Pero ahora su cuerpo había entrado en modo contrario: movía los músculos incontrolablemente para generar calor. Eva temblaba. Había que detener eso. Tenía los medios para hacerlo «ropa seca y cálida» en la mochila, pero ¿encontraría la fuerza?

Una cosa a la vez. Comprobó la cuerda que la unía a la balsa. Bien, estaba tensa. Luego, se quitó la ropa. Escurrió bien cada prenda. A continuación, depositó la ropa aún húmeda a poca distancia de la mochila atándola a un asa. Curiosamente, no sentía más frío desnuda que con la ropa mojada. Esperó un momento para que se le secara el cuerpo. Solo había llevado un cambio de ropa, que quería mantener lo más seco posible.

Por último, abrió la mochila. Fue una sensación celestial sentir el cálido jersey contra su piel, aunque siempre se había quejado de que el tejido le picaba. Los calcetines le calentaban los pies maravillosamente y, cuando se puso los pantalones, dejó de castañetear los dientes. Así estaba mil veces mejor, sobre todo cuando encontró las galletas secas y pudo llenarse el estómago.

Estaba a varios metros bajo tierra, en un río helado, sin poder determinar su destino, pero, de repente, la vida volvió a parecerle

buena.



Huevos. Los objetos pegados al techo parecían puestos por un pájaro gigante. Pero sabía que los dragones construían sus nidos en lo alto, no en cuevas. ¿Podrían haber sido creadas estas formas por procesos geológicos? Seguramente no aquí, en el techo de un antiguo canal de magma que ahora estaba lleno de un río.

Los huevos dieron paso de nuevo al techo normal. Desde aquí abajo, parecía casi igual que desde arriba. Solo que no había polvo, sino mucha humedad. Olía un poco a moho, pero Eva se acostumbró rápidamente. Iluminó con la lámpara en la dirección en la que avanzaba para estar preparada ante cualquier obstáculo.

Vio una roca en medio de la corriente. Se agarró con fuerza, pero se mantuvo extrañamente tranquila. La balsa era casi imposible de manejar, así que no podía hacer nada, de todos modos. Y, como por arte de magia, la balsa se desvió en el momento justo. Por supuesto, no fue un milagro. La corriente simplemente la había desviado de la roca.

Por un momento, el aire se volvió más fresco y limpio. La lámpara no había detectado una abertura, pero debía de haber un agujero en el techo.



Cuanto más tiempo pasaba, más familiar le resultaba el río. Con el tiempo, empezó a ver conexiones claras. Los huevos en el techo siempre aparecían primero. Luego, de repente, había algunas rocas en la corriente, bajo huecos naturales que dejaban entrar aire fresco y, presumiblemente, también a los dueños de los huevos.

Curiosamente, no había huevos detrás de la abertura. Quienquiera que los hubiera puesto, había subido río arriba para hacerlo. Tenía que haber alguna razón que ella aún no entendía. Pero tal vez un experimento ayudaría. Se arrodilló en la balsa.

Cuando estiró el brazo, pudo alcanzar el techo. Esperó hasta que apareció el siguiente suministro de huevos. Ahora se sentó, extendió la mano, cerró los dedos alrededor de la base de un huevo y tiró. Se rompió. Un líquido pegajoso salió a borbotones. Lo intentó de nuevo. El huevo era bastante más pequeño. No se desprendió y se le resbaló rápidamente entre los dedos.

Al tercer intento, fijó la mirada en un huevo especialmente grande. Lo agarró con ambas manos y se desprendió con sorprendente facilidad. Eva se sentó con las piernas cruzadas y colocó el huevo en su regazo. Estaba sorprendentemente cálido. Cuando lo acarició, la cáscara le pareció rugosa.

Pero ¿qué era eso? Cada vez que ponía la mano en la punta, parecía que algo golpeaba desde dentro. Podía sentir las vibraciones. Cuanto más tiempo dejaba la mano sobre la cáscara, más rápidas se volvían. ¿Había algo vivo dentro? Retiró la mano. ¿Quizás era peligroso? Lo dejó en la cubierta. Ya habían pasado la abertura del techo, así que probablemente no era un buen momento para que la pequeña criatura del huevo naciera. El hecho de que los huevos siempre estuvieran situados río arriba de la abertura probablemente era para que las crías pudieran salir.

Pero ¿a qué especie pertenecían? Eva sostuvo el huevo con una mano delante de ella y lo iluminó con la linterna que tenía en la otra. Su habitante parecía casi tan grande como el propio huevo. No podía distinguir su forma.

Las vibraciones comenzaron de nuevo. Eva volvió a dejar el huevo, pero esta vez la criatura no se calmó. Los golpes se hicieron tan violentos que se transmitieron a toda la balsa. La cáscara ya no pudo soportar la presión. Aparecieron las primeras grietas, y luego la parte superior se desprendió por completo.

Una cabeza alargada y gris con una especie de pico asomó, chorreando baba. Dos brazos diminutos empujaron el resto del cascarón. El huevo volcó y rodó hasta el borde de la balsa, pero Eva lo volvió a atrapar. Una extraña criatura emergió del cascarón. Se parecía un poco a un lagarto terrestre, pero su cabeza alargada y su pico eran casi tan grandes como el resto de su cuerpo. Podía ponerse de pie sobre sus patas traseras y usar los brazos casi como

un humano. El pico se movió. Probablemente emitía sonidos que Eva no podía oír. Su piel era pálida, casi del color de la carne.

Poco a poco, se acercó. Seguía pareciendo inofensivo. ¿Qué tramaba? Eva se dio cuenta de que dejaba un rastro oscuro en la cubierta. Debía de ser la mucosidad que goteaba de su pico. Parecía un ácido fuerte.

—Oye, cuidado con el pico —articuló ella.

La criatura se limpió la punta del pico con unos dedos diminutos, como si la hubiera entendido. De repente, se arrodilló y saltó. Eva se agachó, pero la criatura no iba a por ella. Aterrizó en el techo y cayó al agua poco después.

«Es tu fin, amigo».

A Eva no le disgustó demasiado la rápida despedida. La criatura le había parecido un poco extraña. Se sobresaltó cuando le salpicó agua en el cuello. Su nuevo amigo salió disparado del agua. Tenía un pequeño trozo de pescado entre las patas, que desgarró con el pico. El animal cogió un trozo especialmente grande con las patas, se lo llevó a Eva y se lo dejó caer en el regazo. Compartía su presa con ella. Qué tierno.



—¡Ay!

Cuando Eva abrió los ojos, lo primero que vio fue el pico del animal alrededor de su muñeca y, a continuación, la roca que se acercaba hacia ella. Intentó agacharse, pero fue demasiado lenta. El saliente le golpeó la cabeza con tanta fuerza que la lanzó hacia un lado. Quedó tumbada boca arriba. Su mano izquierda se aferraba a la mochila. Su pierna derecha estaba sumergida en el agua. Luchó, pero no podía levantarse ni darse la vuelta porque el techo era demasiado bajo. ¡Ojalá el nivel del agua no subiera más!

Entonces sintió un dolor en el costado izquierdo. ¿Estaba el recién nacido aprovechando la oportunidad para comérsela cual calcetín engullidor? No, estaba tirando de ella con una fuerza increíble. Centímetro a centímetro, la arrastró hacia el centro de la

balsa. Su pie ya no colgaba en el agua. Por un momento, vio el cielo. ¡Qué luminoso estaba fuera! ¿Hasta dónde habían llegado? Eva giró la cabeza hacia un lado. El pico del animal la soltó. Tenía ojos negros sin pupilas, situados a los lados de su alargada cabeza. Su mirada era apagada. Su cuero cabelludo se había decolorado notablemente en las últimas horas y ahora era casi negro.

La cabeza asintió. Se veían algunas manchas negras donde la había sujetado. Ácido. Había recogido a un extraño compañero. ¿El animal la consideraba una amiga, o la estaba guardando como presa para cuando tuviera mucha hambre? Debía tener cuidado de no humanizar a la extraña criatura. La había salvado, pero eso no era necesariamente una señal de amistad.



Al cabo de un rato, su compañero se puso visiblemente nervioso. ¿Estaba empezando a tener hambre? ¿Era esta su última hora? Eva ya estaba pensando en la mejor manera de lidiar con esa cosa. Tenía que mantenerlo a distancia. Sus brazos y piernas no parecían muy fuertes. Su pico y el ácido que podía escupir eran probablemente sus armas más poderosas. Eva se deslizó hacia un lado para que su mochila los separara. La cueva era tan baja en ese punto que sería difícil para la criatura cruzar el obstáculo, y si lo intentaba, Eva tendría la oportunidad de darle una patada.

Sus robustas botas eran su mejor protección. Por eso se las había vuelto a poner, aunque todavía estaban mojadas. La balsa se balanceó y chocó con una roca. Eva agachó la cabeza y apuntó con la linterna hacia delante. ¿Qué estaba pasando? Su amigo saltaba y agitaba los bracitos de forma extraña, como si quisiera volar. ¡Ahí! ¿Era una pared la que se acercaba hacia ellos? El haz de luz de la linterna incidió sobre una superficie negra que absorbía casi por completo la luz. Estaba a unos cien metros de distancia.

El animal saltó al agua. ¿Se había cansado de ella? Eva iluminó el río. Parecía terminar en la pared negra. Pero eso era imposible. Allí, esos remolinos... ¡El agua fluía bajo el obstáculo negro! Si la

arrastraba hacia abajo, tendría que contener la respiración. Pero ¿durante cuánto tiempo? ¿Era este el final de su viaje? Eva estaba indecisa. ¿Debería saltar? En ese momento, la balsa dio una sacudida. Se movió hacia un lado como si fuera teledirigida, esquivó el primer remolino, pero se sumergió en el segundo. Se inclinó hacia un lado. Eva se agarró a su mochila. Pero antes de que pudiera volcar por completo, fue empujada hacia un lado y salió del remolino. Eva buscó la causa con su linterna. Distinguió algo flotando justo debajo de la superficie.

La pared se alejó. La balsa entró en aguas más tranquilas. El aire olía diferente aquí. Era más seco. Eva miró hacia arriba. En lugar de rocas, ¡había estrellas sobre ella! ¡Había salido! Entonces sintió que la balsa rozaba un obstáculo debajo de ella. Un poco más adelante, su compañero emergió del agua. Tenía una cuerda en el pico, tiró de la balsa todo lo que pudo y luego soltó la cuerda.

Eva se puso de pie. El agua era tan poco profunda que ya no le salpicaba las botas. Tiró de la balsa hasta la orilla, donde se había acumulado arena. Allí se dio la vuelta. Pero por más que buscó con la linterna, su salvador había desaparecido.



4/Nocheoscura/4076, Majestic Draght

NADA.

Marchenko siguió probando nuevos algoritmos para procesar los datos brutos de la Omnisciencia, pero el resultado seguía siendo el mismo: no había nadie allí abajo.

Ping

Habían llegado nuevas imágenes del telescopio. El Draght ya estaba en órbita alrededor del planeta. Cada vez que sobrevolaba la zona objetivo, se tomaban nuevas fotos, que Marchenko analizaba de inmediato. Ahora también se apresuró a mirar las imágenes, y se sintió decepcionado. Aunque eran más nítidas, seguían sin mostrar nada que indicara que hubiera habitantes en el asentamiento. Incluso habían plantado campos. Se veía una turbina eólica generando energía y un laberinto de vías que conducían a la fisura. Como Marchenko no había identificado ningún pozo, supuso que obtenían el agua de algún lugar de la fisura.

«Habían estado» obteniéndola porque ya no quedaba nadie allí abajo. La Omnisciencia tenía razón y, si era sincero, no tenía ningún argumento para justificar por qué debían visitar primero el pequeño asentamiento. Gronolf le habría apoyado, pero también era importante mantener contenta a la Omnisciencia.

Su tatuaje vibró. Eso también era un logro de la Tierra. Los Grosnops se habían entusiasmado tanto con él que toda la

tripulación se había tatuado uno igual. Era muy práctico cuando ya no tenías que llevar un dispositivo contigo. Solo que no servía como linterna. Marchenko sacudió el brazo.

—¿Alguna noticia? —preguntó Gronolf—. Estamos preparando el transbordador. Podríamos salir en treinta minutos.

—¿Del asentamiento? No, todavía no hay señales de vida.

—¿Deberíamos ir de todos modos...?

—No, Gronolf. Acataremos los deseos de la Omnisciencia e investigaremos la fisura.

—Oh, ¿no te has enterado?

—¿Qué?

—La Omnisciencia ha encontrado algo al final de la fisura. Podrían ser los restos de la nave espacial de los Constructores.

—¿Qué?

Eso fue demasiado rápido para Marchenko. Había dado por sentado que la búsqueda de la Omnisciencia les llevaría paso a paso por toda la nube local. ¿Y ahora ya habían llegado a su destino?

—Sí, has oído bien. Pero eso no es todo, ¡incluso hay señales de vida!



—¿Qué es eso? —preguntó Marchenko.

Gronolf llevaba un arpón al hombro. Ragnor se adelantó con una potente arma de fuego. Murnaka llevaba una cadena con las estrellas ninja alrededor del cuello.

—¿Eso? —Gronolf señaló su arma—. Con eso conocí a Eva.

—¿Y ahora quieres asustar a los Constructores?

—No podemos dar por sentado que estos Constructores sean pacíficos —argumentó Murnaka—. Podrían tener la idea de robar el Draght.

—Repito mi protesta —dijo la Omnisciencia a través del intercomunicador.

Marchenko entrecerró los ojos. Cosima, el cuerpo biológico de la Omnisciencia, estaba delante de él. Se estaba poniendo el traje

espacial. La Corporación RB había patrocinado todo un arsenal de sus últimos trajes. Para este viaje, habían elegido un modelo con potenciadores de fuerza muscular para facilitar la transición a la mayor gravedad del planeta.

Pero ¿cómo conseguía la Omnisciencia controlar su cuerpo biológico y la nave al mismo tiempo?

En ese momento, Cosima se dio la vuelta.

—¿Por qué me miras así? ¿Es por mis características sexuales secundarias?

La Omnisciencia aún no tenía mucha experiencia con su cuerpo biológico, por lo que a Marchenko no le sorprendió la pregunta.

—No, solo me pregunto cómo puedes estar activa en los controles de la nave y en este cuerpo al mismo tiempo.

Cosima se rio y señaló su cuello. Marchenko no veía nada allí. Se acercó hasta que notó una especie de nudo de color rojizo.

—Un micrófono —dijo ella.

—¿Y quién controla la nave en tu ausencia?

—El sistema automático. Es perfectamente adecuado para permanecer en órbita.

Marchenko asintió. A veces las cosas eran más simples de lo que parecían. Por desgracia, esos casos eran la excepción.



El cielo estaba... raro. Esto no era la Tierra. Marchenko se agarró a los reposabrazos de su asiento y miró por el ojo de buey. El azul que se había desprendido lentamente del negro intenso que rodeaba su planeta natal tenía aquí un matiz oscuro. Marchenko tenía la sensación de estar escuchando a un cantante que cantaba todas las notas demasiado bajas. Probablemente se debía a la estrella central, una enana roja cuyo espectro de luz era diferente al del sol.

A Gronolf, quien estaba a los mandos, no parecía importarle. Obviamente quería completar el aterrizaje en una órbita y frenaba tan a menudo que volaban con el motor hacia delante todo el tiempo. El transbordador gemía bajo la presión de las masas de aire

del planeta. A Marchenko le encantaban esos aterrizajes. Lo anclaban a la realidad. Durante el largo tiempo que pasaba en la nave espacial y en su camino a través de un universo prácticamente vacío, siempre se transformaba en una especie de fantasma que solo tenía contacto con el mundo a través de la información. Su cuerpo no sentía el frío del espacio, sus pulmones no tenían que respirar el vacío, el polvo interestelar no se le pegaba a la piel y sus células se libraban de las lluvias de radiación cósmica.

Eso estaba a punto de cambiar.

—¡Aterrizaje en tres minutos! —gritó Gronolf.

De repente, el paisaje cambió. La llanura, antes gris verdosa y cubierta de vegetación, dio paso a una superficie marrón oscura, parcialmente carbonizada. La roca de abajo debía de haberse derretido hacía poco. Había adquirido la temperatura ambiente, pero aún no se había erosionado. La diversa vida de este planeta aún no la había repoblado.

Sin embargo, la Omnisciencia había encontrado señales de vida justo allí. Marchenko la miró; había apoyado la cabeza en la ventanilla del otro lado. ¿Se arrepentía de tener que prescindir de todos los sensores del transbordador?

De repente, se inclinó hacia atrás. Gronolf había colocado la nave en posición vertical. Los asientos se ajustaron a la nueva orientación y giraron noventa grados. Una nube de polvo se levantó frente al ojo de buey, oscureciendo la vista. El motor rugió brevemente una vez más. Luego, el transbordador descendió sobre su tren de aterrizaje, crujiendo como un Grosnop con sobrepeso en su sillón.

Todo quedó en silencio. Marchenko sintió una presión en el pecho que le provocó un miedo instintivo. Respiró profundamente hasta que se dio cuenta de que solo era un efecto de la mayor gravedad. No solo tenía el pecho más pesado, sino también la cabeza. Mientras que sus brazos y piernas estaban sostenidos por los amplificadores de fuerza muscular del traje, su cabeza no contaba con esa ayuda. Marchenko nunca había tenido tanta dificultad para mantener la cabeza erguida.

Pero los Grosnops también tenían sus problemas. Gronolf gimió mientras se colgaba el arpón al cuello, pero luego lo dejó caer al

suelo. Le guiñó un ojo a Marchenko, quien no pudo evitar reírse. Ragnor cogió su rifle de los brazos táctiles y lo colocó en los brazos de carga. Murnaka se quedó con la cadena de estrellas ninja, pero la colgó de manera que quedara tan atrás como adelante. Esto no suponía ningún problema gracias a la estructura simétrica de los cuerpos Grosnop.

—No necesitaremos cascos —dijo la Omnisciencia.

—¿Ni siquiera nosotros? —preguntó Gronolf.

—Me refiero a todos.

Eso era emocionante. Debido a sus cuerpos, Gronolf aparentemente consideraba que la IA de la nave era humana. ¡Qué diferencia hacía la apariencia!

—Atención, voy a abrir el mamparo —alertó Gronolf.

Al parecer, quería prescindir de la igualación de presión a través de la esclusa. A Marchenko le parecía bien. Cuanto antes entraran en contacto con la atmósfera, más rápido se acostumbrarían a ella.

El mamparo chirrió y ya podía sentir el aliento del planeta alienígena. El aire era seco y frío. Dada su proximidad al ecuador, había imaginado que sería más cálido.

—¡Vamos, es maravilloso! —gritó la Omnisciencia desde fuera.

Marchenko no fue tan rápido. Todavía sentía como si tuviera una sandía en equilibrio sobre el cuello. Su cabeza seguía queriendo inclinarse hacia delante o hacia los lados en cuanto no la mantenía completamente erguida.

Fue el último en salir de la nave espacial.

—¡Cierra el mamparo detrás de ti! —gritó Gronolf.

En ese momento, Marchenko se dio cuenta de la profundidad a la que se encontraba el Grosnop y de que la pequeña plataforma detrás de la escotilla no tenía barandilla. ¡Joder! Como robot, Marchenko nunca había tenido miedo a las alturas. Se agarró a la escotilla. ¿Cómo se las apañaría con la escalera lateral de la plataforma para bajar veinte metros?

—¿A qué esperas? —preguntó Gronolf.

—Nada.

No podía dejar que se notara que tenía miedo. Marchenko respiró hondo. Se arrodilló. La malla metálica le cortaba las rodillas, donde

el traje espacial apenas tenía acolchado. Lentamente, gateó hacia atrás hasta el borde de la malla y buscó el primer peldaño con las piernas. ¡Ahí! Se agarró y bajó peldaño a peldaño.



EL SUELO PARECÍA MUCHO MÁS ESTABLE QUE LAS CUBIERTAS DE LA NAVE. Marchenko parecía pisar con el doble de fuerza, pero sus pasos apenas se oían. En lugar del rifle, que debía de haber tirado en algún sitio, Ragnor ahora solo llevaba un arma más pequeña colgada al pecho. Gronolf iba en cabeza del quinteto. La Omnisciencia no dejaba de desviarse para agacharse y examinar trozos de roca al azar.

—¡Aquí, mirad! —gritaba Cosima.

Gronolf ni siquiera se detenía ante tales interrupciones. Marchenko estaba contento de que lo distrajeran. Los Grosnops marchaban a buen ritmo y Cosima seguía encontrando objetos interesantes. Tampoco reconoció lo que ella le ofrecía con la mano extendida. Parecía un huevo de Pascua cortado por la mitad longitudinalmente.

—¿Qué es eso?

—Combustible nuclear —explicó Cosima—. Una mezcla de uranio y plutonio prensada en forma de pepita.

Marchenko retiró la mano cuando se dio cuenta de lo que decía la Omnisciencia. Cosima estaba a punto de darle la mitad del huevo, por lo que este cayó al suelo. Cosima reaccionó rápidamente pero obviamente no había tenido en cuenta la mayor gravedad.

Se agachó y recogió la pepita de combustible.

—Mejor lo dejamos ahí —dijo Marchenko, negando con la cabeza —. La radiación es perjudicial para los organismos biológicos.

Cosima tiró la pepita.

—Gracias por la advertencia. Debería haberlo pensado yo misma. Pero utilizamos estas pepitas casi de la misma manera en el Draght para la generación de energía secundaria y la propulsión interplanetaria.

Eso no decía mucho, simplemente no había muchas formas de propulsar una nave espacial.



El siguiente descubrimiento de la Omnisciencia le impresionó aún más. Esta vez, Cosima simplemente le hizo señas para que se acercara. Marchenko no tenía muchas ganas de abandonar el camino que los Grosnops habían creado con sus pies.

—¿Qué es?

—Querrás verlo con tus propios ojos.

—¿No puedes...?

La Omnisciencia negó con la cabeza. Marchenko suspiró y corrió hacia el lugar, que estaba a unos veinte metros de distancia. A primera vista, parecía un montón de piedras. Cosima había apartado algunas. Debajo apareció... ¡excremento humano! Por supuesto, también podía ser el excremento de otra especie animal. La forma básica probablemente no era exclusiva de los humanos. Pero junto a él yacía un material sucio, similar a una tela, que sin duda era artificial. ¡Alguien se había limpiado después de hacer sus necesidades!

—Los Constructores no dejaron eso —dijo él.

Cosima asintió.

—Por lo seco que está, solo tiene una semana o dos.

Así que había habido gente allí hacía no más de una semana o dos. ¿Adán y Eva? Lástima que no pudiera realizar un análisis genético con este cuerpo. El ADN de sus dos hijos yacía latente en la memoria de la nave.



El descubrimiento le motivó a marchar más rápido. Marchenko encontró el ritmo perfecto para llevar sus potenciadores al límite. Los Grosnops se sorprendieron cuando los adelantó. Pronto tuvo que arremangarse el traje porque estaba sudando. Gronolf había pasado

las coordenadas del destino a todos. ¿Por qué había terminado tan lejos de la inusual distribución de masa? ¿Pura precaución? Marchenko no quería avergonzar a su amigo en público, así que decidió no preguntar.

Supo que habían llegado a su destino incluso antes de que el dispositivo de rastreo tatuado en su brazo lo indicara. Al final de la fisura se alzaba una nube imponente. Parecía mística, como si alguien hubiera velado deliberadamente el objetivo.

—Polvo y humedad —explicó Cosima, la Omnisciencia.

—¿Esos dos van juntos? —preguntó Marchenko—. En la Tierra y en Marte, las nubes de polvo son secas.

—Aquí no. La profunda grieta atrae aire frío y húmedo del sur. Ahora que termina, esta corriente es empujada hacia arriba, donde hay una tormenta de polvo constante. La temperatura aumenta, lo que permite que el aire absorba más agua, y la humedad y el polvo no compiten entre sí.

La estructura que se alzaba ante ellos era realmente impresionante. Se parecía un poco a una explosión nuclear en la superficie, con las nubes fluyendo no en todas direcciones, sino solo hacia el este y el oeste.

Gronolf se llevó un dispositivo al ojo delantero, pero luego se limitó a agitar el brazo de carga.

—No hay nada que ver. Polvo y gotitas, ni el radar ni el lidar pueden atravesarlo.

La Omnisciencia señaló hacia delante.

—Es seguro. Aun así, prefiero ponerme el casco. La arena podría ser perjudicial para nuestros pulmones.

Cosima se puso el casco y Marchenko hizo lo mismo.

—Nosotros solo tenemos que desplegar las branquias y sacudirlas —dijo Gronolf.

Murnaka utilizó su casco de todos modos. Gronolf y Ragnor lo intentaron sin él.

—Aquí, conectaos entre vosotros, por favor. —Cosima repartió cuerdas de seguridad—. Podríamos perdernos ahí dentro.



Era una sensación extraña. Marchenko apenas podía ver su mano delante de los ojos. Estaba en medio de una tormenta de arena, pero no había ninguna tormenta. El aire apenas se movía. Cuando estiró los brazos hacia delante y luego los sacudió hacia los lados, pudo crear una pequeña ventana en la que su visibilidad se duplicó. Aun así, no era suficiente para distinguir a la persona que tenía delante. Al menos sabía que estaba atado a Murnaka con la cuerda y que Gronolf iba detrás de él.

La cuerda que tenía delante se estremeció. Murnaka había dado una señal. Se la pasó a Gronolf. Ahora debían tener cuidado. Efectivamente, tras dar unos pasos, se topó con una pared. ¿Se había formado un cráter aquí después de todo? Marchenko palpó el material. No, no era roca volcánica. Era un material que nunca había sentido bajo sus dedos.

La nave de los Constructores. Cosima tenía razón después de todo. ¿O no? Quizás esta especie legendaria no era la única civilización del universo. Pero sería una coincidencia extraordinaria que existiera otra civilización con capacidades similares en su antigua esfera de influencia.

La cuerda volvió a sacudirse. Marchenko se detuvo para transmitir la señal. ¿Qué había encontrado la Omnisciencia al frente de la procesión? Unos pasos más adelante, lo descubrió: era una abertura. La mochila de Murnaka colgaba por allí. Al parecer, la Omnisciencia quería reunir al grupo.

—Me gustaría averiguar adónde conduce este pasadizo —dijo Cosima.

—A mí también —dijo Gronolf.

Quedó decidido. Partieron y se agarraron a las cuerdas por seguridad. Marchenko se quitó el casco, pero enseguida se dio cuenta de que entonces tenía que llevar una linterna en la mano, lo cual era poco práctico. Así que se lo volvió a poner y dejó que la linterna del casco le guiara el camino.

Era un pasillo extraño. Comenzaba con un perfil casi circular. Bueno, eso era una ventaja cuando se movían por el espacio, donde las direcciones podían cambiar rápidamente. En un pasillo redondo, el techo y el suelo siempre estaban en una posición óptima entre sí. Sin embargo, para las criaturas bípedas, las superficies rectas eran más adecuadas. Por lo tanto, en las naves espaciales de los humanos o los Grosnops, los pasillos tenían una sección transversal rectangular.

Pero ¿quién dijo que los seres racionales debían tener dos piernas? Para cualquier número impar de piernas, un pasillo circular tendría ventajas. Lo mismo se aplicaría a las criaturas sin piernas, como los gusanos o las que se desplazaban volando. Sí, o nadando. Ni siquiera era seguro que este pasillo estuviera lleno de aire, como ahora. Debían tener cuidado de no humanizar a la antigua tripulación de esta nave espacial.

También era extraño que el pasillo pareciera no tener fin. Normalmente, los pasillos conducían a salas más grandes que tenían una función. Marchenko aún no había visto nada de eso aquí. ¿Era porque Cosima siempre giraba a la izquierda en las intersecciones? Era una buena estrategia, porque así no se perdían nada, pero al menos en los edificios humanos era más probable encontrar salas más grandes caminando recto por un pasillo. Estos pasillos servían para llevar a la gente de un punto A a un punto B.

Pero eso no tenía por qué ser así aquí. ¿Y si el propósito del pasillo residía en el propio pasillo? ¿Y si era el entorno en el que los pasajeros pasaban el tiempo? Marchenko se detuvo brevemente y golpeó la pared. Sonaba hueca. No era una prueba, por supuesto, pero...

Entonces se encontraron con una sala más grande. También tenía una sección transversal circular, pero más grande.

—¡Cuidado! —gritó Cosima por el intercomunicador.

De las paredes sobresalían unos postes con puntas muy afiladas. Probablemente era mejor no tocarlos. Detrás de ellos, el pasillo continuaba. Tras otros diez minutos, tuvieron que dar media vuelta por primera vez. Cosima los reunió para mostrarles el motivo: se había acumulado un líquido en el pasillo.

—Por desgracia, no puedo analizarlo —dijo la Omnisciencia.

—Yo sí puedo. —Gronolf se acercó al borde del pequeño lago. El líquido había inundado por completo el pasillo que tenían delante. Gronolf metió una mano táctil en él, la sacó y vertió parte del contenido en el pliegue de su estómago.

—No está mal —dijo finalmente—. Muy aromático. Grasas, proteínas, azúcar, me recuerda a la sangre del estremecedor.

—¿Sangre? —Marchenko sumergió el dedo índice. El líquido era incoloro y bastante viscoso. A él le sabía principalmente salado—. ¿Y si sigue detrás de nosotros?

—¿Debería bucear? —preguntó Gronolf.

—Eso respondería algunas preguntas —dijo la Omnisciencia.



—Debí traer mi arpón —se rio Gronolf. Se había quitado el traje espacial.

Nadie se rio con él. Marchenko tragó saliva. Nadar en gravedad elevada no era más agotador que en la Tierra, porque la flotabilidad compensaba el peso del cuerpo. Pero nadie sabía hasta dónde estaba inundado el pasillo. Gronolf tendría que dar media vuelta a tiempo.

Murnaka, la esposa de Gronolf, hizo una mueca.

—¡Ten cuidado!

—Yo puedo sustituirte —dijo Ragnor—. Sería un honor.

Gronolf negó con la cabeza. Entonces, sin más preámbulos, el Grosnop saltó al líquido. Desapareció rápidamente. Solo unas pocas burbujas formaron un rastro. Se elevaron primero donde había saltado y finalmente en el borde del agujero.

Marchenko lo señaló.

—Mientras veamos burbujas, todo va bien —explicó Murnaka—. Gronolf tiene que exhalar por las branquias lo que ha inhalado por la piel.

En ese momento, la última burbuja estalló.

Murnaka metió sus manos táctiles en el agua. Su rostro se relajó.

—¿Lo percibes? —preguntó Marchenko.

—Sí, unas ligeras fluctuaciones de presión. Sigue remando.

—Si el pasadizo se curva hacia arriba al cabo de un rato, sus burbujas subirán por allí —dijo Cosima.

De repente, Murnaka sacó la mano del agua. Respiraba con dificultad. Marchenko quiso preguntar algo, pero Ragnor le lanzó una mirada clara. Ahora no. Lo entendió. Su pregunta convertiría la posibilidad en realidad.

Permanecieron en silencio. ¿Debería intentar bucear? Pero ¿qué posibilidades tenía cuando incluso la criatura cuya naturaleza era el agua había fracasado?

Blub.

Una burbuja especialmente grande estalló a su lado. Le siguieron otras. Entonces, la superficie del agua se agitó y emergió un monstruo verde.

—Ahí estás —dijo Murnaka secamente.

—Aquí estoy.

Sus manos táctiles se tocaron. Sus rostros no delataban nada.

—Estás herido —dijo la Omnisciencia—. ¿Qué ha pasado? ¿Te han atacado?

—Sí, había un pájaro al otro lado. Me atacó con sus garras. No creo que sea de aquí. Probablemente se coló como nosotros y no pudo encontrar la salida.

—¿Y que hay? —preguntó Marchenko.

—Es un callejón sin salida. A unos diez metros, vuelve a bajar hacia la siguiente zona inundada. No la he explorado.

—Entonces no sabemos si es un callejón sin salida —replicó Cosima.

—¿Lo compruebo otra vez?

—Yo puedo hacerlo —se ofreció Ragnor.

—No, no será necesario —dijo la Omnisciencia—. Solo debemos tenerlo en cuenta por si no encontramos otro camino.

Su pie cedió. Marchenko solo se dio cuenta de que no había suelo cuando todo su cuerpo se inclinó hacia delante. Joder. Iba a caer. Instintivamente, extendió los brazos como si pudiera volar. Incluso los agitó una vez, pero el aire no ofrecía resistencia. En ese momento, una mano táctil se extendió, le agarró la muñeca y tiró de él con un movimiento brusco para cruzar el hueco. Marchenko no pudo evitar chocar con Murnaka, pero ella rápidamente lo ayudó a ponerse de pie.

Se dio la vuelta. Ragnor, quien estaba detrás de él, había visto la luz a tiempo. Debía de haberse formado después de que Murnaka pasara por allí. Ahora Ragnor sostenía sus dos manos táctiles sobre el agujero y Murnaka tiraba de él hacia el otro lado también.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Cosima desde delante.

Murnaka respondió rápidamente en el idioma de los Grosnops, que Marchenko no podía entender porque, en su forma humana, carecía de la capacidad de oír los ultrasonidos.

—Lo siento —dijo Cosima—, pero solo entiendo la mitad de lo que dices. ¿Qué se ha formado? ¿Un acceso?

Marchenko se encogió de hombros. Cosima estaba en la misma situación que él. Solo ella podía volver a refugiarse en el ordenador de la nave con su omnisciencia.

—Un agujero —aclaró Murnaka.

—Qué interesante. ¿Deberíamos examinarlo? No parece que estemos llegando a ninguna parte por el camino normal.

Era una buena idea. A veces había que probar métodos poco habituales.

—Podrías bajarme —sugirió Marchenko.

¿Qué le había sucedido? Casi se cae en ese agujero y ahora quería investigarlo él mismo. Probablemente lo necesitaba para alimentar su ego.

—Es una buena idea —dijo la Omnisciencia—. Los Grosnops pesan demasiado y yo soy demasiado valiosa.

Marchenko no pudo evitar sonreír pero la Omnisciencia tenía razón. Él era el único de quien podían prescindir.

—Espera, te prepararé adecuadamente —dijo Murnaka.

—¿Preparado? —Gronolf lo sujetaba a un lado del agujero y Ragnor al otro.

—Preparado.

Marchenko iluminó con su linterna. Le pareció ver el suelo a unos treinta metros, pero no estaba seguro.

—Vamos.

Gronolf lo soltó un poco antes que Ragnor, de modo que quedó colgado en ángulo durante un instante. Pero eso se corrigió rápidamente y ahora flotaba por el pasillo como si tuviera un propulsor a reacción. Solo que era mucho más silencioso.

—¿Todo bien? —preguntó Cosima.

Su voz sonaba tensa y apagada. Marchenko tocó la pared. Era inusualmente suave, como si la hubieran cubierto con algún material para evitar lesiones en caso de caída.

Miró hacia abajo.

—Diez metros más.

Ocho. Seis. Cuatro. Levantó ligeramente las piernas para aterrizar con más seguridad. ¡Ahora!

Marchenko miró a su alrededor. Había aterrizado en otro pasillo circular. Pero parecía ensancharse más adelante. Lo que vio era un salón de verdad.

—¡Hay algo ahí! —gritó hacia arriba.

El canal parecía algo más estrecho que antes.

—¡El agujero se está cerrando! —gritó la Omnisciencia—. ¡Rápido, subidlo!

Pero entonces no podría ver la sala que había delante. Marchenko actuó con rapidez: desenganchó la cuerda de la que estaba colgado.

—¡Esperadme! —gritó, pero ya era demasiado tarde: el agujero se había cerrado.

JODER. MARCHENKO SE ESTREMECIÓ. ¿QUÉ ACABABA DE HACER? ¡PODRÍAN haberlo subido! ¿Cómo había podido ser tan irracional? Era ese maldito cuerpo. En el fondo, todavía creía que era inmortal: su cuerpo robótico era increíblemente robusto e, incluso cuando estaba dañado, su conciencia permanecía a salvo en los bancos de memoria.

Pero ahora tres minutos sin oxígeno serían suficientes para matarlo definitivamente. Se aseguró de que el casco seguía allí. Podía respirar aire del contenedor en cualquier momento. No había motivo para entrar en pánico. El canal que había sobre él se había abierto una vez y volvería a hacerlo. Y aunque no fuera así, encontraría una salida. Todos los pasillos de una nave espacial debían tener una función, de lo contrario no se habrían construido.

Se fijó en una mancha negra en el suelo. Parecía como si alguien hubiera intentado perforar el material. Tocó la mancha. Era rugosa y estaba ligeramente abollada. Eso era extraño. Todas las demás superficies de allí abajo eran perfectas.

Respiró hondo y empezó a correr. El pasillo se abrió ante él sin que tuviera que iluminarlo con la linterna de su casco. Las paredes parecían estar retroiluminadas. Había tanta luz como en un día nublado en la Tierra, pero era difícil de calcular porque provenía principalmente del extremo verde del espectro.

Por lo tanto, reconoció la distribución de la sala principalmente por las sombras, que eran negras, como en todas partes. La mayoría de las estructuras eran columnas que parecían estalagmitas. Sin embargo, crecían de las paredes, el techo y el suelo. Al igual que en el pasillo, no había direcciones preferentes. Si estuviera colgado del techo, la sala no se vería diferente.

Lo más emocionante era que los líquidos no siempre goteaban hacia abajo, como cabría esperar bajo la gravedad del planeta. Marchenko entró en la sala, caminando cuesta abajo. Cuando miró hacia arriba, una gran gota parecía caer en su dirección, pero justo por encima de su cabeza se desvió y cayó sobre una de las columnas. El líquido corrió por ella y desapareció en el suelo.

Marchenko tocó la columna con el dedo índice enguantado. Estaba pegajosa. La siguiente gota salpicó el material. ¿Qué era eso?

Por un momento, se vio una especie de cable en la parte superior del pilar. Marchenko iluminó el lugar con la linterna de su casco. Efectivamente, una estructura delgada se elevaba desde el pilar. Siguió la siguiente gota. Al parecer, el líquido utilizaba este cable para desafiar la gravedad.

Marchenko siguió el delgado hilo con la linterna. Conducía al centro de la sala, que había pasado por alto desde el pasillo. Tuvo que tragar saliva. El alambre terminaba, como probablemente todos los hilos de allí, en una estructura formada por enormes burbujas. Se interpenetraban entre sí; Marchenko había visto huevos de rana en su infancia y esto se parecía mucho, solo que a una escala mucho mayor. Las burbujas pulsaban. En el punto más fuerte de cada movimiento, exprimían una de las gotas, que luego viajaba a lo largo de los hilos hasta los pilares.

Ya lo sospechaba. Esta nave espacial podría haber estado en GJ 1061 d durante miles de años, gravemente dañada, pero aún no estaba completamente inactiva.

Una señal de alarma le hizo estremecerse. Provenía de su casco, así que se lo puso rápidamente.

Traje dañado.

¡Genial, justo lo que necesitaba! Desechó el mensaje del casco. La alarma no se detuvo. La mirada de Marchenko se posó en las burbujas. Parecían pulsar más rápido. Joder. ¿Había despertado algo allí? Palpó su traje. ¿Dónde estaba el problema? Las botas le apretaban, al igual que la parte inferior del traje. El estómago y el pecho estaban bien. No podía ver la espalda. ¿Tenía que quitárselo todo? Se volvió a poner el casco.

¡Si pudiera detener la alarma! Las burbujas estaban claramente moviéndose más rápido. Una gota tras otra caía hacia la columna. Pero no había ningún menú para desactivar la alarma. ¡Qué putada! Tenía que... Su mirada se posó en el guante derecho. Había un pequeño agujero negro en el dedo índice que había tocado el líquido. La tela estaba deshilachada, dejando al descubierto el interior del guante. Por eso no se había dado cuenta.

Poco a poco, el ruido se hizo más fuerte. El bombeo de las burbujas se hizo audible como un chasquido. Marchenko metió la

mano en la bolsa del cinturón. ¡Ahí estaba el spray! Rompió el precinto, lo cogió con la mano izquierda y lo roció sobre la zona defectuosa del guante. El material sellante se volvió pegajoso, se contrajo y tapó la fuga. La alarma dejó de sonar y Marchenko respiró hondo.

Antes de guardar el spray, quiso probar una idea más. Roció el hilo por donde rodaban las gotas. El material sellante se fijó a su alrededor. La siguiente gota ya estaba en camino. Se detuvo en el material sellante y rebotó, pero no se movió más. Entonces cayó otra gota. No se detuvo detrás de la primera, sino que se fusionó con ella. La bola creció un poco. Esto continuó durante tres gotas más hasta que Marchenko comprendió: la zona rociada estaba bloqueando el paso. La gota crecería hasta que... Miró el dedo reparado de su guante. No, si la gota grande estallaba, mejor no quedarse allí. El líquido no tenía nada que ver con el que había bañado a Gronolf. Dejaría su traje completamente inservible. Marchenko retrocedió con cuidado y buscó el pasillo por el que podía salir de la sala.



Desde la distancia, las burbujas pulsantes parecían menos peligrosas. Habían vuelto rápidamente a su antiguo ritmo. ¿Qué había visto? ¿Era esto quizás equivalente al soporte vital del Majestic Dragh t? Allí tampoco era recomendable inhalar los productos químicos utilizados. Pero ¿por qué no estaba sellada esta zona? Bueno, quizá normalmente lo estaba. ¿Y si el pasillo vertical era algún tipo de conducto de basura? Marchenko se encogió de hombros. Esta nave era tan extraña que no tenía sentido pensar en su estructura.

Pero entonces, ¿qué hacía allí?: Adán y Eva. Había descubierto los restos del Messenger y la Omnisciencia había encontrado vida. Tenía que encontrar el centro de control. Estaba seguro de que allí encontraría a los demás.



La siguiente sala era completamente diferente. Tenía unos cincuenta metros de largo. Todo brillaba con un intenso color azul. El suelo cambiaba a medida que avanzaba por la pendiente. El material era casi gomoso. Había agujeros dispersos por todas partes, cada uno de entre uno y dos metros de tamaño y de diversas formas. Parecían inofensivos. A Marchenko le recordaban a los moldes que se usaban para hacer cubitos de hielo para cócteles en el congelador. Incluso creyó distinguir extraños animales en sus contornos.

Se acercó a uno de los agujeros. Efectivamente, contenía una especie de masa de la que salían burbujas. ¿Estaba hirviendo el líquido? Entonces, tal vez esta sala era una especie de laboratorio de química. Marchenko levantó la nariz y olfateó el aire, pero, excepto un aroma ligeramente agrio, no detectó nada. Se inclinó sobre el agujero. Ahora entendía por qué no olía nada: una película transparente sellaba el molde. Era extremadamente fina, pero cuando se veía desde un lado, refulgía.

¿Debería hacer un agujero para probarla? Marchenko se contuvo. Después del experimento en la otra habitación, no quería correr riesgos innecesarios. Pero no fue necesario, porque cerca de la salida encontró uno de esos agujeros donde la película se había rasgado. El olor agrio provenía claramente de allí, ya que se escapaba por la abertura. El líquido que había debajo era tan espeso y viscoso como la leche. También burbujeaba. Cuando las burbujas estallaban, salpicaba. Marchenko debió tener cuidado de no mancharse. El líquido tenía un aspecto peligroso.

Sin embargo, la curiosidad pudo más que él. Cogió un alambre de la bolsa de herramientas que llevaba en el cinturón, lo enrolló y lo introdujo en el agujero a una distancia segura. Se oyó un siseo y del alambre salió humo brillante. Menos mal que todos los demás agujeros estaban bien cerrados. Marchenko quiso tirar del alambre, pero no pudo. Parte del líquido se deslizó por el material. ¿Estaba tirando de él? Lo sujetó un momento, pero el líquido se acercó demasiado. Soltó el alambre, que fue arrastrado completamente hacia el agujero.

¿Qué estaba pasando? Marchenko iluminó el agujero con la linterna, aunque hubiera preferido huir. El líquido se había retirado

por completo. El agujero tenía unos dos metros de profundidad. El fondo brillaba. En él, yacían dos brazos.

Marchenko retrocedió. Le costaba respirar. «Cálmate. Solo son unos trozos de metal». Acero de tungsteno. El mejor que se podía encontrar. Recordó el diseño que había ideado poco antes de aterrizar en Próxima Centauri b. Con este cuerpo, podría haber corrido por un volcán en erupción. No sabían qué esperar. Las piernas tenían exactamente el mismo aspecto que entonces. Dieciséis grados de libertad. No había rastro de los músculos artificiales. Pero eran sus piernas.

¿Cómo habían acabado en el agujero con esa sustancia agresiva? Negó con la cabeza. Marchenko lo sabía, aunque se negaba a aceptarlo. No podía borrar el recuerdo. Otro problema de este cuerpo biológico: no había comando de borrado. Eran las piernas del Marchenko que había llegado a GJ 1061 d con sus hermanos. Solo las piernas estaban hechas de la aleación especial. Probablemente, el líquido había consumido el cuerpo por completo hacía mucho tiempo.

Este Marchenko ya no existía. Se tambaleó hacia atrás y se salvó retirándose al pasillo contiguo.



GJ 1061 d

Sus botas aún estaban mojadas, pero Eva no tenía nada más. Se puso de pie. Si caminaba con ellas puestas, seguramente se secarían. El extraño animal no había regresado. Probablemente le había salvado la vida varias veces. Aun así, no le entristecía volver a estar sola. La criatura le había parecido tan extraña... ¿Era posible desarrollar algo parecido al entendimiento o incluso a la amistad en esas circunstancias? ¿Cómo iba a saber Eva que no la protegía de ningún peligro como presa potencial, sino como... amigo?

Se puso la mochila. Quería hacerse una idea general de qué se trataba ese muro. Su campamento para pasar la noche estaba justo enfrente, así que se alejó primero. El río era bastante abierto en ese punto. La roca que había encima se había derrumbado en un amplio frente. Eva caminó unos pasos por la orilla hasta que vio algo negro.

Eran los restos de una bolsa de agua. Alguien le había cortado unas tiras largas. Adán debía de haber estado allí. Probablemente había bebido del río y se había quitado la red que llevaba a la espalda. El dragón seguramente había aterrizado allí. ¿Por qué precisamente allí? Miró la pared negra. Desde luego, no era natural. Cuanto más se alejaba Eva, más clara se hacía la imagen: era una nave espacial y en algún momento debió de tener la forma de un cubo gigante.

No había visto nada parecido en el archivo de Chenko, así que probablemente no se trataba de tecnología terrestre. Caminó un poco más. La nave estaba tan integrada en el paisaje que debía de llevar allí mucho tiempo. Probablemente había sido ella la que había creado la fisura. Un escalofrío le recorrió la espalda cuando se dio cuenta de que el objeto ocupaba casi todo el valle.

Chenko debía de saber que estaba allí. Formaba el extremo norte de la grieta. Sin duda, era visible desde el Messenger. ¿Por qué nunca les había hablado de ello? Porque eran muy curiosos. Adán y ella habrían insistido en ver la nave. Eva estaba empezando a enfadarse. Les había prometido una experiencia muy especial para su vigésimo primer cumpleaños. Por eso había emprendido un viaje del que nunca había regresado. ¿Era culpa de esta nave que hubieran perdido a Chenko? Entonces era mejor que se mantuviera alejada. Pero no estaba allí por ella, sino por Adán. Él no había dejado que el pasado le impidiera explorar el objeto a fondo. Su curiosidad era aún más fuerte que la de ella.

Recogió los trozos de goma. ¿Quién sabía para qué más podría utilizarlos? Uno estaba carbonizado en el centro. ¿Un incendio? O restos de ácido. ¿Su nuevo amigo lo había mordido y, si era así, Adán todavía estaba colgado de las correas o no? Tenía que dejar de imaginar cosas. Adán probablemente había llegado allí mucho antes que ella.

No pudo evitar pensar en los restos metálicos que había visto. Eva había pensado que eran partes del cuerpo de Chenko porque había supuesto que no había otros visitantes allí. Pero no los había reconocido explícitamente, estaban demasiado lejos. Solo podía haber sido su padre.

Eso había terminado. Alguien más que había volado en esta nave espacial también podría haber dejado los restos de metal. Ahora se alegraba de no haberle contado a Adán lo que había observado.

Se alejó un poco más. El río volvió a desaparecer bajo las rocas. Eva esperó un poco más antes de cruzar al otro lado. Cuando llegó aproximadamente a la mitad, descubrió una mancha negra. Estaba bastante lejos de la orilla, en una pequeña colina, y consistía en los restos de una hoguera. Alguien debía de haber recogido mucho

combustible allí. Eva imaginó cómo Adán había encendido la leña. Luego, había dado unos pasos hacia el polvoriento desierto y había esperado una respuesta.

En vano. Ella no había podido ver su fuego. Y él no sospechaba que ella había descubierto un camino más rápido. Se acercó de nuevo a las brasas, que aún estaban calientes. Sin embargo, lo extraño era la gruesa capa de polvo que las cubría. ¿Había intentado apagar el fuego con ella? ¿Estaba tratando de ahorrar combustible? Probablemente Adán había partido hacía solo unas horas. Había ido a buscar agua a la orilla, ¿y después?

La nave accidentada era un obstáculo que ningún ser humano podía escalar. Sin embargo, la fisura era poco profunda en ese punto. Adán podría haber regresado a casa por la meseta, tal y como habían planeado. Pero ¿se abstendría de satisfacer su curiosidad? Eva no podía imaginárselo.

Silbó. Si estaba escondido en algún lugar cercano, Adán la oiría. Lo intentó una vez más y miró a su alrededor. Nadie apareció.

No, debía de haber encontrado una forma de entrar, y lo que Adán podía hacer, ella también.



Eva se acercó al muro. Había registrado completamente el lado al que había llegado. No había forma de pasar. Así que probó por el lado de Adán. Quizás había sido un error. Cuanto más se elevaba el sol, más fuerte soplaba el cálido viento del desierto que venía del norte. Aquí se encontraba con el viento fresco y húmedo del sur.

No tardó mucho en formarse una nube. El proceso era algo extraño. Eva casi sentía como si la pared frente a ella estuviera expulsando la niebla. Pero debía de ser causada por la mezcla de las masas de aire en ese lugar, que, aparentemente, se habían detenido durante la noche. La nube iba tomando cada vez más la forma de una omega griega, la última letra del alfabeto, como si amenazara con el fin del mundo.

Eva negó con la cabeza. Era un fenómeno meteorológico. Nada más. Se ajustó la mochila y la bolsa de agua y se adentró en la nube.



De hecho, no tardó mucho en encontrar un túnel que conducía al interior. Intentó ponerse en el lugar de su hermano. Probablemente él habría elegido la entrada más cercana. Adán tenía poca paciencia. Por supuesto, podría haber buscado de otra manera, pero ella no lo creía. Había corrido directamente desde la hoguera hacia el muro y allí había girado a la izquierda. Adán siempre elegía la izquierda cuando podía elegir.

Así que entró. El pasillo parecía más un tubo. A Eva no le sorprendió. Chenko les había enseñado mucho sobre la eficiencia. Era mucho más fácil perforar un tubo circular que un pasillo rectangular. Máximo volumen con mínima circunferencia, lo que significaba menos moqueta y menos papel pintado, fuera lo que fuera lo que se utilizara para cubrir las paredes. Apoyó la cabeza en la pared y la golpeó. Las vibraciones se transmitían con claridad, lo que sugería un material duro, probablemente metal. Eso, a su vez, significaba que había un espacio vacío detrás de la pared. Nadie construía una nave espacial entera con un solo bloque de metal. Ni siquiera alguien capaz de construir un objeto tan enorme.

Probablemente, el tubo se utilizaba para el transporte. Así que no estaba hecho para humanos. Eso no le preocupaba. Nada en esta nave estaba hecho para humanos. Probablemente, sus antiguos habitantes nunca habían visto a uno. Solo debía tener cuidado. No debería ser demasiado difícil.

El pasillo subía y luego bajaba. Llegó a la primera bifurcación. Eva recordó la regla de Adán y eligió el lado izquierdo. Resultó ser un callejón sin salida; al cabo de unos metros, se encontró con agua que bloqueaba el paso. Adán no era de los que se lanzaban a nadar en un caso así, al menos no mientras hubiera una alternativa, así que dio media vuelta.

El pasillo se adentraba más en el interior. De vez en cuando, una sombra la sobresaltaba. Pero cada vez resultaba ser ella misma, con la linterna. La primera sala, algo más grande, por la que pasó no le reveló nada. Los palos puntiagudos parecían algo peligrosos, así que se mantuvo a distancia. Siguió corriendo; después de toda la emoción, su nivel de adrenalina bajó hasta que, de repente, se abrió un agujero delante de ella. Consiguió refrenarse y girar, pero de repente apareció una criatura con una cabeza alargada, un pico y unas pequeñas patas. ¿Era la que ella conocía? Eva no llevaba guantes porque tenía calor y aún era lo bastante espabilada como para no alargar las manos hacia la criatura (que seguramente la mordería con su pico ácido). Esta ladeó la cabeza y observó cómo Eva simplemente caía.

Mientras se desplomaba, Eva vio que la criatura saltaba tras ella. Sin embargo, el agujero se estaba cerrando de nuevo. Cayó a través de él y aterrizó en el suelo de otro pasillo circular. La mochila amortiguó su caída. Pero la criatura con el pico ácido quedó atrapada en el techo. Agitaba impotente los brazos, las piernas y la cola.

Eva observó un momento mientras se levantaba y se enderezaba la mochila. Entonces apareció un agujero oscuro sobre ella en el techo. Un líquido se filtró, echando humo. Continuó bajando. Eva mantuvo una distancia segura. Corrió alrededor del chorro ácido y tiró de las delgadas piernas de la criatura. Ojalá no fuera un error. No parecía que pudiera liberarse por sí sola. Quizás debería alegrarse por ello. Sus patas ya eran más fuertes que cuando la encontró. Cuando la agarró, notó algo bajo la piel que parecía garras. Por supuesto, también podían ser huesos especiales.

Apartó ese pensamiento. Se trataba de una criatura que necesitaba ayuda y a la que probablemente le debía la vida. Se aferró a su cuerpo con todo su peso. La criatura dejó de forcejear y la ayudó presionando sus cortos brazos contra el techo mientras ella tiraba de su cuerpo. Sintió vibraciones. El pequeño animal debía de tener algo parecido a un corazón que impulsaba su circulación. O más bien dos, porque había dos ritmos diferentes.

Ambos se aceleraron, al igual que su propia respiración y su pulso. Se formó una grieta en el techo. La linterna la mostraba claramente. Ahora goteaba líquido, lo que a Eva no le gustó nada. Dio un paso atrás para no salpicarse. Poco a poco, sus esfuerzos parecían dar fruto. La grieta se hizo más grande. Con un último tirón, Eva liberó a la criatura de la pared. Pero no pudo evitar que cayera al suelo y aterrizara en su propio ácido.

No pareció molestarle. Al contrario. Después de levantarse, se limpió las patas en el pequeño charco hasta que se le desprendió la piel. Esto dejó al descubierto unas garras negras y afiladas como cuchillas que Eva ya había sentido. Un escalofrío le recorrió la espalda. Se subió la cremallera de la chaqueta hasta el cuello porque la criatura la miraba como si quisiera degollarla.

En cambio, solo asintió con su larga cabeza varias veces. Luego, limpió el suelo con su cola de lagarto y empezó a moverse. Que explorara este pasillo. Eva no tenía prisa por seguirlo. Pero la criatura parecía tener otros planes. Se detuvo y golpeó el suelo con la cola hasta que Eva finalmente corrió tras ella.



No llegaron muy lejos. El pasillo se ensanchó hasta convertirse en una sala, que, a diferencia de los pasillos, estaba iluminada. Eva se detuvo en la entrada. De las paredes sobresalían columnas por todos lados. Nunca había visto nada igual. A la criatura lagarto no parecía importarle. Corría de columna en columna y las mordía con el pico. Pero el material era tan resistente que no sufría ningún daño. Ni siquiera el ácido parecía tener ningún efecto. La criatura tuvo más suerte con las gotas de líquido que se movían por trayectorias fijas hacia los pilares. Podía tragárselas fácilmente, e incluso parecían saber bien, porque no quería parar.

Finalmente, se cansó. Volvió a azotar el suelo con la cola y Eva la siguió obedientemente. A esas alturas, ya no sentía que la considerara una ración de emergencia. ¿Era posible que, debido a su

encuentro poco después de su nacimiento, la viera como una especie de madre?

Su compañero la llevó a otra habitación. Aquí también, Eva se quedó en la entrada hasta que su guardaespaldas examinó la sala. No parecía haber ningún peligro. Había aberturas por todas partes, pero todas estaban cubiertas. Solo una era diferente. El lagarto se paró en ella y la golpeó con la cola.

Parecía como si el suelo tuviera un grano que alguien hubiera apretado hasta hacerle sangrar. Luego, se había formado una costra y alguien también debía de haberla raspado. Sin embargo, todo brillaba con un color azul que le daba un aspecto exótico. La criatura señaló el agujero. ¿Qué veía allí? Eva se arrodilló. Le pareció que algo estaba hirviendo. Quería acercarse, pero el lagarto la apartó. Entonces, el animal metió los dedos dentro. La piel se desprendió. Tenía un aspecto horrible pero el lagarto no parecía sentir ningún dolor. Orgulloso (esto era humanizarlo, por supuesto), le mostró los dedos, que se habían convertido en garras negras.

¿Era posible que esta especie dependiera de la nave espacial? ¿Podría ser una especie que había llegado a este planeta en la nave y ahora se reproducía fuera de ella? ¿Quizás la antigua tripulación también había involucionado de esta manera? No. El accidente no podía haber ocurrido hacía tanto tiempo, así que no había habido tiempo suficiente un cambio tan drástico. No sabía cuánto duraba una generación, pero la criatura no parecía que fuera a morir en unas semanas.

Probablemente, esta especie necesitaba ácido para alcanzar la edad adulta. Había muchas fuentes de ácido en el planeta. Eva miró a su compañero. Dos ojos negros le devolvieron la mirada. Con su cara alargada, la cabeza se parecía a la de una hormiga. Chenko les había mostrado fotos de estos insectos. Pero no debía dejarse engañar.

¿Era acaso inteligente el alienígena? La había acompañado como un perro hasta ahora, por lo que parecía tener al menos algunas habilidades sociales. ¡Y la había salvado! ¿Qué más necesitaba para reconocer la verdadera inteligencia? La comunicación era difícil, pero eso también había sido así cuando los europeos se encontraron por

primera vez con los pueblos indígenas de América. Eva se encogió de hombros.

El extraterrestre se puso de pie, empujándose hacia arriba con la cola. Golpeó el suelo junto a él con una mano y asintió. Luego, se dio la vuelta y salió corriendo. Eva se sorprendió tanto que dio un salto, pero no lo siguió de inmediato. Y ahora era demasiado tarde. Puso la mano en el suelo, pero no sintió ninguna vibración. Hm. ¿Debía continuar por el pasillo? Este continuaba justo enfrente de la entrada. Eva negó con la cabeza y, en ese mismo momento, su compañero regresó.

—Ahí estás —dijo en silencio.

El alienígena dio dos golpes en el suelo. Luego, se inclinó sobre el agujero con el ácido burbujeante y vomitó. Regurgitó una cantidad impresionante. Aproximadamente la mitad del volumen de la criatura pareció fluir hacia el agujero. Este respondió exhalando nubes de gas. Eva retrocedió unos pasos. Olfateó, pero no notó ningún olor desagradable. Poco después, el alienígena extendió su brazo derecho hacia ella. Las garras se movieron entre sí. ¿Era una invitación? Ella se acercó y el alienígena asintió. Parecía asentir más a menudo que al principio. ¿Había aprendido el gesto de ella? Probablemente, la criatura se había estado preguntando todo el tiempo si ella era inteligente. Desde su punto de vista, eso era ciertamente cuestionable, dado lo torpe que había sido.

Eva se atrevió a dar un paso hacia el borde del agujero. La criatura asintió con tanta energía que a ella le pareció exagerado. Negó con la cabeza y el alienígena copió su movimiento. De repente, movió la boca. Fascinada, siguió la posición de sus mandíbulas.

—Ahí estás —leyó. Sin embargo, había utilizado toda su imaginación para hacerlo. Si era sincera, podría haber sido fácilmente *Prefiero comerte*. No podía humanizar a la criatura.

En ese momento, su brazo se disparó hacia delante. Eva se sobresaltó, pero su compañero probablemente solo quería evitar que cayera al agujero. Miró hacia abajo. Ya no burbujeaba nada. El alienígena debía de haber neutralizado la sustancia de alguna manera. Ahora podía ver el fondo.

Entonces las reconoció: eran las piernas de Chenko. No había duda. Estaba muy orgulloso de ellas porque eran prácticamente indestructibles. Bueno, tenía razón. Sin embargo, el resto de su cuerpo no había sido tan resistente.

Eva se tambaleó hacia atrás. Tenía que sentarse. Estaban solos. ¿Cómo iba a explicarle esto a Adán?



5/Nocheoscura/4076, GJ 1061 d

Gronolf no dejaba de girar la cabeza de un lado a otro. Era un hábito tonto, porque con sus cuatro ojos podía vigilar todo lo que le rodeaba. Pero estaba nervioso, y ni siquiera Murnaka podía calmarlo.

Por supuesto, su esposa tenía razón. Marchenko era un hombre experimentado. Pero también era precisamente eso, y no un Grosnop. ¡Y además había decidido elegir un cuerpo biológico! Durante su estancia en la Tierra, había podido comprenderlo. Pero el universo era hostil y vacío, y no se podía llegar muy lejos con un cuerpo tan inferior que ni siquiera podía sobrevivir unos minutos en el vacío.

Aspiró aire y lo expulsó por la válvula de su estómago. A Gronolf le gustaba el olor agrio que se esparcía. Le gustaba más que el aroma acre que flotaba en los pasillos.

Por supuesto, estaba nervioso porque Marchenko era su amigo. No quería perderlo. Por eso no le servían de nada las palabras tranquilizadoras de Murnaka.

—¡Alto! —susurró Ragnor, quien iba al frente de su pequeño comando. Llevaba un visor infrarrojo sobre los ojos. Gronolf se acercó sigilosamente. Cosima, la Omnisciencia, lo adelantó. Ragnor le entregó el visor. Gronolf se irguió para poder ver por encima del pequeño cuerpo humanoide de la Omnisciencia.

Se encontraban a la entrada de una enorme sala con una planta elíptica. Era considerablemente más grande que el cuartel general del Draght. Gronolf estaba impresionado, ya que había pasado la mayor parte del tiempo corriendo por pasillos estrechos.

—¿Es este el cuartel general? —susurró.

—Creo que sí —respondió Cosima, pasando el visor infrarrojo a Gronolf. Después de que Murnaka también mirara a través de él, se retiraron tras la siguiente curva del pasillo hasta llegar a un cruce.



—¿Habéis visto a la tripulación? —preguntó Ragnor.

Gronolf movió los brazos de carga hacia adelante y atrás y reforzó su gesto afirmativo dándose una palmada en el estómago.

—No creo que estas criaturas sean la tripulación original —dijo la Omnisciencia.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó Murnaka.

—Su físico. Sobresalen por encima del equipo técnico de la pared trasera. Para manejarlo, tendrían que ponerse a cuatro patas.

—¿Y por qué no? Quizás sea más cómodo así.

Cosima asintió de forma humana y luego agitó los brazos como un Grosnop, lo que le dio un aspecto extraño. Gronolf tuvo que reprimir una carcajada.

—Estamos buscando a los Constructores, ¿no? Deben de ser técnicamente avanzados. De lo contrario, no se habrían conformado con soluciones tan mediocres.

—Pero ¿qué hacen aquí estos seres? —preguntó Gronolf en su lengua materna.

—Lo siento, pero no te entiendo —respondió la Omnisciencia.

—Pero ¿qué hacen aquí estos seres? —repitió Gronolf en lenguaje humano.

Cosima imitó el movimiento circular de los brazos táctiles. Teniendo en cuenta que la Omnisciencia estaba dentro de ese cuerpo, lo hizo con bastante torpeza.

—Creo que han encontrado aquí un refugio superior a su entorno natural.

—Creo que la pregunta más importante es cómo podemos echarlos de allí —dijo Ragnor—. Supongo que no nos dejarán acercarnos a esos dispositivos voluntariamente.

Cosima volvió a asentir con los brazos.

—He contado al menos treinta ejemplares adultos. Físicamente, similares a ti.

—Entonces necesitaremos toda una compañía de la nave —calculó Gronolf.

—Dos o tres —dijo la Omnisciencia—. Si queremos llevárnoslos a todos con el transbordador, nos llevará bastante tiempo.

—Parece que tienes una idea mejor —infirió Murnaka.

Cosima sonrió.

—Exacto. Me acercaré a ellos tranquilamente. No parecen agresivos.

—¿Qué? ¡Cualquiera de esas criaturas podría matar tu delicado cuerpo humano de un solo golpe! —exclamó Gronolf—. ¡Eres la Omnisciencia! No podemos prescindir de ti.

—Gronolf tiene razón —dijo Murnaka.

Agradecido, él dirigió sus cuatro ojos hacia su esposa. Sin la Omnisciencia, difícilmente podrían controlar al Draght. Oyó un ruido. Era un siseo. Todos los Grosnops se estremecieron, solo la Omnisciencia parecía no notar nada. Probablemente, el ruido solo era audible en ultrasonidos. Gronolf indicó quién debía dispersarse y dónde, pero ya era demasiado tarde.

El siseo llegó a sus oídos desde todas las direcciones. Estaban rodeados.



GJ 1061 d

Eva tocó al alienígena en el hombro. Le pareció tocar a Chenko, la superficie era muy dura. La criatura se estremeció y la miró. Algo goteaba de la abertura facial.

—¡Espera, por favor! —articuló Eva lo más claramente posible.

El rostro del alienígena permaneció rígido. Parecía no tener apenas músculos, lo que probablemente era la razón por la que no podía expresar ninguna emoción.

Pero era capaz de mover la boca. Las mandíbulas superior e inferior estaban separadas. Se veían muchos dientes puntiagudos y muy finos. Parecían moverse individualmente. La criatura los giró primero hacia un lado y luego hacia el otro. A continuación, movió los delanteros mientras los traseros permanecían rígidos, y viceversa. Presumiblemente, esta flexibilidad compensaba la falta de lengua. Una lengua sería poco práctica si los jugos digestivos fueran ácidos fuertes. Pero ¿de qué estaban hechos los dientes? Desde luego, no de calcio, sino más bien de metales preciosos.

—A... E... U —gesticuló ella. Estas vocales eran las más fáciles de pronunciar.

—A. —La criatura abrió sus mandíbulas.

—E. —Mostró todos los dientes que pudo.

—U. —Y cerró la boca, dejando solo un pequeño orificio.

—Aaaaadáaaaan —dijo ella.

—Aaaaa Aaaaa —la intentó imitar el extraterrestre.

Eva se señaló a sí misma y luego negó con la cabeza. «Una criatura como yo, pero no yo». ¿Lo entendería? El extraterrestre también negó con la cabeza y luego se señaló a sí mismo. Un escalofrío recorrió la espalda de Eva. La criatura tenía un concepto de sí misma. No era un animal cualquiera.

Pero aún no había entendido qué ella se refería a Adán. Eva volvió a señalarse a sí misma.

—Eeeeee —dijo.

—Eeeeee —la imitó el extraterrestre, señalándose a sí mismo.

Eva negó con la cabeza.

—¿Puedo?

No esperó respuesta, sino que se acercó tanto a la criatura que pudo alcanzar su mano derecha. Agarró la articulación, evitando las afiladas garras, y tiró del brazo. La criatura se estremeció, pero luego relajó los músculos para que ella pudiera mover la extremidad. Eva la giró para que apuntara hacia ella.

Luego volvió a decir su nombre:

—Eeeeee.

Esta vez, el alienígena pareció entenderla. Abrió la boca, después la abrió más y señaló a su contraparte humana. Luego, se señaló a sí mismo:

—Aaaaa... Aaaaa.

Eva hizo una mueca. Probablemente se trataba de un pequeño malentendido. Pero el alienígena había asociado su nombre con su persona. Eso era un verdadero progreso.



La criatura hizo un uso intensivo de su nuevo conocimiento. Cada vez que elegía un pasillo en particular, se detenía, se señalaba a sí misma y emitía el sonido «Aaaaa Aaaaa». Luego, señalaba a Eva y practicaba «Eeeeee».

De esta manera, atravesaron innumerables pasillos. No se trataba de una nave espacial, sino de un laberinto. Sin embargo,

Doble A, como Eva había bautizado al alienígena, parecía conocer el lugar, y cuanto más se adentraban, mejor parecía conocerlo. Era extraño, ya que era evidente que nunca había estado en la nave. De hecho, al principio incluso se había quedado atascado.

Así que tenía que haber algo que utilizaba para orientarse. Cada vez que llegaban a una bifurcación, probaba todos los caminos, pero luego se decidía por uno. Solo una vez se equivocó, lo que les obligó a dar media vuelta. Probablemente estaba siguiendo un rastro de olor. Eva no notó que analizara el aire de ninguna manera, pero debía de hacerlo automáticamente.

Sin embargo, pudo olerlo al entrar en una especie de sala. Un aroma agrio flotaba en el aire. Eva quiso detenerse. La sala le parecía inquietante. Estaba tenuemente iluminada por una luz verdosa que provenía del techo. Goteaba sobre ella como si fuera un líquido.

Se armó de valor y entró. Algo cayó sobre su brazo. Se estremeció. Estaba a punto de quemarla, pero no sintió dolor. El líquido se derramó espeso alrededor de su brazo y goteó. Lo cogió con la otra mano y lo examinó. Pequeños cristales parecían flotar en el espeso limo. Brillaban con un color verde. La diminuta gota parecía un universo encogido. Se la limpió en los pantalones y quedó una mancha verde brillante.

Garras. Delante de ella, en el suelo, había unas garras enormes. No podían pertenecer a Doble A. Eva levantó la vista. Una versión de su amigo alienígena, aproximadamente el doble de grande, estaba delante de ella, mirándola con ojos negros e inexpresivos. Eva se quedó paralizada. La criatura tenía un aspecto inquietante y no parecía pertenecer a este mundo. ¿Dónde estaba Doble A? ¡Era su amigo y tenía que protegerla de su extraño homólogo!

—¡Aaaaa... Aaaaa! —gritó.

El gran alienígena abrió la boca dos veces. ¡También la estaba imitando! Luego, llevó ambos brazos detrás de los hombros. Con un movimiento amplio, sacó algo que llevaba a la espalda y lo dejó delante de Eva. Una gota cayó de su boca, pero la criatura la atrapó con una mano antes de que cayera sobre la carga que yacía en el suelo delante de ella.

Era Adán. Eva corrió hacia él y de inmediato le tomó el pulso. ¡Su corazón latía! Adán abrió los ojos. Sus párpados temblaron.

—¿Eres tú? Me alegro tanto —leyó ella en sus labios.

—Sí, soy yo. Estás a salvo.

—¿De verdad? ¿Cómo lo has hecho? ¿Has encontrado algo para luchar contra ellos? Fue una pesadilla encontrármelos aquí dentro.

Eva se dio la vuelta. El gran alienígena se había alejado. Más atrás, en el pasillo, vio movimiento. Sin duda había más criaturas de ese tipo.

—No son hostiles —dijo Eva—. No te preocupes. Estás a salvo.

Adán abrió mucho los ojos e intentó arrastrarse para alejarse. Eva se dio la vuelta. Sonrió. Doble A estaba detrás de ella. Sostenía una bolsa transparente que contenía un líquido. Lo tocó. Era agua. La criatura sabía que el ácido les haría daño.

—Quédate ahí, Adán. Esta es Doble A. Nos ha traído agua.

—¿Doble A? ¿Estás loca? Tenemos que salir de aquí.

—Me trajo aquí. No te preocupes. Incluso me salvó la vida, y yo le salvé la suya.

—Te salvó para que pudieran comerte.

—Tonterías. ¿Te hicieron daño?

Adán negó con la cabeza.

—Pero tampoco me cuidaron.

—¿Cómo iban a hacerlo? ¿Tú podrías cuidar de ellos? Probablemente nunca habían visto a un ser humano.

Eva le explicó cómo había encontrado a Doble A. Finalmente, consiguió que Adán se relajara un poco. Al parecer, se había desmayado de agotamiento en uno de los pasillos y uno de sus nuevos amigos lo había llevado a esa sala.

—¿Aún puedes hacerme un favor? —preguntó Adán finalmente.

—¿Qué?

—Quiero salir de aquí. Tu nueva amiga debe saber cómo.

—Podemos intentarlo. Pero no estoy del todo segura. Parecía estar siguiendo un rastro. Eso no funcionará en la dirección opuesta.

—Aun así, seguro que nos ayudará.

—Espera, Adán. Primero tengo que decirte algo.

—¿Lo reconoces?

Estaban de nuevo frente al agujero. Eva había conseguido convencer al alienígena para que los trajera de vuelta allí.

Adán negó con la cabeza.

—No puede ser.

—Es él. ¿O crees que hay otros robots humanoides aquí?

—No puede ser. Chenko nunca se habría aventurado aquí sin nosotros.

—Hizo muchas cosas sin nosotros. ¿Recuerdas cuando puso el huevo de dragón allí?

—Eso fue diferente. Tú querías que lo hiciera.

—Quizás, pero nos dejó solos en casa cuando la situación se puso peligrosa.

—Porque se suponía que era una sorpresa de cumpleaños.

Eva suspiró. El joven dragón no había sobrevivido mucho tiempo. Chenko siempre había insistido en que no había cogido el huevo de un nido, sino que lo había encontrado en el suelo cerca de allí. Quizás los padres se habían dado cuenta de que el embrión no era viable. Sin embargo, Eva nunca había querido otra mascota. Las películas de la Tierra, en las que los humanos convivían con perros y gatos, le habían dado la idea.

—Es él, Adán —insistió.

—Aaaaa... Aaaaa —gritó Doble A mientras Adán corría por un pasillo, cojeando mucho. El extraterrestre miró a Eva. Ella negó con la cabeza.

—Déjalo. Volverá.

—Eeeee —respondió su compañero.



5/Noche oscura/4076, GJ 1061 d

Qué decepción. Los peculiares seres de cabezas alargadas los habían llevado al centro de la sala. Nadie estaba atado, pero era imposible que los tres pudieran derrotar a sus guardias, aunque solo fueran cinco. Ragnor había puesto a prueba su fuerza, no atacándolos, sino fingiendo estar enfermo. Simplemente lo habían levantado y lo habían llevado a cuestas como si no estuviera allí.

Pero lo peor no era que los hubieran incapacitado, sino que faltaba la Omnisciencia. Un alienígena se la había llevado hacía media hora. El espécimen era ligeramente más pequeño que sus guardias. Por lo tanto, Gronolf supuso que se trataba de una hembra, aunque no veía ninguna otra diferencia. Cuando se lo contó a su esposa, Murnaka se limitó a abrir y cerrar el pliegue de su estómago en señal de burla.

—Tenemos que hacer algo —dijo Ragnor.

Gronolf asintió pero Murnaka se limitó a señalar a los guardias.

—¿Qué tienes en mente? No podemos enfrentarnos a ellos.

—Tenemos que pedir ayuda al Draght —dijo Gronolf.

—Ya lo hemos hablado —respondió Murnaka—. Tardaríamos demasiado y una lucha con esas criaturas nos costaría demasiadas vidas.

Gronolf dio una patada al suelo. ¿Desde cuándo un Grosnop temía a unos cuantos alienígenas? Habían luchado antes en

situaciones menos prometedoras y habían ganado. Hoy se preocupaban por una o dos camadas. ¿Era la influencia de los humanos? Cuando solo tenías uno o dos hijos, era natural que te comportaras de forma diferente a cuando tenías siete veces siete hijos de una pareja Grosnop. También era normal que dos tercios de las crías murieran durante el Dragh t.

Por otro lado, llevaban muchos años volando por el espacio porque la sociedad moderna ya no los aceptaba. Necesitaban un nuevo hogar si querían que la camada sobreviviera.

Gronolf miró a su alrededor con cuidado. Los alienígenas no le prestaban ninguna atención. Probablemente creían que cualquier ser razonable se sometería a ellos. Era su oportunidad.

«Lo siento, Murnaka. Pero si te cuento mi plan, podrían sospechar».

Necesitaba el factor sorpresa. Y lo tendría. Gronolf cerró los ojos y se orientó utilizando ultrasonidos. La oscura sala se iluminó. Había varias salidas. Eligió aquella por la que habían entrado. Tenía que haber una salida en alguna parte. Gronolf tensó los músculos, se impulsó hacia arriba y echó a correr a grandes zancadas.

¡Funcionó! En una fracción de segundo, había puesto una distancia considerable entre él y sus dos perseguidores. Gronolf corrió hacia el agujero redondo de la pared por el que habían entrado. Con su ojo trasero, observó a los alienígenas que lo perseguían.

Uno se dio la vuelta. ¿Por qué? Ah, Ragnor aparentemente había creado una distracción. «Gracias, viejo amigo». Ya casi había llegado.

Entonces sintió un dolor agudo en la espalda. Se concentró en su perseguidor, que estaba levantando la cabeza, abriendo la boca y... Gronolf lo esquivó con la velocidad del rayo. La bola de líquido concentrado impactó la pared justo delante de él. Siseó y un pequeño agujero apareció. ¡A tomar por saco la paz! La cosa le había escupido ácido. ¿Debía enfrentarse a ella? No, era demasiado arriesgado. No podía sobreestimar sus habilidades. Era más importante conseguir ayuda que derrotar a esa criatura.

Continuó corriendo. En el estrecho pasillo, utilizó sus tentáculos para impulsarse aún más. Probablemente nadie había atravesado nunca los pasillos a esa velocidad. Su sentido de la orientación era fiable. Sabía exactamente dónde habían girado en cada cruce. Corrió por un pasillo que ascendía sin reducir la velocidad. Ahora a la izquierda. Con cuidado, iba cuesta abajo y, a la izquierda, sobresalían de la pared unas varas extrañas a las que era mejor no acercarse demasiado. Gronolf se concentró en ellas y casi no vio al bípedo que se acercaba.

La Omnisciencia. No, era un espécimen masculino. Todos parecían casi iguales. ¡Marchenko! El humano cojeaba. Debía de haberse hecho daño en la caída. Pero ¿dónde había dejado Marchenko el oscuro crecimiento que había estado cultivando recientemente en la cara? ¿Había entrado en razón y se había dado cuenta de lo poco saludable que era dejar que le crecieran plantas en la piel? No importaba. Se debían la vida el uno al otro. Gronolf corrió hacia él con los brazos extendidos.

Pero Marchenko no parecía contento de verlo. Abrió mucho los ojos y tropezó. Luego, se echó hacia atrás e intentó huir de él de lado. Gronolf comparó la imagen que tenía de su amigo con la de la criatura bípeda. También era un espécimen masculino, pero había diferencias claras. Este tenía la piel mucho más suave. Gronolf lo agarró con su mano táctil y lo atrajo mientras el humano se resistía.

—¿Quién eres? —Gronolf intentó pronunciar la pregunta lo más claramente posible. Cuando los humanos estaban emocionados (y la frente y las mejillas de este espécimen estaban tan rojas como un Grosnop durante el Draght), sus sentidos funcionaban aún peor de lo habitual.

—Yo... soy, eh... Adán. ¿De dónde... de dónde conoces mi idioma?

Este espécimen debía de ser muy joven. Ni siquiera dominaba la gramática de su propio idioma. Una cría. Si fuera un Grosnop, habría sospechado de los efectos secundarios del Draght, pero los humanos no se veían afectados por esta gran metamorfosis.

Pero ¿qué había dicho? ¿Adán? Adán se había convertido en su amigo. Lo conocía desde hacía tanto tiempo como a Marchenko. Sin

embargo, lo había dejado en la Tierra. Gronolf estaba confundido. Acercó al chaval. Aunque se debatía violentamente, tenía que examinarlo. Adán tenía una marca en la piel, en un lugar muy concreto. ¿Cómo lo llamaban los humanos? Una marca de nacimiento. Sí, eso era. Supuestamente, era un rasgo distintivo poco común. Su Adán tenía una. Y este también.

—¡Adán, eres tú! ¿Cómo has llegado aquí? ¿Y dónde has dejado a Eva?



GJ 1061 d

Adán se había equivocado. Creía que lo había visto todo y que no podía haber nada peor que ver a su hermana comunicarse con un alienígena asesino e intentar informarle de que Chenko había fallecido. Pero la rana gigante que se abalanzó sobre él, lo envolvió con una asquerosa soga, lo atrajo hacia sí y luego le arrancó la ropa para comérselo, cual guinda del pastel.

Estaba a punto de perder el conocimiento. Quizás era solo una ilusión porque no quería que lo devoraran vivo.

¡Y entonces la criatura infernal le habló! Al principio, no podía creerlo. ¿Quién esperaría que le hablaran desde una hendidura en un vientre verde oscuro en el mismo idioma que Chenko les había enseñado? Al principio, Adán no se dio cuenta de la conexión. Pero luego, la extraña criatura pronunció tres frases seguidas sin cometer un solo error.

—¡Adán, eres tú! —gritó—. ¿Cómo has llegado aquí? ¿Y dónde has dejado a Eva?

¿Cómo sabía esa maldita cosa su nombre y el de Eva? Nunca había visto nada parecido en su vida. Chenko les había enseñado fotos de ranas. Pero esta era una versión grotescamente ampliada que además podía hablar. Mientras lo hacía rodar de un lado a otro sobre sus rodillas, se pellizcó con fuerza el muslo. ¡Ay! No era un

sueño. Tenía que aceptar que esa criatura los conocía, aunque nunca la habían visto.

¿Tenía Chenko algo que ver con eso? ¿Había conocido a la rana gigante en su viaje? ¡Quizás la criatura sabía dónde estaba su padre!

—¿Quién eres? —preguntó Adán con cautela.

—Pero Adán, tú me conoces. ¡Soy Gronolf!

—Lo siento, estoy un poco confundido. ¿Dónde nos conocimos?

—En Próxima Centauri b. ¡Pero debes recordarlo! Tu hermana me despertó.

—Nunca he estado allí —dijo él. El monstruo cerró el ojo y Adán se sobresaltó—. Estuve allí hace mucho tiempo, quise decir.

La rana que se hacía llamar Gronolf asintió.

—¿Por fin te acuerdas? Qué bien. Me estaba preguntando... —Empezó a hurgar con los dedos de su mano (de siete dedos) en la hendidura que recorría su redondo vientre.

De repente, Gronolf ya no parecía tan seguro. ¡Debería haberle dejado creer lo que quisiera! Si pensaba que era su amigo, seguro que le ayudaría.

—Qué buenos tiempos aquellos en Próxima —dijo.

Gronolf le apretó la mano. Poco a poco, los siete dedos se calentaron, de modo que a Adán ya no le resultaba tan desagradable el contacto.

—Sí, lo fueron. Me alegro de verte... —Gronolf se interrumpió. ¿Qué estaría pasando por la mente de la rana?

—¿Qué le pasó a Chenko? —preguntó Adán. Si su hermana y él habían existido en este planeta, quizá su padre también.

—¿Chenko? No me suena.

—¿No lo has visto por aquí últimamente?

—No, el nombre no me suena. —Gronolf ayudó a Adán a ponerse de pie y lo apartó ligeramente, como si su entusiasmo por el encuentro hubiera disminuido.

—Pero debes conocer a Chenko.

—¿Te refieres a Marchenko? Vino aquí con nosotros. Por desgracia, le perdimos.

Las esperanzas de Adán se renovaron. ¿Ese Mar-Chenko había estado aquí?

—¿Cómo era? ¿De color dorado por debajo y gris por arriba?

—No, Marchenko tenía un cuerpo biológico como tú. ¿Lo viste? Cayó en un hueco.

—¿Seguro que no era un pozo de ácido?

Algo no cuadraba. Chenko era un robot. Así que este Mar-Chenko que había perdido la rana gigante tenía que ser otra persona. Aunque el nombre era muy parecido. Y Gronolf lo había reconocido como Adán. Adán, por su parte, estaba absolutamente seguro de que nunca había visto a una criatura como la que tenía delante.

—¿También conoces a Eva? —preguntó.

—Por supuesto —respondió Gronolf.

—Bueno, hui de ella, por así decirlo.

—¿Que hiciste qué?

—Hui. Se hizo amiga de una criatura extraña. Cabeza larga, dos piernas, una gran cola, brazos bastante pequeños...

—Ah, yo también hui de una de esas cosas. Quería pedir ayuda a la nave espacial. ¿Vienes conmigo?

¿Gronolf tenía una nave espacial? Adán sintió una oleada de emoción. ¡Con ella podrían abandonar el planeta! Si aceptaba, la rana lo llevaría directamente a su nave. Tenía que ser más grande que el Messenger y probablemente también más rápida.

Pero no podía dejar a Eva sola allí. A veces discutían, pero seguía siendo su querida hermana. Miró a Gronolf de arriba abajo. El extraterrestre era alto y corpulento, y sus brazos inferiores, en particular, parecían capaces de asestar golpes poderosos. Con eso, seguramente podrían ahuyentar al nuevo amigo de Eva.

—¿Qué pasa? —preguntó Gronolf—. No tengo mucho tiempo.

—Me gustaría ir contigo, pero no sin mi hermana. Está ahí atrás, en algún lugar. —Señaló el pasillo por el que había venido.

—Tienes razón. Tenemos que llevarnos a Eva. Le debo la vida.

Adán no le contradijo. Si Gronolf se sentía en deuda con su hermana, eso solo podía ayudarles.

—Me alegro de oírlo. Solo hay un problema.

Gronolf abrió los brazos y se dio unos golpecitos en la espalda con el par de brazos inferiores.

—No para mí.

—Ahí están —susurró Adán.

Eva y el alienígena estaban en medio de una intersección. El alienígena parecía estar olfateando en una dirección, al menos no dejaba de girar su larga cabeza hacia Adán y Gronolf, como si pudiera verlos en la oscuridad.

Eva encendió la linterna y la apuntó hacia el túnel. Adán contuvo el aliento. No le dio a él pero sí a Gronolf, quien retrocedió unos pasos. El alienígena corrió hacia el pasillo. Debía de haber notado el movimiento.

—Cuidado, puede lanzar ácido por la parte inferior de la cabeza —susurró Adán.

Gronolf puso su delicada mano sobre el hombro de Adán.

—No te preocupes.

El alienígena se acercó. De repente, Eva cambió de opinión y corrió tras él. Lo alcanzó y se pusieron a caminar uno al lado del otro, lo cual no era fácil en el estrecho tubo.

—Ten cuidado de no hacerle daño a Eva, Gronolf.

—No te preocupes. Tengo que admitir que no te creí cuando dijiste que era Eva, pero realmente es ella. Es increíble.

Realmente era ella. Tenía que haber dos Adanes y Evas. Chenko lo había sospechado en alguna ocasión, porque GJ 1061 d no era precisamente el destino ideal para el Messenger. El Creador, pensaba, debía de tener al menos otro planeta candidato seguro en mente. Pero el hecho de que una rana alienígena se hubiera encontrado con esta otra pareja de hermanos era una coincidencia enorme.

Quedaban cinco metros. Gronolf se quedó completamente inmóvil y se fundió con la pared. Eva mantuvo el haz de su linterna en línea recta. ¿Cuántas veces le había dicho que la moviera a lo largo del camino? Su miedo a la oscuridad la hacía sostener la linterna como un arma. Aunque no serviría de mucho como tal.

Pero Eva no era el objetivo.

Gronolf salió lo más rápido posible. El alienígena que lo acompañaba emitió un siseo. Eva no pudo oírlo, ni tampoco podía oír el jadeo de Gronolf. Pero intuyó algo, porque se lanzó directamente delante de la criatura alienígena. Gronolf consiguió frenar justo a tiempo. El alienígena siguió siseando. Le goteaba líquido de la boca. Debía tener cuidado de no golpear a Eva. Ella había conseguido evitar que los dos alienígenas tan diferentes lucharan entre sí.

—Gracias, Eva. —¡Lo había planeado todo tan bien!

—¡Eva! —dijo Gronolf—. Aléjate de ahí. Esa cosa es peligrosa.

Su hermana no respondió.

—Tienes que tocarla y mostrarle tu cara mientras le hablas.

Gronolf se tocó la cabeza y luego el estómago:

—Pero el sonido viene de aquí.

—Entonces muéstrale tu estómago.

La rana se dio la vuelta, tocó a Eva como le había indicado Adán y repitió su petición.

—Aléjate de ahí, Eva. Esa cosa es peligrosa.

Eva se iluminó con la lámpara.

—Adán, sal de las sombras. Sé que estás ahí.

Él suspiró y dio un paso adelante.

—¡Vaya!, el extraterrestre habla —dijo Eva—. Por desgracia, no entiendo ni una palabra. No tiene labios.

—Muy bien, entonces os presentaré. Él es Gronolf. Tiene una nave espacial. Y ella es mi hermana Eva.

—Hola, Gronolf. Entonces déjame presentarte a alguien. Este es Peech. No sé cómo se llama el extraterrestre a sí mismo, pero me gusta más Peech que Doble A.



5/Nocheoscura/4076, GJ 1061 d

Era Eva, y no era ella. Gronolf jugueteaba nerviosamente con la hendidura de su estómago. Había dormido casi todo el trayecto desde la Tierra hasta este sistema. En su memoria, solo habían pasado unas semanas desde que se había despedido de Adán y Eva. ¿Era por eso por lo que creía reconocerla? En todo el tiempo que habían pasado juntos, había llegado a querer a los hermanos. Se habían convertido en parte de su camada.

Pero no podía dejarse dominar por sus emociones. Estas eran personas diferentes. Aunque se parecían mucho, habían crecido de manera muy distinta. Eso también significaba que debía tener cuidado con ellos. Podían estar ocultándole motivos que ni siquiera podía imaginar. El hecho de que este Adán aparentemente le hubiera mentido sobre el tiempo en Sol Único reforzó su desconfianza.

¿Y quién era este Chenko? ¿Una copia de su Marchenko? Al parecer, lo habían perdido.

Gronolf miró a Eva. La joven movió los labios e hizo un gesto. Si se escuchaba con mucha atención, se podían oír ruidos, chasquidos, golpes, inhalaciones, exhalaciones, pero no era el idioma que él conocía de los humanos. Adán, sin embargo, no parecía tener ninguna dificultad para entenderla. Gronolf miró su estómago. Eso significaba que no podría imitar los numerosos movimientos del rostro de Eva. Dependía de Adán como traductor.

—Esta criatura —señaló al alienígena de cabeza alargada—, es peligrosa. Tenemos que deshacernos de ella.

Eva negó con la cabeza y empezó a balbucear. Gronolf miró a Adán.

—Dice que Peech le salvó la vida, varias veces. Posee un nivel mínimo de inteligencia y es muy leal. Eva no la abandonará contra su voluntad bajo ninguna circunstancia.

Gronolf ya había podido leer la última frase en el rostro de Eva. Si esa cosa le había salvado la vida, entendía su apego. Estaba en deuda con ella. En Sol binario, el hogar de los Grosnops, el acreedor podía exigir el pago de esta deuda en cualquier momento. Los humanos no siempre eran tan estrictos, Gronolf ya lo había aprendido de Marchenko, pero si Eva quería cumplirlo, estaba en su derecho.

—Lo entiendo —dijo—. Entonces nos llevaremos a Peech con nosotros.

Esta vez fue Adán quien negó con la cabeza.

—¡No puedes hacerlo! ¡Tú mismo has dicho que estas criaturas son peligrosas! Tenemos que deshacernos de ella.

Eva protestó, pero Gronolf no la entendió y Adán no hizo ningún gesto para traducir. ¿Era Adán el problema? ¿Qué tenía en contra de una criatura que había salvado la vida de su hermana? En Sol binario, toda la camada del deudor quedaba vinculada a la deuda.

—Adán, vamos todos juntos a buscar ayuda o nos quedaremos aquí —Gronolf golpeó la pared con sus brazos de carga para enfatizar su decisión. Eva le tocó la mano brevemente. No parecía tímida. Adán hizo una mueca, pero no discutió más—. Bien, entonces seguidme. Tenemos que salir. Desde allí podremos llegar al Draght y pedir ayuda.



Algo le tocó. Gronolf se estremeció. Era Eva. Movió los labios y Gronolf tuvo la sensación de que estaba diciendo algo sobre Marchenko.

—Quiere saber si conoces a Chenko —explicó Adán.

—Conozco a Marchenko. Cuidaba de un hermano y una hermana como vosotros en Sol Único. Creo que lo llamáis Próxima b.

—¿Cómo era? —preguntó Adán, deteniéndose en seco.

—Un robot. No lo recuerdo muy bien. Cambió de forma varias veces.

—¿La parte inferior del cuerpo brillante, hecha de una aleación especial?

Gronolf dio unos golpecitos en el suelo en señal de asentimiento.

—Sí, podría ser.

—Chenko. Marchenko. Creo que vi su nombre completo una vez en Messenger —recordó Adán.

Eva dijo algo. Habló tan rápido que Gronolf no tuvo oportunidad de entenderla.

—Sí. Tienes razón. —Adán se apoyó en la pared—. Debía de ser él el que estaba en ese agujero. —Gronolf lo sujetó con su brazo táctil cuando se inclinó hacia un lado. Al parecer, los hermanos habían perdido a su Marchenko hacía poco.

—¿Entrasteis en esta estructura para buscar a Marchenko? Quiero decir, a Chenko.

—No. —Adán negó con la cabeza lentamente y con evidente esfuerzo—. Fue un accidente.

Eva añadió algo, pero Adán aparentemente no tenía fuerzas para traducirlo.

—Puedo presentaros a Marchenko. También está aquí.

Eva se levantó de un salto y gritó algo. Luego, dio un golpecito a Adán.

—Quiere que nos lleves rápidamente con tu Marchenko.

Gronolf puso los cuatro ojos en blanco. No debería haber prometido algo que no podía cumplir.

—Solo hay un pequeño problema: perdimos a Marchenko mientras explorábamos la estructura. Por eso necesitamos ayuda primero.

Eva se cubrió la cara con las manos mientras Adán repetía las frases para que ella pudiera leerlas.

—No te preocupes —dijo Adán—. Marchenko es fuerte e indestructible. No volverá a caer en otro pozo de ácido como ese.

Hmm. Por desgracia, el cuerpo biológico de Marchenko no era tan fuerte como a Gronolf le hubiera gustado. Pero las palabras tranquilizadoras de Adán parecieron surtir efecto, así que no discutió. En lugar de eso, le ofreció un brazo al hombre, que seguía sentado, y lo ayudó a levantarse.

—Vamos. Cuanto antes consigamos ayuda, antes encontraremos a Marchenko.



GJ 1061 d

MARCHENKO SE ESTREMECIÓ. ¡ESOS ESTRECHOS PASILLOS LE ESTABAN poniendo de los nervios! Se sentía como si estuviera en las entrañas de un gigante, no en una nave espacial.

Aunque se trataba de un gigante muerto. Si fuera un organismo vivo, a estas alturas ya se habría topado con las unidades de defensa del sistema inmunológico. No tenía ni idea de cómo funcionaba el sistema inmunitario de un gigante, pero sin duda sería eficaz y eficiente y, sin lugar a dudas, lo habría eliminado como a un parásito.

Bebió un sorbo de la botella de agua. Tenía la boca casi tan seca como antes. El agua era su mayor problema. Había confiado en los Grosnops para que llevaran la mayor parte de los suministros, por lo que solo tenía una botella en la mochila y no podía rellenarla en ningún sitio allí.

Se puso de pie. Los movimientos le resultaban cada vez más difíciles. Pero no iba a mejorar, así que tenía que aprovechar al máximo el tiempo que le quedaba. Gimiendo, se irguió. Sacudió las extremidades, buscó la marca que había rayado en la pared y continuó en la dirección de la flecha.

Ayer había descubierto algo más: los pasillos tenían una especie de dirección preferida. En algún momento debían de haber estado llenos de líquidos. Estos habían dejado huellas en las paredes,

patrones que se tocaban y se cruzaban entre sí. Pero las huellas más claras eran siempre las que apuntaban en una dirección determinada, que no cambiaba a lo largo de todo el pasillo.

Esa era la dirección preferida. Y si había una, no podía ser una coincidencia. Los líquidos no habían circulado por la estructura por aburrimiento. Tenían un destino, que ahora también era el suyo.



Tres horas más tarde, se tomó su siguiente descanso. Agotado, se dejó caer al suelo. Durante un tiempo, había esperado encontrar la salida con la ayuda de la dirección del flujo. ¿Hacia dónde fluía todo en el sistema digestivo humano? Hacia fuera, por supuesto, y allí le esperaba el Draght.

Pero no había averiguado cómo funcionaba este sistema. Llevaba mucho más tiempo solo que con sus amigos, por lo que la dirección preferida debía de estar llevándolo cada vez más adentro. ¿Debería dar media vuelta? Si seguía las flechas en la dirección opuesta, al menos acabaría donde había visto por primera vez los patrones en las paredes. Y entonces... ¡Tenía que haber una salida!

¿Y si ya estaba cerca de su objetivo? La similitud con un organismo biológico sugería que se estaba acercando a algo especial. La sangre fluía hacia el corazón, los pulmones o el cerebro. Por supuesto, podía estar equivocado sobre la imagen que tenía de esta estructura. Pero incluso en el Draght, los fluidos circulaban por tuberías hacia lugares muy específicos.

Si era solo para mantener viva esta estructura, se daría por satisfecho. Tenía que haber agua allí.



Se despertó porque le dolían los dedos de los pies. ¿Qué era eso? Varios animales se habían abalanzado sobre sus botas. Parecían pinzas para la ropa. Sus partes delanteras se cerraban alrededor de las puntas de sus botas y parecían estar royéndolas. Marchenko se

levantó de un salto y se sacudió esas cosas. ¿Era este el sistema inmunológico que tanto temía? Podía enfrentarlas. Pisoteó todas las que pudo alcanzar. Una escapó, utilizando las puntas de la pinza para impulsarse hacia delante. Estaba a punto de acabar con ella cuando se abrió un pequeño agujero en el suelo. La pinza se deslizó dentro.

Esta estructura no estaba tan muerta como había pensado. Marchenko reunió saliva en la boca y la tragó para humedecerse la garganta.

—Ejem —gimoteó—. Ejem, ejem.

Así estaba mejor. Marchenko se volvió a poner la mochila, buscó el marcador y siguió adelante.



—¡Vaya! —exclamó Marchenko deteniéndose en seco. ¡Velas!

El pasillo daba a una gran sala. Era una vista magnífica que nunca había esperado ver allí. La sala estaba iluminada por todos lados con una luz blanca, pero lo que más le impresionó fueron las velas. Parecía como si estuviera mirando desde arriba a un puerto lleno de veleros. Los paneles de tela eran todos triangulares, pero con diferentes proporciones, y estaban unidos en tres puntos: al techo, al suelo y a la pared frontal.

Marchenko salió del pasillo y entró en la sala. La parte inferior de las velas consistía en una especie de pequeño barril. Sin embargo, no estaba fijado al suelo, sino que se podía mover. Su peso parecía garantizar que la vela permaneciera tensa. Era un auténtico laberinto, pero Marchenko consiguió llegar a la pared frontal. Aquí, la vela terminaba en una especie de barandilla fresada en la pared. Marchenko presionó la tela y el ancla se desplazó. Cada vela podía moverse ajustando el barril del suelo o el ancla de la barandilla. Solo la suspensión del techo parecía fija.

Volvió a subir al pasillo, donde tenía una mejor visión general. La sala era enorme. Contenía miles de velas, ¿o eran decenas de miles? Su disposición no parecía seguir ningún patrón discernible. ¿Dónde

había ido a parar? Volvió a bajar. Quizás el material de las velas revelaría algo. Pensó en una función similar a la de un pulmón. ¿Y si las velas absorbían sustancias del aire y las transmitían al interior o las eliminaban? Pero entonces, ¿por qué eran móviles? El material con el que estaban fabricadas era increíblemente fino. Sus dedos brillaban a través de él. Sin embargo, no podía rasgarlo, e incluso su navaja se resbalaba.

Marchenko se subió al borde, por encima de la barandilla. Allí le esperaba otro misterio: botones de unos treinta centímetros de ancho, algunos pulsados y otros no. Estaban situados siempre donde terminaba una vela en la barandilla, por lo que era obvio que estaban asignados a las velas. Marchenko volvió a saltar al interior. Cuando movió dos velas para que se tocaran, los dos botones conectados a ellas también se desactivaron. Sin embargo, no se volvieron a activar cuando separó las velas.

Muy extraño. Desde arriba, desde la estrecha cornisa sobre la barandilla, consiguió hacer algunos trucos más. Cuando pulsó tres botones contiguos, las velas correspondientes se separaron entre sí. Sin embargo, cuando pulsó cuatro botones al mismo tiempo, todas las velas conectadas se acercaron entre sí. Encontró otras combinaciones, pero no entendió el sistema que había detrás. ¿Y cuál era el propósito? ¿Quién necesitaba miles de velas que se alineaban entre sí y se oponían unas a otras?

Pero tenía que haber un propósito. Marchenko corrió de puntillas por toda la habitación. El espacio era más grande que el Draght. Tenía que ser una parte muy importante de la estructura. Pero «importante» era relativo, por supuesto. Sin pulmones, se moría tan seguro como sin cerebro. ¿Era esto un pulmón? Era difícil decirlo cuando no podía verlo en acción. Y probablemente llegaba unos cuantos miles de años tarde para eso.

Llegó al final de la cornisa. La última vela estaba conectada al último botón. Sin embargo, la tela colgaba flácida. Marchenko se acercó para mirar mejor. El pequeño barril estaba solo en el suelo. La esquina donde había estado fijado había sido arrancada. Utilizó cinta adhesiva para volver a fijarlo. Al menos, ahora ese lado de la vela estaba tenso de nuevo. En la parte delantera, en la barandilla,

la tela también se había salido. Debían de haber ejercido una fuerza considerable aquí. Metió un trapo de su bolsa de herramientas en la barandilla. Esta se activó de inmediato y se tragó la tela. Menos mal que no lo había intentado con los dedos.

Marchenko tiró de la vela, pero no llegaba a la barandilla. Debía de haberse desprendido un trozo. Volvió a usar cinta adhesiva para alargar la tela. Por fin, la barandilla volvió a encajar en su sitio. Al primer intento, tiró con tanta fuerza que la cinta adhesiva se desprendió. Al segundo intento, con más cinta, funcionó: la vela volvió a quedar tensa y recta.

Pulsó el botón que tenía delante. Un crujido resonó en la habitación. Un destello se desprendió del techo, se dividió en la hipotenusa y el cateto de la vela, recorrió su borde y se apagó al chocar con la cinta adhesiva.

Joder. Al parecer, la tecnología terrestre no se llevaba muy bien con la tecnología alienígena. Marchenko se estremeció cuando de repente se oyó una voz. Dijo una frase en un idioma desconocido, seguida de una cuenta atrás. Al menos, el ritmo sugería que la voz estaba contando. Marchenko contó con ella. Al llegar a doce, apareció un nuevo destello. Olía a ozono. El destello rodó como una bola azul por los bordes del triángulo. Marchenko se apartó justo a tiempo, porque esta vez la descarga no se detuvo en los puntos reparados.

Olió a plástico quemado. La descarga subió a la barandilla y corrió hacia la siguiente vela. Marchenko supuso que saltaría por encima, pero no lo hizo. En cambio, el rayo continuó hacia la siguiente vela. Allí, se pulsó el botón y saltó al borde delantero de la tela. Solo en el momento siguiente, Marchenko se dio cuenta de que la descarga se había dividido. La parte más grande siguió moviéndose, activando la siguiente vela y la siguiente, pero luego se atascó y se apagó.

Uf. Probablemente era mejor no jugar con tecnología alienígena. Marchenko se sintió aliviado de que no hubiera pasado nada más. Entonces, la voz volvió a sonar.

—Quaar.

—Plaar.

—Ftaar.

—Krek.

—Ok.

Vaya, la bola de energía que ahora salía del techo en la primera vela era gigantesca. Marchenko supo de inmediato que tenía que salir de allí. Esta vez, la descarga no se detendría en la quinta vela. Empezó a correr. Los rayos lo seguían a una velocidad impresionante. Marchenko vio el pasillo. Si quería llegar hasta allí, tenía que saltar ahora mismo de la cornisa. Tendría que correr peligrosamente cerca de una vela.

«Hazlo. ¡Ahora!». Se obligó a saltar, corrió para salvar su vida y logró ponerse a salvo en el pasillo justo cuando el infierno se materializó detrás de él.



Toda la sala estaba en movimiento. Potentes relámpagos estallaban en el techo, corrían por los bordes de las velas, estallaban o se deslizaban por las barandillas hacia otras velas. Pero las velas también se movían. El material, que le había parecido tan tenso, se ondulaba. Las velas chocaban entre sí, produciendo un estruendo más fuerte que los rayos. Se levantaban y caían, y parecía como si estuvieran a punto de soltarse de sus amarras.

La electricidad en el aire le erizó el pelo. Marchenko observaba el caos desde el suelo del pasillo. No se atrevía a arrastrarse hasta la parte delantera porque los rayos a veces se desviaban por completo y buscaban otro objetivo. Había un olor muy fuerte a ozono. ¿Qué narices había puesto en marcha?

El movimiento no se limitaba al interior de la sala. Parecía trasladarse al suelo. Quizá fueran los anclajes que sujetaban las velas; cuando los rayos los desgarraban, el impulso tenía que encontrar una salida. Marchenko sentía los golpes en el estómago. Retumbaba como un fuerte terremoto. ¿Qué coño estaba pasando? ¿Podría detenerlo de alguna manera o se calmaría la sala por sí sola?

Uf. Una sacudida especialmente fuerte lo estremeció. Se deslizó hacia adelante. ¿Qué era eso? Era como si la gravedad hubiera cambiado de dirección. ¡Joder! El borde del pasillo se acercaba a él. Marchenko se apoyó con las manos y los pies, pero su resistencia fue inútil. Estaba a punto de caer a la sala. El caos que él mismo había provocado le consumiría.

Cerró los ojos. Era demasiado tarde.



5/Nocheoscura/4076, GJ 1061 d

El primer golpe le hizo perder el equilibrio. «¡Por los dientes de carroña! ¿Qué ha sido eso?» Gronolf se puso en pie a duras penas y miró a su alrededor. Adán y Eva también habían caído. El hermano se ocupaba de su hermana. Gronolf no podía oír lo que decían. Otro estruendo lo sacudió hasta los huesos. Adán y Eva se abrazaron. El alienígena de cabeza alargada se apoyó en su cola. Tenía los delgados brazos extendidos a los lados, como para mantener el equilibrio.

Joder. El suelo se elevaba. Gronolf se agarró con los tentáculos extendidos. ¿Qué estaba pasando allí? ¿Acaso aquella antigua nave espacial intentaba despegar de nuevo? Eso era... Otra sacudida poderosa lo estremeció. Adán y Eva se deslizaron hacia abajo, pero el alienígena los sujetó con su cola. «Gracias, amigo». Gronolf no confiaba en la criatura, pero había demostrado que no tenía malas intenciones, al menos por el momento.

Se acercó y ayudó primero a Eva a levantarse, luego a Adán.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Adán—. Y buscar ayuda.

—Tenemos que ver qué está pasando y detener este proceso —arguyó Gronolf—. De lo contrario, nuestros amigos no necesitarán ayuda.

Eva dijo algo que él no entendió.

—¿Qué está diciendo?

Adán no respondió hasta que Eva le dio un codazo y frunció el ceño.

—Eva dice que tenemos que detener estas sacudidas.

Gronolf asintió. La mujer era sensata. Dijo algo más y dio un golpecito a Adán.

—Eva dice que el maldito alienígena tiene una idea. O una pista, o algo.

Gronolf miró a la extraña criatura con sus cuatro ojos, uno tras otro. Usaba las garras de sus manos y pies para clavarse en el suelo. Parecía muy fuerte. Pero ¿cómo había llegado Eva a creer que esa cosa sabía más que ella?

La cabeza. Tenía que ser la cabeza. La criatura la había levantado ligeramente y parecía estar olfateando el interior de la estructura. ¿Era ese el camino que debían seguir?

—Eva podría tener razón —dijo Gronolf.

—¿Ahora confías en esta cosa? No tienes ni idea de lo que quiere.

—Pero sabe algo. No es muy habladora, pero su comportamiento la delata. Tenemos que seguirla.

—Debemos de estar muy cerca de la salida. ¿De verdad quieres ponernos en peligro?

—No, Adán. Tú y Eva id a la salida y buscad ayuda. El transbordador no está muy lejos.

Eva le dio un golpecito.

—¿Y tú?

Él entendió esas dos palabras.

—Me quedaré aquí con tu amigo y veré qué pasa.

—La rana dice que va con Peech a buscar la causa de los temblores —tradujo Adán—. Mientras tanto, nosotros buscaremos ayuda.

Eva negó con la cabeza al principio, pero cuando el siguiente temblor la derribó, asintió.

—Buena suerte —dijo tan claramente que incluso Gronolf la entendió.

Los temblores no cesaron por sí solos. El hecho de que la estructura pareciera cambiar constantemente de posición confundió rápidamente a Gronolf. Tenía un buen sentido de la orientación, como todos los Grosnops, que utilizaban la tercera dimensión para saltar. Pero su cerebro no podía seguir el ritmo de los rápidos cambios.

Peech, el nuevo amigo de Eva, no tenía esos problemas. Probablemente no necesitaba recordar el camino porque algo más la guiaba. O era un olor o un gradiente en el campo eléctrico. Los Grosnops tenían sensores de campo magnético en los ojos, pero los campos puramente eléctricos permanecían ocultos para Gronolf.

De repente, el alienígena se detuvo. Gronolf logró detenerse a tiempo. Estaban en medio de un estrecho pasillo que conducía hacia abajo. Peech mostró los dientes y señaló con la cabeza a una especie de gusano que yacía en el suelo, mirando fijamente hacia la habitación que había delante.

Gronolf se acercó sigilosamente. El gusano era grande y sin duda tan grueso como su propio vientre. El extremo de su cuerpo se partía en dos. Tenía un aspecto extraño. Otro golpe hizo girar la estructura. El pasillo se hacía cada vez más empinado. Gronolf tuvo que agarrarse con fuerza. El gusano giró brevemente la parte delantera y Gronolf lo reconoció. Era Marchenko, tumbado boca abajo, luchando con todas sus fuerzas para no caer en la sala que tenía delante.

Pero Gronolf no podía ayudarle. Si se soltaba ahora, caería él mismo y se llevaría a su amigo con él. Miró hacia atrás. El alienígena lo observaba como esperando una señal.

—¡Ve, ayúdale! —gritó Gronolf, primero en su lengua materna y luego en el idioma de los humanos. El alienígena asintió, soltó sus garras del suelo y se deslizó hacia abajo. Casi había alcanzado a Marchenko, pero ahora estaba resbalando. Clavó las garras de sus patas traseras en el suelo y agitó la cola. ¿Dónde estaba Marchenko? ¿Ya se había caído? Entonces, el alienígena volvió a levantar la cola.

El extremo se había enredado alrededor del cuello de Marchenko. Con cuidado, puso el cuerpo inmóvil detrás de él para que no cayera a la habitación que había detrás.



GJ 1061 d

¡No podía respirar!

No era así como había imaginado que moriría. Marchenko esperaba recibir un golpe en el cráneo que lo hiciera estallar. La segunda opción habría sido un rayo que le friera los músculos y los nervios. ¿Pero ser estrangulado? No, eso había sido demasiado repentino e inesperado, y además por parte de una criatura que parecía salida directamente de sus peores pesadillas.

La cuerda que le rodeaba el cuello se aflojó. Marchenko aspiró aire con avidez, aunque sabía que era inútil. La boca con colmillos del alienígena ya descendía sobre él. Solo podía esperar que lo matara de un solo mordisco para no tener que sufrir tanto tiempo.

—Gracias —dijo una voz que le resultaba familiar. Al igual que él, el alienígena miró en la dirección de donde provenía el sonido. Pero no hizo ningún movimiento para abalanzarse sobre la nueva víctima.

La voz pertenecía a Gronolf, y no parecía tener miedo del monstruo:

—Ahora puedo sujetarlo.

El alienígena soltó su presa y Gronolf estabilizó a Marchenko con sus dos brazos táctiles.

—¿Qué has hecho? —preguntó Gronolf.

—No lo sé. ¿He sido yo?

—¿Había alguien más aquí?

Marchenko negó con la cabeza.

—Entonces has sido tú.

La lógica era convincente.

—Solo estaba... intentando arreglar algunas cosas.

—Tenemos que deshacer la reparación.

Marchenko señaló hacia el pasillo. Los rayos no habían cesado.

—Eso es mortal.

Gronolf asintió. Era inusual que estuvieran de acuerdo de inmediato, pero los rayos convencían a todos.

—Tenemos que intentarlo de todos modos —dijo Gronolf—. De lo contrario, Adán y Eva podrían no sobrevivir, al igual que Murnaka, Ragnor y la Omnisciencia.

—¿Qué estás diciendo? ¿Has encontrado a Adán y Eva? ¿Aquí a bordo?

Era muy posible que esta nave fuera una construcción de otro Marchenko. Con tiempo suficiente, podría haber convertido el Messenger en una pequeña luna propia.

—Este no es su Messenger —dijo Gronolf—. Solo están a bordo por casualidad.

—¿Y el otro...?

No quería decir su propio nombre.

—Lo llaman Chenko. Al parecer, murió aquí.

«Por supuesto, el robot sigue en el agujero. Nadie podría haber sobrevivido a eso».

—Pobres.

—Los envié afuera a buscar ayuda.

—Gracias, muy inteligente. Así no estorban. Sus cuerpos son...

Gronolf le dio un pellizco breve. El dolor fue infernal.

—Vale —gimió Marchenko—. Lo sé. Mi cuerpo tampoco es muy estable.

—Por eso voy a entrar ahora a arreglar tu reparación.

—Gronolf, no. Tu piel no es tan gruesa. Yo causé esto, así que yo lo arreglaré.

—¿Qué arreglaste exactamente?

Marchenko se dio cuenta de que el alienígena los miraba fijamente. Era casi como si pudiera entenderlos.

—¿Esa cosa habla nuestro idioma?

—No lo sé —dijo Gronolf—. No me distraigas, amigo.

En realidad, no importaba. El alienígena le recordaba más a un perro. De todos modos, no sería capaz de entender los términos técnicos.

—He vuelto a conectar la vela del lado izquierdo. Había perdido contacto con la barandilla y el suelo, pero pensé que con un poco de cinta adhesiva se podría arreglar.

—¿Y entonces empezó?

—Entonces pulsé uno de los botones. Solo por curiosidad.

Gronolf expulsó el aire por el pliegue de su estómago. Olía mal, como era de esperar. Pero no podía dejar ese hábito.

—¿Quién iba a saber que pasaría algo así? —se defendió Marchenko. La cola del extraterrestre se movió. Instintivamente, se tocó el cuello, alrededor del cual se había enrollado la cola anteriormente—. Probablemente, la nave lleva aquí abajo unos cuantos miles de años. Ni siquiera debería tener energía.

Un relámpago iluminó los alrededores, recordándoles el problema al que se enfrentaban. Gronolf extendió un brazo táctil hacia delante. De inmediato, una esfera azul lo golpeó con fuerza. Olió a carne quemada.

—Gronolf, no sobrevivirás a esto.

Era la verdad, pero para la mayoría de los Grosnops tenía el efecto contrario al deseado. Gronolf querría demostrar que ahora era más fuerte que nunca.

—Oye, no quiero ser amigo de una rana frita.

—Pero sí te gustó el pájaro frito que te salvó.

Si Gronolf estaba intentando hacer humor bruto, ya había tomado su decisión. Marchenko no podría detenerlo. El Grosnop era más rápido que él.

Zas. Sus ojos no podían moverse tan rápido como el alienígena que se había escabullido por el pasillo y entrado en la sala. Su cola se movía vigorosamente de un lado a otro mientras saltaba hacia la izquierda. Una bola de plasma se acercó y estalló con un estruendo cuando la cola la golpeó. Por un momento, la criatura se quedó inmóvil, pero luego rodó hábilmente para alejarse. Lanzó una espesa

bola de ácido contra el punto de contacto de la vela con el suelo mientras cerraba las mandíbulas alrededor de la conexión con la barandilla.

El barril metálico que había en el suelo se disolvió en un instante. El ácido se adentró más en el suelo, dejando al descubierto una maraña de tubos que se movían como gusanos, retrocediendo ante el ácido como si estuvieran vivos. El alienígena volvió a levantar la cabeza. La conexión con la barandilla había desaparecido. La vela se agitó y luego colgó flácida. Esto pareció provocar una cascada. Los interruptores volvieron a su posición inicial. Los últimos destellos ya no alcanzaron sus objetivos y se extinguieron en el aire. Las velas se endurecieron; la vida se escurrió del pasillo como si nunca hubiera infectado las estructuras interiores. Sí, había sido un contagio, comprendió Marchenko en ese momento. La vida era una enfermedad que afectaba a la materia y provocaba una reducción antinatural de la entropía. El universo no estaba hecho para la vida, sino para la muerte, ese era su modo predeterminado, y razón de más para que ellos, como seres vivos, se regocijaran por cada segundo que podían arrebatarle al cosmos muerto.

El pasillo se alejaba de nuevo horizontalmente de la sala. Marchenko abrazó a Gronolf, su amigo, y la extraña criatura de cabeza alargada volvió hacia ellos y se sentó sobre su cola a unos pasos de distancia.

Marchenko se separó de su amigo y se acercó a ella. Acarició con cuidado la cabeza del alienígena.

—Lo has hecho muy bien.

El alienígena asintió. Marchenko se retiró de nuevo. Por un momento tuvo la sensación de que le había entendido, pero luego se fijó en los ojos negros y vacíos que miraban a la distancia. Esta criatura tenía problemas completamente diferentes a los de Gronolf o a los suyos.



5/Nocheoscura/4076, GJ 1061 d

—¡Ahí estás!

Murnaka cayó en sus brazos táctiles. Gronolf se sintió un poco avergonzado porque Ragnor también estaba mirando. Las muestras públicas de emoción eran tolerables entre los humanos, pero no tanto entre los Grosnops.

El alienígena que los había estado guiando todo el tiempo rascó el suelo con la cola. Era un sonido desagradable, como un diente de carroña estirando su aleta puntiaguda. Gronolf miró a su alrededor y se puso en modo de combate, ya que los parientes del alienígena se estaban acercando.

—¿Podrías mantener a tus amigos a cierta distancia? —preguntó Marchenko, quien parecía pensar que la criatura de cabeza alargada le entendía. ¿Cómo la había llamado Eva? Peech. De hecho, los otros alienígenas se detuvieron de repente. Solo podía ser una coincidencia.

—¿Habéis encontrado algo? —preguntó la Omnisciencia.

—Sí. Una sala llena de descargas eléctricas —dijo Gronolf—. Marchenko la activó por error y nuestro amigo lo detuvo.

—No fue exactamente así —dijo Marchenko, quien ahora dio su versión de los hechos, incluyendo el encuentro con Adán y Eva.

—Totalmente inverosímil —comentó la Omnisciencia—. Llevamos tanto tiempo viajando y, de todas las cosas, cuando llegamos aquí,

nos encontramos con los únicos habitantes inteligentes de este planeta.

—Tengo que discrepar contigo en dos cosas. Estos seres parecen tener una inteligencia considerable y, en cuanto a la verosimilitud, Cosima...

—Un momento. No digo que no lo fueran. Pero si leyeras esta historia en una novela...

—Ya basta. Puedo calcular exactamente cuánto tiempo tardó el Messenger en llegar aquí desde la Tierra. Nosotros fuimos mucho más rápidos con el Draght y casi los alcanzamos. Y el hecho de que Adán y Eva estén interesados en la misma gran estructura que nosotros...

—¿Dónde están?

—Los envié afuera a pedir ayuda —dijo Gronolf. Ya no le parecía necesario, pero probablemente estaban más seguros afuera que aquí.

—Me gustaría echar un vistazo a la sala en el que estabais —dijo la Omnisciencia—. Porque tengo mis sospechas sobre lo que es.



La sala estaba en completo silencio frente a ellos. Marchenko les explicó la estructura básica. La Omnisciencia no esperó a que terminara y simplemente bajó.

—¡Cosima, espera! —Gronolf la siguió.

Pasaron junto a una de las velas y Cosima tocó el material. Se produjo una leve chispa.

Ella hizo una mueca y se rio.

—Hace cosquillas.

—Antes te habría matado.

Llegaron a la barandilla donde colgaban la mayoría de las velas. La Omnisciencia subió al rellano y lo recorrió hasta el extremo opuesto de la sala. Allí, Cosima se volvió de nuevo. Su rostro parecía satisfecho, a pesar de que no habían conseguido nada. Gronolf hizo un gesto a los demás. Al parecer, eso era todo. Podían dar media

vuelta. Marchenko estaría satisfecho: había salvado a otro hermano. Este planeta no era adecuado para los Grosnops ni por asomo: era demasiado seco y frío.

—Necesito un analizador —dijo la Omnisciencia.

Ragnor se acercó.

—¿Tienes un analizador? —preguntó Gronolf con escepticismo, ya que no recordaba haberle pedido a Ragnor que llevara uno. Las cosas eran pesadas y difíciles de manejar.

Ragnor se dio una palmada en el estómago con aprobación. Se arrodilló, dejó la mochila en el suelo y sacó el voluminoso dispositivo que apenas dejaba espacio para nada más.

—Gracias, Ragnor. —La Omnisciencia pulsó unos botones y el analizador extendió un brillante cable plateado. Cosima lo conectó a la barandilla donde terminaban las velas.

El dispositivo encendió casi todas sus luces. Parecía contento con su trabajo y emitía pitidos alegres.

—¿Tienes conexión? —preguntó Marchenko.

—Sí, ¿por qué no? —respondió Cosima.

—¿Porque es tecnología alienígena?

—No es tan alienígena como crees, Marchenko. El núcleo de materia oscura del Dragh también está suspendido en unas barandillas similares y conectado a la nave a través de ellas. Así es como obtengo toda la información sobre el estado del núcleo.

A Gronolf le daba vueltas la cabeza. ¡Era increíble! ¿Su Dragh y esta antigua estructura compartían tecnología? Pero ¿por qué le sorprendía tanto? Al fin y al cabo, el núcleo propulsor del Dragh tenía miles de años. Pero eso significaba que estaban en una nave de los Constructores. ¡La Omnisciencia estaba en lo cierto!

—¿Qué te dice el análisis? —preguntó Marchenko.

—Yo... espera. Eso es... tengo que...

Cosima se subió la manga izquierda de la blusa. Metió la mano en la articulación del codo y giró los dedos. Luego, sacó un cable. Gronolf se fijó en que Marchenko se apartaba. La Omnisciencia conectó el cable al analizador. Cosima frunció el ceño. Al momento siguiente, abrió tanto los ojos que se le veía el blanco. Lentamente, se tambaleó hacia atrás. Ragnor la sujetó. También quiso cortar la

conexión al analizador con un brazo táctil, pero Marchenko se lo impidió.

Gronolf abrió y cerró los pliegues de su estómago. Lo que estaba haciendo la Omnisciencia no parecía nada saludable. Sin ella, se quedarían atrapados allí con el Draght para siempre. Sin embargo, tenía una obligación con todos los Grosnops. Hizo contacto visual con Ragnor. Si Gronolf ponía los ojos en blanco, Ragnor cortaría el cable, sin importar lo que pensara Marchenko. La misión del Draght iba más allá del interés científico terrestre.

Entonces Cosima volvió a abrir los ojos. Miró a su alrededor como si todo fuera nuevo para ella.

—Eh, ¿estás bien? —preguntó Gronolf.

—Sí, estoy bien.

Se relajó.

—Eso ha sido... genial —dijo la Omnisciencia—. Ya sé dónde estamos. —Cosima dio unos golpecitos al dispositivo—. ¡Lo sabía! Cuando Marchenko me habló de esta sala, ¡me sonó muchísimo a un cerebro!

¿Un cerebro? Gronolf miró a su alrededor con sus cuatro ojos. Si eso era un cerebro, la criatura a la que pertenecía tenía que ser enorme. Gigantesca.

—¿Crees que...? —comenzó Marchenko.

—No lo creo. Lo sé. Este es uno de los Constructores. Estamos en medio de él.

¿Un Constructor? ¿Se suponía que toda la nave representaba a un solo ser? Pero tenía sentido. Los pasillos llenos de líquido, los extraños órganos... Cuando esta criatura aún estaba viva, debía de haber rayos constantes aquí.

—¡Lo hemos visto pensar! —exclamó Marchenko.

—Probablemente fue un impulso aleatorio —dijo Cosima—. El Constructor lleva mucho tiempo muerto. Todos los recuerdos se han desintegrado de una forma extraña. Estoy intentando sacar todo lo que queda, pero no sé cuánto habrá. —vaciló—. Esperad un momento. Estoy captando señales de la salida. Descargas energéticas. Algo no va bien.

Adán y Eva. Los había enviado a ambos en dirección a la salida. Al parecer, estaban en problemas.

—Los hermanos —dijo Gronolf—. Tengo que llegar hasta ellos. ¡Rápido!

—Yo... voy contigo. —Marchenko parecía visiblemente angustiado. El explorador que llevaba dentro luchaba con el padre.

—Bien, te llevaré a cuestas. Así iremos más rápido.

—Intentaré indicaros el camino desde aquí. —La Omnisciencia señaló un pasillo que se iluminó de repente—. Muchos de los sistemas del Constructor siguen funcionando. Incluso hay energía residual.



GJ 1061 d

La nave espacial parecía un montón de chatarra. Adán tenía razón. Estaba apoyada sobre un armazón que apenas podía sostenerla. Los puntales metálicos se habían hundido tanto que Eva se preguntó si podrían soportar su peso. El Messenger, en cambio, había sido precioso, tan elegante, una esfera perfecta con todo en su sitio.

Había sido doloroso ver cómo Chenko la cortaba por la mitad para hacer dos cabañas para ellos. Probablemente nunca volverían a verlas. ¿Quién lo hubiera pensado? Ella solo quería encontrar a su hermano, que ahora cojeaba a su lado.

Llegaron a la sombra de la extraña nave. Eva se mordió el labio inferior. Seguía escéptica de que el plan de Adán funcionara.

Nadie cierra su nave en una situación como esta, había afirmado él. *Sería un riesgo para la seguridad si fuera necesario un lanzamiento de emergencia*.

Eva miró hacia la nave. Una estrecha escalera metálica conducía a una puerta: una puerta cerrada.

Adán debió de notar la expresión de su rostro. Se limitó a reírse.

—Pronto verás que tengo razón.

Gruñendo, subió las escaleras. La distancia entre los peldaños probablemente se había adaptado a las patas más largas de las ranas. Su hermano llegó a la puerta y tiró de ella.

Permaneció cerrada. Eva se dio la vuelta. Lo sabía. Había sido un plan estúpido desde el principio.

—¡Oye, puedo hacerlo! —gritó Adán, si ella lo había leído correctamente desde la distancia.

Eva suspiró y lo observó. Él examinó la puerta. Con las herramientas de su bolsa, intentó encontrar aberturas donde pudiera colocar una palanca. Pero no había nada. Probablemente, la esclusa de aire debía abrirse por radio, o la puerta reconocía automáticamente a quién permitía entrar. Adán no descansaría hasta estar completamente agotado, e incluso entonces, la bombardearía con ideas. Se volvió hacia ella.

—De todos modos, no funcionará —se resignó Eva—. La nave en órbita nunca nos cederá el control voluntariamente.

—Si no, usaremos esta. Seguro que hay personas en sueño profundo. ¡Ya has visto a la mujer! Era joven. No pudo haber completado el viaje interestelar despierta.

Esa era su idea. Se congelarían y llegarían a la Tierra en unos cientos de años, bien descansados. La Tierra... Adán pensaba que tenían derecho a ella. Eva no estaba tan segura. Solo existía porque había habido esa misión a GJ 1061. El Creador los había diseñado para ello. Había fortalecido sus músculos para que pudieran soportar la alta gravedad. Adán volvió a subir las escaleras:

—¿Qué es eso de ahí? —preguntó desde arriba.

La mirada de Eva siguió los dedos de su hermano. Encontró unas rocas apiladas unas encima de otras. Algo brillaba a través de un hueco. Adán parecía tener ojos de dragón. Eva apartó dos rocas grandes. Debajo había una herramienta alargada. Era ancha por un lado y por el otro era solo un tubo más largo que un brazo. La cogió y se la enseñó a Adán.

—No sé qué es.

—Es un arma —le explicó Adán, volviendo junto a ella—. Vi algo parecido en una película antigua de la Tierra.

—Todo es un arma. Mis uñas son un arma, decía Chenko a veces.

Chenko. Eva miró los restos brillantes que tenía delante y suspiró.

—Es un arma de verdad —aseveró Adán—. Si la trajeron los alienígenas, apuesto a que puede hacer algo más que las armas que tenían los humanos en la película antigua.

—¿Qué podría hacer?

—Agujeros. Si la sostienes así —Adán le quitó el arma—, y luego tiras de esta palanca, harían un agujero en cualquier cosa.

Se oyó un crujido. Adán había movido la única palanca. Un estruendo retumbó en la tubería, que ella sintió en lo más profundo de su estómago. El polvo se esparció por todas partes. Apareció una depresión en el duro suelo frente a ellos.

—¡Vaya! —exclamó Adán—. Creo que puedo abrir la puerta con eso.

—No sé si es buena idea.

—El pudín se prueba comiéndolo, siempre decía Chenko. ¿Te acuerdas?

Ella le dio un codazo a Adán en el costado. Por supuesto, no había olvidado ni una palabra de lo que Chenko había dicho. Adán corrió hacia la nave aterrizada y volvió a subir las escaleras. En lo alto, examinó la puerta. Marcó un punto con un lápiz, se colocó delante y apuntó con el cañón del arma. Luego, alcanzó la palanca y tiró de ella.

El ruido resonó por todo el valle. Eva se dio cuenta porque volvió y le golpeó de nuevo en el estómago. Adán abrió la boca mientras caía de espaldas por las escaleras. Eva se asustó y corrió hacia él, pero cuando llegó, ya se estaba sacudiendo el polvo de la ropa.

—Has tenido mucha suerte —dijo ella. También había sobrevivido a la caída desde la pared de la fisura. ¿Cómo lo había hecho?

—Esa estúpida cosa me empujó —dijo Adán, tirando el arma al suelo. Hizo una mueca de dolor al enderezarse. Después de todo, debía de tener algunos moratones.

Ella recogió el arma y la examinó. No había nada allí que pudiera empujar a nadie. Pensó en la depresión del suelo. Transferencia de impulso, por supuesto. Adán solo había sentido la fuerza opuesta.

—Lo que te empujó fue la conservación del impulso —le explicó ella.

—No me importa.

—Ni siquiera tiene un rasguño.

Eva recordó el aterrizaje del Messenger. Su casco se había calentado hasta alcanzar los 1500 grados.

—Esta cosa tiene que sobrevivir a un aterrizaje. Probablemente esté construida para ser resistente.

—Tampoco me importa eso. Al final lo abriré. —Adán corrió de nuevo hacia las escaleras y las subió. Llegó a la puerta y tiró de ella, pero no pasó nada.



Una columna de polvo se vio en el horizonte. Estaba en la misma dirección que la enorme nave espacial.

—¿Adán? Creo que vienen los demás.

—Mierda. Necesito unos minutos más.

Habían desmontado el arma en sus partes individuales. Encontraron unas extrañas bobinas en una pequeña cámara. Se utilizaba una bobina por cada disparo. Lo habían determinado contando. El resto del cálculo era sencillo: el máximo efecto se podía conseguir utilizando todas las bobinas a la vez.

El arma no estaba diseñada para eso. La idea de Adán era quitar el revestimiento de las bobinas y pegarlas contra la puerta. Con la última de las veintiséis, quería disparar el arma contra ella, con la esperanza de activar todas las bobinas al mismo tiempo. Eva tenía que admitir que era un plan viable. Sin embargo, había dejado la ejecución en manos de Adán. Seguía sin creer que fuera inteligente dañar la puerta de la nave espacial que se suponía que los sacaría de allí.

—Creo que ya casi llegan.

Los perseguidores se acercaban muy rápido. No los habían visto así dentro de la nave espacial. Un humano no podía correr tan rápido, así que tenía que ser al menos una de las ranas que se acercaban. Adán terminó su trabajo en la puerta y bajó las escaleras.

—¡Rápido, dame el arma!

Eva dudó. Veinticinco cargas estallarían justo fuera de la puerta de la esclusa. ¿Y si eso volcaba la nave? El tren de aterrizaje ya no inspiraba mucha confianza.

—No es buena idea —dijo ella, agarrando el arma con fuerza.

—¡Eva, no tienes ni idea! ¿No quieres volver a la Tierra? ¡Es nuestra única oportunidad!

—Pero quizá nos lleven ellos. ¡Incluso hablan nuestro idioma! Y si destruimos la nave, nos quedaremos aquí atrapados.

Adán tiró del arma, pero ella la sujetó con fuerza. Habían luchado físicamente muchas veces, así que sabía que Adán no era más fuerte que ella.

—¿Crees que han volado desde la Tierra hasta aquí en esta cascarilla? —preguntó Adán señalando la nave. Eva aprovechó la oportunidad y acercó el arma hacia sí hasta casi abrazarla—. ¡No es la única nave que tienen! Si es necesario, enviarán otra.

Probablemente tenía razón. Sin embargo, destruir la nave no era la solución. Tenía que haber otra manera. Ella tiró del arma hacia sí y dio una patada a Adán. Él finalmente la soltó. Ahora la decisión estaba en sus manos, y justo en el momento adecuado, porque el alienígena rana se abalanzaba sobre ellos.

Eva se dio la vuelta y lo amenazó con el arma.

—¡Alto!

La rana utilizó sus fuertes brazos inferiores para frenar. Luego, dejó a un humano delante de él. ¿Era este el Marchenko del que había hablado cuando se encontraron en la cueva? También recordaba el nombre de la rana. Se había presentado como Gronolf.

—Has vuelto a encontrar a tu Marchenko, Gronolf —dijo ella. Luego, recordó que el alienígena no podía entenderla.

El humano dio un paso adelante.

—¡Alto! —gritó ella—. ¡No te acerques más!

El humano obedeció. Ella buscó en su rostro algún parecido con Chenko, pero no encontró nada. Era un hombre viejo y débil que luchaba por mantenerse en pie con la alta gravedad. Chenko había sido invencible y el más fuerte de todos ellos. Su padre.

—Diles que abran la puerta de la esclusa —exigió Adán.

—Ya le habéis oído. —Eva agitó la pistola y Gronolf se estremeció —. Quieto ahí. Hay veinticinco cargas explosivas conectadas a la puerta. Supongo que un solo disparo las activará. Marchenko, tradúcelo. Sé que no puede leer mis labios.

—Veinticinco cargas explosivas en la puerta. Eso nos hará pedazos a todos —dijo Marchenko—. A Adán primero. ¿Verdad, Gronolf?

La rana se dio una palmada en el estómago. La cabeza le daba vueltas. Otra nube de polvo había aparecido en el horizonte. Estaban recibiendo refuerzos. El tiempo se agotaba.

—Entonces ábrenos la puerta y larguémonos. —Eva mantuvo el arma apuntando a la puerta. Los demás no podían saber que no iba a tirar de la palanca. Adán era demasiado importante para ella como para hacer algo así. Era lo único que le quedaba.

Marchenko negó con la cabeza.

—No llegaréis muy lejos con la nave.

—Tenemos tiempo —dijo Adán—. Y tenemos derecho a volar a casa.

—Lo sé —dijo Marchenko, acercándose. Eva agitó la pistola y apuntó hacia él—. Yo mismo volé una vez por el espacio con una Eva y un Adán en una nave Messenger. No lo elegí, pero eran mis hijos. Habría dado mi vida por ellos, como vuestro Chenko.

Adán se encogió de hombros.

—Entonces danos esta nave. Es un precio muy pequeño en comparación con tu vida.

—No os servirá de nada. El transbordador no tiene celdas de hibernación. Envejeceréis a bordo y acabaréis muriendo sin haber visto la Tierra. Si venís conmigo, tendréis una oportunidad real.

Eva dudó. Si la nave espacial que tenían delante solo estaba destinada a volar desde la órbita hasta el planeta, no necesitaba instalaciones para el sueño profundo. Entonces, la amenaza de Marchenko se haría realidad. Eva no quería pasar el resto de su vida en una nave tan pequeña. Prefería quedarse aquí.

—Eva. Están mintiendo. Es un truco. —Adán se acercó de nuevo. Iba a por la pistola. Se lo notaba en la cara. Eva lo miró a los ojos y

él apartó la cabeza. Ella sonrió. Veinte años le habían enseñado un par de cosas sobre su hermano.

—Espera. —Marchenko se volvió hacia Gronolf—. ¿Puedes abrirles? Quiero que vean por sí mismos que no estoy mintiendo.

La rana dijo algo. Eva lo reconoció por el pliegue de su estómago, aunque no lo entendió. Probablemente era algo así como «¿Estás seguro?» Gronolf giró la cabeza aún más rápido. Señaló la puerta. Probablemente se imaginaba que desaparecían tras ella y se marchaban.

—Confío en ellos. Son Adán y Eva.

Llegaron otras dos ranas. Peech las seguía. El alienígena debió de fijarse en Eva, porque se acercó a ella y la saludó levantando la cabeza.

—No son tus hijos, Marchenko. —El segundo humano se había colocado junto a Marchenko.

—Lo sé. Pero son buenas personas, estoy seguro. Al fin y al cabo, yo mismo los crie.

Lo dijo con buena intención, pero era mentira. Chenko los había criado, no este humano.

—Aun así, Marchenko —dijo la mujer—. Tú y los demás habéis estado separados durante mucho tiempo. No sois más ni menos parecidos que nosotros dos.

¿Qué quería decir con eso? Marchenko y los demás... ¿había más? Sin duda habría mucho que contar.

Eva percibió un movimiento en el rabillo del ojo. Provenía de la nave. La puerta de la esclusa se había abierto. Gronolf dijo algo. Probablemente la rana tenía el control.

—Iré a ver —dijo Adán.

Eva lo observó mientras subía las escaleras de nuevo. Su hermano era persistente. La puerta permaneció abierta después de que él entrara. Ella sopesó el arma en su mano. El alienígena la miró con curiosidad. Quizás Peech tenía apetito por el metal. El ácido que podía expulsar debía tener algún propósito biológico.

Ahora Peech levantó la cabeza. Siguió su mirada y vio a Adán. Su hermano estaba al pie de la escalera. Como no había barandilla, se agarraba al marco de la puerta. Eva se concentró en su rostro.

—Nos has mentido —dijo él—. Hay dos cámaras de hibernación a bordo.

Eva frunció el ceño y miró a Marchenko.

—Nos has mentido. Chenko nunca habría hecho eso.

—Yo no sabía nada. Tienes que creerme.

—Él no lo sabía —dijo la mujer.

—Fingió saberlo. —Eva negó con la cabeza—. Eso es lo mismo que mentir. —Se puso de pie. Marchenko y Gronolf intentaron seguirla, pero ella les apuntó con la pistola—. Quedaos aquí.

Obedecieron. Eva se volvió brevemente hacia Adán, pero ya había desaparecido en la nave. Probablemente se estaba preparando para despegar. ¿Tenían alguna oportunidad? ¿Podrían pilotar una nave alienígena? Adán parecía creer que sí, así que al menos tenía que darle la oportunidad de demostrarlo.

Utilizó la pistola para mantener a los demás a distancia mientras se acercaba a la nave marcha atrás. Peech la siguió. Probablemente, el alienígena se había obsesionado con ella. Las escaleras iban a ser un problema. ¿Cómo iba a apuntar a sus perseguidores y subir los altos escalones al mismo tiempo? Pronto llegaría a la nave. Sintió el metal duro del primer escalón en la parte posterior de las rodillas.

Eva sostuvo el arma frente a ella. Necesitaba un poco de distancia. Buscó detrás con una mano. Ahí estaba el escalón. Era asequible. Se giró brevemente. En ese mismo instante, el arma se volvió pesada. Dio media vuelta. Peech había cerrado las mandíbulas alrededor de la parte inferior del arma. ¡Ese pequeño traidor! El ácido goteaba al suelo. Tuvo que soltarla. Gronolf saltó en su dirección.

—¡Escúpelo! —gritó ella, y aunque no se oyó nada, Peech volvió a abrir las mandíbulas y soltó el arma.

No quedaba nada de la parte inferior. El alienígena se limpió el largo mentón con una mano, mirándola desde abajo, y Eva casi creyó reconocer un atisbo de gratitud en su mirada. Entonces fue arrebatada por la gran rana. Aterrizó en los brazos de Marchenko y desde allí vio cómo Gronolf subía con celeridad las escaleras y entraba por la puerta abierta en el transbordador.



6/Nocheoscura/4076, Majestic Draght

Esta vez, Marchenko entró en la terraza sin dudarlo. Sabía que había una pared transparente en el exterior. Así que caminó a través de la oscuridad hasta que se topó con el límite.

—Ah, ahí estáis todos —dijo la Omnisciencia que aún estaba dentro del cuerpo de Cosima. ¿Cuánto tiempo duraría? Marchenko tenía la sensación de que estaban compitiendo para ver quién aguantaba más tiempo en un cuerpo humano. Sin embargo, desde su punto de vista, Cosima estaba haciendo trampa. Había visto cómo había hecho aparecer, como por arte de magia, un cable de datos desde la articulación del codo en la estructura de GJ 1061 d. Presumiblemente, este cuerpo también tenía un procesador adicional y estaba conectado directamente a una memoria de respaldo.

Incluso le había preguntado a Cosima al respecto, pero ella solo había sonreído misteriosamente y había dicho algo que todavía le hacía reír: *Una dama no revela sus secretos*.

—Gracias a todos por estar aquí —dijo ahora la Omnisciencia. Marchenko reconoció a Gronolf y Murnaka, así como a dos Grosnops del cuartel general cuyos nombres había olvidado. Adán, Eva y su mascota seguían bajo observación; no se les permitía moverse libremente por la nave. Marchenko se había opuesto a tales restricciones, pero finalmente había tenido que ceder ante la Omnisciencia.

—Quiero mostraros algo.

La Omnisciencia hizo un gesto con la mano derecha y el Draght abandonó la órbita de GJ 1061 d. O no. Marchenko pudo ver que no era la nave de los Grosnops. El planeta también había cambiado: la fisura ya no existía. ¿O *aún* no existía? Porque la nave en la que viajaban era mucho, mucho más grande que el Draght.

—Estamos viajando en un Constructor —explicó Cosima, mientras el sistema GJ-1061 se alejaba rápidamente detrás de ellos. Aceleraban. Las estrellas pasaban a toda velocidad a su lado.

—¿De verdad iban tan rápido? —preguntó Gronolf.

—Buena pregunta. Al menos, eso les parecía a ellos —respondió la Omnisciencia—. Así es como lo he interpretado a partir de sus recuerdos. Pero probablemente debería haber ajustado estas ideas a su percepción del tiempo. Siendo realistas, estos gigantes debían de ir mucho más lentos que nuestra nave. Pero como el tiempo transcurría de forma diferente para ellos, les parecía mucho más rápido.

Las estrellas ya se desplazaban notablemente más lentas por el espacio.

—Ya no queda mucho.

Marchenko observó un sistema doble de dos estrellas similares al Sol, de tipo G. ¿Cuál podría ser? Las dos estrellas estaban inusualmente separadas.

—Lo que veis ahí es Zeta Reticuli. Los dos soles están separados por una distancia media de 3.750 unidades astronómicas y tardan 170 000 años en orbitar alrededor del centro de gravedad común. Nuestro viaje nos lleva a Zeta Reticuli B.

El viaje virtual siguió ralentizándose. Marchenko pronto pudo ver por su movimiento que Zeta Reticuli B no estaba solo, sino que estaba orbitado por un planeta. Debía de ser enorme, y pronto la imagen también se acercó a este cuerpo celeste.

—Este es Zeta Reticuli B e, el cuarto planeta de este sistema. Es un gigante gaseoso que casi se convirtió en una enana marrón. Su nombre oficial es Calpamos.

—El planeta está claramente fuera de la zona habitable —observó Gronolf—. ¿Qué queremos allí?

—No es el planeta lo que nos interesa, sino la luna, desde un punto de vista astronómico, Zeta Reticuli B e II.

—La segunda luna del cuarto planeta de la segunda estrella —tradujo Marchenko.

—Exacto. Esta luna se mueve en una órbita relativamente cercana al planeta gigante. Calentada por el acoplamiento de marea, la luna es capaz de mantener una atmósfera densa.

—Todo eso está muy bien, pero ¿hay algún indicio de agua?

—¿Por qué lo preguntas, Gronolf? —preguntó Cosima, ladeando la cabeza. Marchenko comprendió de inmediato que ella intentaba distraerlo.

—Es obvio: nos estás mostrando este sistema como posible destino para nuestro próximo viaje, ¿no? Yo también tengo voz y voto en eso. Los Grosnops necesitan desesperadamente un segundo hogar.

—Bueno, la atmósfera contiene vapor de agua, eso está claro.

—¿Por qué evitas mi pregunta, Omnisciencia?

—Está bien. Admito que me gustaría visitar esa luna. Al fin y al cabo, es de donde proviene el espécimen del Constructor que encontramos en GJ 1061 d. No pude rastrear sus recuerdos más allá.

La Omnisciencia estaba buscando a quienes la habían separado de sus hermanos. Marchenko podía entender este motivo.

—Pero mi teoría es que estos alienígenas con cabezas cuadradas también provienen de la luna en cuestión. Sospecho que la habitan. Algunos especímenes deben de haber invadido al Constructor y se reprodujeron en su interior. Esto podría haber provocado que el Constructor acabara estrellándose y muriendo en GJ 1061 d.

—¿Quieres decir que Peech y sus hermanos son una especie de parásitos? —preguntó Marchenko.

—Quizá no intencionadamente. No podían saber que el Constructor los llevaría al espacio. Simplemente continuaron su existencia allí y, como efecto secundario, mataron lentamente a su huésped.

—¿Y propones que subamos a bordo a uno de esos seres? —Gronolf levantó sus brazos táctiles de forma amenazante—. ¿Cómo

lo llaman los jóvenes humanos?

—Peech —respondió Marchenko, restándole importancia—. Intenté convencerles de que no lo hicieran.

—Es un espécimen único —explicó Cosima—. ¿Cómo se va a reproducir? Además, espero que nos sea útil cuando lleguemos a la Luna. Podría interceder por nosotros allí.

—Por desgracia, no habla —dijo Marchenko.

—No te dejes engañar —dijo la Omnisciencia, negando con la cabeza—. He observado en varias ocasiones cómo entendía perfectamente a Eva.

—Pero Eva ni siquiera habla —objetó Gronolf.

—No con el lenguaje humano, pero sí con gestos y expresiones faciales. Peech parece tener una antena especial para eso.

—Todo eso está muy bien, pero después de que GJ 1061 d estuviera tan seco, un mundo oceánico es sin duda el siguiente en la lista. Y preferiblemente uno deshabitado, si tu teoría es correcta, Zeta Reticuli B e II está habitada por estos alienígenas. Soy el representante principal de los Grosnops en esta nave.

Marchenko entendía a Gronolf. Tantos recién nacidos morían en cada Draght. Ellos mismos habían presenciado la ceremonia una vez. Era... una brutalidad medieval. La sociedad de Sol binario había evolucionado, pero si se hubiera permitido sobrevivir a todos los descendientes, el planeta se habría visto desbordado hacía mucho tiempo. Esa era la única razón por la que mantenían rituales tan antiguos y crueles. Su Eva había rescatado en secreto a un recién nacido en aquella época: Ragnor, quien ahora ocupaba un puesto importante en la nave. De alguna manera, la Eva de aquí le recordaba a su hija, que se había quedado en la Tierra. Ella también había rescatado a Peech, que era una forma de vida... inusual. Por eso le entristecía aún más tener que hablar con ella sobre el tema más tarde.

—Me gustaría señalar que Zeta Reticuli está a doce años luz menos de nuestra posición actual que de la Tierra. Ahorraremos casi treinta años de viaje.

La Omnisciencia alejó la imagen del sistema para que se pudieran ver tanto GJ 1061 d como Zeta Reticuli B.

Gronolf dio unos pasos hacia un lado. Sacó de la pantalla algunas estrellas que se encontraban a mitad de camino de Zeta Reticuli. De inmediato aparecieron en el aire pequeños paneles que describían las peculiaridades de cada sistema.

—Ja, este es probablemente un mundo oceánico —leyó Gronolf.

—Déjame echar un vistazo —dijo la Omnisciencia—. Hmm, L127-97. Sí, pero tiene más de cinco masas terrestres.

—Eso no sería un criterio de exclusión. Los Grosnops somos fuertes y sin duda podríamos adaptarnos.

—Bien, entonces daremos un pequeño rodeo por allí. Solo es un desvío de cinco años luz. —La Omnisciencia parecía mosqueada. Pero al menos no se opuso—. Pero no tendré ninguna queja si realmente solo hay agua allí.



Marchenko avanzó por los pasillos del Majestic Draght. Casi todos los rincones le resultaban familiares. Al principio, la nave le había asustado. Adán y Eva debían de haber sentido lo mismo. Debía tenerlo en cuenta.

—Alto —le sacó de sus pensamientos un Grosnop uniformado. Todos los soldados a bordo le hablaban en su idioma. Era normal. Podía considerarse afortunado, de lo contrario no habría entendido nada: el oído humano no podía oír los ultrasonidos. Tenía que intentar transmitir a los hijos de Chenko esta sensación de ser realmente bienvenidos allí.

Marchenko se ajustó la mochila.

—Soy Marchenko, tengo permiso para estar en este pasillo.

—Por supuesto. —El Grosnop se hizo a un lado. Probablemente solo se había interpuesto por cortesía. Los Grosnops eran así. No querían que se sintiera ignorado. Llegó a la cabina de los hermanos y pulsó el timbre.

Poco después, el botón respondió con una vibración. Fue Eva quien le invitó a entrar. Un artesano Grosnop había instalado ese

dispositivo el día anterior. En el interior, parpadeaban unas luces de colores que se apagaron cuando él entró.

Eva estaba tumbada en una especie de sofá. Tenía un puntero láser en la mano y lo utilizaba para dirigir a Peech por la habitación. Eva escribió algo en la tableta y se la acercó. Marchenko no era tan bueno leyendo los labios como Adán.

¡Tiene mucha energía!, decía.

Él se limitó a asentir. Eva ya había pedido varias veces que se permitiera a Peech moverse libremente por la nave. Pero la apertura hacia otras formas de vida no se extendía a los extraterrestres. Simplemente parecían demasiado diferentes como para acogerlos de todo corazón. Y luego estaba la teoría de la Omnisciencia, que consideraba a Peech y a sus compañeros extraterrestres como parásitos.

—Yo defiendo a Peech —dijo Marchenko lo más claramente posible.

—No es suficiente —escribió Eva.

—¿Dónde está Adán?

Ella se encogió de hombros.

—Quería hablar contigo sobre el próximo destino del vuelo.

—Ajá.

Marchenko suspiró. No se lo estaban poniendo fácil. Recordó la mochila y la abrió.

—Te he traído algo.

Metió la mano dentro. El metal era liso y cálido al tacto. Pesaba menos de lo que esperaba. Colocó la pierna izquierda sobre la mesa y luego la derecha.

—Gronolf lo tenía bien guardado. Pensé que te interesaría.

Eva se arrodilló frente a la mesa. Luego, se desplomó sobre sus piernas y rompió a llorar. Él le puso la mano en el hombro, pero ella se la quitó de un tirón. Él la entendía. A Marchenko le hubiera encantado llorar con ella. No porque echara de menos a Chenko como echaba de menos a Eva, sino porque ella se parecía mucho a Eva, y él nunca había podido ver triste a su hija.

Pero tuvo que contenerse. Al fin y al cabo, no era su padre sino un desconocido. Y ni siquiera podía llevarla a casa. Al menos, no de

inmediato. Primero tendrían que vivir algunas aventuras más con él.

Eva se levantó y volvió a sentarse. Se secó la cara con un paño.

—¿A dónde volamos? —escribió en el bloc.

—L 127-97.

Frunció el ceño, tal y como habría hecho Eva. Marchenko buscó una descripción del sistema de abordo. Era una enana M orbitada por un único planeta.

—Oh, va a ser difícil caminar por ahí. —Eva pulsó la cifra de la masa en la lista.

—Podríamos dejaros en sueño profundo —ofreció Marchenko—. Hasta llegar a la Tierra, si queréis.

—¿Cuánto tiempo tardaríamos? —escribió Eva.

—Quizá doscientos años. No lo sé con exactitud.

—No, queremos que nos despertéis —escribió ella.

—¿Adán también?

Eva asintió:

—Pensaba que íbamos al planeta natal de Peech. Cosima insinuó algo así.

—¿La Omnisciencia ha estado hablando contigo?

Eva señaló un chat en la tableta. Eso era... interesante. Pero no podía prohibirle a la Omnisciencia que lo hiciera.

—Debes tener cuidado. La Omnisciencia no siempre es sincera. Podría intentar utilizaros.

—¿Tú siempre eres sincero? —escribió Eva en la tableta.

No respondió. Entonces pensó en algo que no le gustaría a Eva.

—Hay un problema con Peech.

—¿Peech? —Eva miró a su alrededor. La criatura alienígena se había escondido debajo de la mesa, pero se le veía la cola.

—Es por las cámaras de hibernación —explicó Marchenko—. Solo se han probado en Grosnops y humanos.

—¿Entonces Peech no puede entrar en sueño profundo?

—No lo sé. Podría funcionar, pero también podría matarla.

—Entonces me quedaré despierta con ella.

Marchenko asintió.

—Es tu decisión. Pero envejecerías. Para cuando llegáramos a L127-97, tendrías cincuenta años. Ochenta en el siguiente destino.

Nunca llegarías a conocer la Tierra.

Eva apretó los puños.

—¿No hay otra alternativa? —escribió.

—Alguien de la tripulación podría vigilar a Peech mientras duermes. Siempre hay alguien despierto. Los Grosnops hacen turnos.

—Eso es imposible. Entonces la dejaría sola durante mucho tiempo.

—O podríamos congelarla como al resto de nosotros. Con el riesgo de que no vuelva a despertarse.

Eva cruzó los brazos delante del estómago y miró al techo. Marchenko le dio el tiempo que necesitaba. Finalmente, cogió la tableta.

—Gracias por ser tan sincero. Podrías haber congelado a Peech y, al no despertar, la habría perdido. Pero no quiero que muera. Peech vino conmigo voluntariamente. Conmigo. Así que es mi deber protegerla. Me quedaré despierta con ella.

—De acuerdo. Es tu decisión. Yo me voy a dormir. Quiero usar este cuerpo un poco más.

—¿Por qué? —escribió Eva—. ¿No sería más práctico un cuerpo como el de Chenko?

—Me recuerda a la Tierra y a mis propios hijos.

—¿Cómo se llamaban? —Eva le mostró la tableta y luego borró la pregunta—. Lo siento —escribió en su lugar—. Ya lo sé.



Al calor de la hoguera

Queridos lectores:

A veces me cuesta creer lo rápido que pasa el tiempo. La primera historia protagonizada por Marchenko, Adán y Eva se publicó en agosto de 2020, ¡hace ya cinco años! En el Ascenso de Próxima el trío se encuentra de camino al sistema Próxima. Pudisteis conocer a Gronolf en el tercer volumen de la trilogía, El Sueño de Próxima. La primera parte de los Archivos de Próxima, Los Hijos de Marchenko se publicó en febrero de 2022, y la última, Hacia la Tierra en diciembre de 2022. Desde entonces, la secuela ha permanecido latente en mi mente. ¿Qué escribí en el epílogo de entonces?

Marchenko está tramando algo. Sin tener que observar las restricciones de la vida biológica, puede moverse mucho más rápido, visitar lugares que ningún humano verá jamás y contar historias que solo son posibles de esta manera. ¡Espero que volváis a embarcaros! La nueva serie, que también constará inicialmente de siete partes, se llamará Los Archivos de Marchenko. Si os suscribís al boletín, seréis de los primeros en enteraros.

No sé si os habéis suscrito al boletín (si no es así, podéis hacerlo en hardsf.space/marchenko). Pero habéis leído este libro, así que ya sabéis de «Archivos del espacio». Espero que hayáis disfrutado de la primera parte tanto como yo. En cualquier caso, los conflictos básicos ya están planteados: los Grosnops buscan un segundo hogar, la Omnisciencia quiere encontrar a los Constructores y Marchenko sigue creyendo que su trabajo es subsanar los errores de Shostakóvich.

¿Estarán siempre de acuerdo las tres partes en los objetivos futuros? Me temo que no. ¿Quién decidirá entonces? Quizás los Grosnops, como propietarios del Dragh, o quizás la Omnisciencia, que lo controla. Marchenko probablemente se encuentre un poco atrapado entre ambos, y espero que encuentre las palabras adecuadas para defender sus intereses. Al menos ya no debe tener en cuenta a Adán y Eva. Al menos no «sus» hijos...

¿Qué papel desempeñarán ambos en el futuro? Yo también tengo curiosidad. Por supuesto, Marchenko encontrará algunos hermanos, en diferentes... estados. Pero ¿querrá Eva volver a viajar al espacio? Al principio de los Archivos, estamos en el año 2302 en la Tierra, y los viajes interestelares ya no son tan utópicos como lo eran doscientos años antes. Por supuesto, los humanos carecen del propulsor de materia oscura del Majestic Draght, pero aún conservan su ingenio. Así que, en principio, nuestro Adán y nuestra Eva también podrían volver a partir. Si lo harán o no, ya lo veremos. Como probablemente sabéis, mis historias se crean a medida que las escribo. Por eso aún no puedo decir si se encontrarán a los Constructores, ni qué papel desempeñarán. Espero que tengáis la paciencia suficiente para seguir la historia hasta el volumen siete.

El plan es publicar un episodio cada dos o tres meses aproximadamente. Entre medias, siempre habrá un volumen único con un escenario completamente diferente; si no os gusta Marchenko y su comitiva, al menos tendréis algo que leer.

Con esto me despido hasta nuestra próxima aventura.

Si te ha gustado El Planeta Rasgado, escribe una breve reseña o dale unas estrellas en Kindle. ¡Eso me ayuda mucho!

hardsf.space/links/5179528

Y si te registras en hardsf.de/marchenko, recibirás un resumen compacto de los siete episodios anteriores en tu buzón de correo electrónico de forma gratuita. Así podrás entender algunas cosas un poco mejor.

Puedes reservar el próximo episodio, El Planeta Helado aquí:

hardsf.space/links/5179607

Con aprecio sincero

Brandon Q. Morris

PD: ¿Ya has devorado una o dos obras de ciencia ficción? Enséñame: dime qué otros nombres populares tiene Zeta Reticuli B e II. El primer correo que envíe a brandon@hardsf.space con el nombre ganará un ejemplar en rústica firmado de su elección.





Extracto: Cinco y Cuarto

CAPÍTULO 1

West end girls – dadabdadab, west end girls – dadabdadab. Too many … ¿qué? ¿Demasiados chalados? John pone cara de asco. Ya podrían los Pet Shop Boys farfullar algo menos cuando cantan- Y ahora va y se mete incluso el moderador en plena canción, y eso que es su banda preferida la que lo acaba de despertar.

—¡Buenos días, queridos oyentes! Estáis escuchando Radio Nostalgia, con los mejores clásicos de los ochenta y ...

Silencia el despertador con un manotazo sobre el gran botón de la parte superior. A estas horas no soporta a la gente alegre, y mucho menos a los que, además, se jactan de serlo.

La pantalla del reloj muestra las 6:32. Dos minutos de más en la cama. Aparta con fuerza la sábana que cae sobre el lado opuesto de la cama, donde cojín y colcha están perfectamente colocados. Optimus insiste en cambiar cada día las sábanas de la cama de matrimonio. A saber, igual podría recibir visita. No es que exista probabilidad alguna de que algo así pueda llegar a suceder, pero resulta prácticamente imposible disuadir a Optimus de algo que ha considerado posible en sus simulaciones. Hace un par de años podría habérselo ordenado; pero desde que a los robots se les reconoció la categoría de seres semiconscientes, ahora resulta que incluso tienen derecho a opinar.

John se incorpora. Apoyar los pies descalzos sobre el suelo le retorna al presente. El suelo de laminado es agradablemente fresco. Hoy se espera otro caluroso día de verano, como los que llevan sufriendo ya toda la última semana. De la cocina le llega el ruido de platos. Se levanta, cruza la puerta y atraviesa el distribuidor. A la izquierda se va a la cocina. La puerta es de cristal opaco a través del que puede distinguir la sombra de Optimus. El robot se mueve de un lado al otro entre el termomat y la mesa de desayuno.

John desliza la puerta para abrirla.

—Tienes aún siete minutos —dice Optimus.

—Buenos días, Opti.

—Buenos días, Johnny; tienes aún siete minutos.

—Ya lo sé.

John entra en el baño para darse una ducha.



Los huevos revueltos están perfectos. Y el jamón vegetariano es delicioso.

—Te ha vuelto a quedar un desayuno excelente —alaba John.

Optimus enrojece artificialmente sus mejillas y hace un gesto quitándole importancia.

—No es mérito mío. Agradéceselo al termomat.

El termomat es el horno automático. Los electrodomésticos no tienen derechos, pero John saluda igualmente hacia la máquina. Es una persona afable, y como suele decirse: *el amor con amor se paga.*

Se lleva la taza a los labios y da un sorbo. El café tiene la temperatura perfecta, aunque le parece algo flojillo. Aún no ha conseguido enseñarle al termomat que no debe preocuparse por el contenido máximo de cafeína prescrito. Deja la taza sobre la mesa. John siempre deja un pequeño resto al final. Es su taza preferida. La eligió por la frase que lleva pintada: «Un Admin no duerme, reordena scripts». Pero en el fondo de la taza, el fabricante no pudo evitar imprimir un Smiley demasiado sonriente, algo que de buena

mañana no le sienta nada bien. Así que deja la taza con el resto de café en el centro de la mesa.

—Debes salir de casa dentro de doce minutos —notifica Optimus.

John asiente.

—Lo sé.

Optimus frunce las cejas, pero no dice nada más. ¿Qué le pasa?

—Pero gracias por recordármelo —añade rápidamente John, y la expresión del robot recupera de nuevo la configuración estándar.



—No te olvides de avisarme con antelación si vuelves a casa con compañía. —Optimus le acompaña cada mañana hasta la puerta, donde entrega a su propietario un pequeño táper con el almuerzo. John corrige sus pensamientos: los seres semiconscientes no tienen propietarios, sino clientes.

—No traeré a nadie conmigo.

—¿No tenías la intención de entablar amistad con Nathalie, de contabilidad?

John suspira. Con Nathalie no tiene ni la más remota posibilidad de éxito. ¿Quién quiere salir con alguien que trabaja en el sótano? Se encoge de hombros.

—Ya veo, no lo tienes aún muy claro —dice Optimus—. ¿Quieres que reserve a las diecinueve horas una cita con el módulo de psicoterapia?

—No, gracias, no es necesario. Me las apaño genial yo solito.

Optimus mueve la cabeza hacia los lados.

—El hombre es un ser social, Johnny. Deberías relacionarte con otras personas. Pero ahora será mejor que te marches, o perderás el metro.

Lo último que llega a ver John de su casa es el embaldosado azul del suelo justo detrás de la puerta principal. Es un color horrendo. Por lo demás, el bloque construido por allá mediado el siglo veinte parece mantenerse en muy buen estado; a fin de cuentas fue rehabilitado de sótano a techo hace solo diez años.



El tren sale exactamente a las 7:53 del andén B. John se sienta. Delante, en el vagón número tres, siempre hay un asiento libre de ventana. Seguramente esté siempre libre, aunque el tren vaya hasta los topes, porque allí vas sentado en sentido contrario a la marcha. O quizá sepa todo el mundo ya que es el asiento preferido de John.

Sonríe. ¡Ni que fuera cierto! Con un toque en el lóbulo de la oreja inicia el reproductor de audio. Los Pet Shop Boys continúan con la canción que interrumpió el moderador a las 6:32 con su estúpida intervención.

El viaje dura diecisiete minutos. Mira a su alrededor acompañado por las notas de «It's a Sin». Reina la tranquilidad. El ruido del metro se traga las pocas palabras que intercambian los demás viajeros entre sí. John intenta leerles los labios. Seguramente no sean más que convenientes expresiones de educado respeto. Solo un chiquillo parece contarle a su madre algo que no tiene fin y ella lo mira ya con expresión de querer estrangularlo, aunque el pequeño no se da cuenta. Dos señoras de avanzada edad se han traído a sus robots y se apoyan en sus hombros mientras cojean con cortos pasos hacia los asientos reservados. Los robots se introducen hábilmente en un compartimento a la altura de la cabeza para no quitarle el sitio a nadie.

John se baja a las ocho y diez en el nuevo centro de la ciudad. Como a muchos otros empleados oficinistas, las escaleras mecánicas lo trasladan hasta el iluminado exterior, donde unos gigantescos tilos ofrecen sombra a la avenida. El reproductor de audio está ahora con «Suburbia», lo cual es muy desacertado. John avanza hasta «Go West» y frunce los labios porque, en efecto, está caminando hacia el Oeste.



Su empresa se encuentra en un complejo de oficinas de nueva construcción. Podría haberse bajado en una parada más cercana,

pero entonces no habría alcanzado la cantidad de pasos que tiene que recorrer a diario. No habría tenido más consecuencias, pero Optimus volvería a mencionárselo durante unos días cada noche, comentando la importancia de cuidar la salud.

El gran reloj del vestíbulo muestra exactamente las ocho y media cuando atraviesa la cruceta de control.

—Bienvenido, John —dice una voz grave—. Hoy tienes —hace una breve pausa— exactamente cero citas.

Sonríe. John no tiene prácticamente nunca citas. Es la ventaja de trabajar en el sótano. Llega hasta el ascensor y pulsa el botón con la flecha hacia abajo. Entonces nota cómo se sonroja. Ese perfume; debe ser Sonia, justo detrás de él. Sonia con i, como ella misma recuerda siempre.

Sonia es simpática. Se gira y ella le obsequia con una sonrisa.

—Bienvenido, John —imita la voz del sistema de control de entrada, y logra acercarse mucho a ese nivel de gravedad—. Hoy tienes —tampoco olvida la consabida pausa— exactamente una cita.

John sonríe a su vez. El ascensor hace «pling» y se abren las puertas. No se baja nadie. La luz de descenso sigue encendida. Lo suyo sería ahora entrar para bajar al sótano. John se obliga a no mirar a la gente a su alrededor, que seguramente estarán frunciendo el entrecejo. Yo no he sido. Yo no he pulsado el botón con la flecha hacia abajo.

«Pling». La flecha hacia abajo se apaga y ahora se enciende el de la flecha hacia arriba. Se oyen algunos suspiros de alivio. John entra entonces junto con los demás en el ascensor.



Reina el silencio. Todo el mundo mira impertérrito hacia delante, hacia la puerta. Sonia se baja en el tercero. Él la sigue como controlado a distancia. Está guapísima en su traje de oficina. Sonia no es una belleza clásica. Sus caderas son algo demasiado anchas, las piernas algo cortas, pero su sonrisa no tiene parangón y eso le facilita hablar con ella.

Lamentablemente tiene novio fijo. La única compañera que reconoce abiertamente seguir soltera es Nathalie de contabilidad. Por ello insiste Optimus en emparejarlo con ella. El robot cree que casan genéticamente a la perfección, después de haber encontrado por casualidad un cabello de Nathalie sobre la chaqueta de John y haberlo sometido a un análisis genético. John no está seguro de que esa historia sea cierta. Pero tampoco se lo ha preguntado.

Llegan a la cocina donde se encuentra la cafetera. Allí hay un termomat en versión industrial, capaz de preparar hasta ochenta bebidas calientes distintas. Tomarse un café aquí con Sonia es una auténtica aventura. Entran. El termomat conoce a ambos desde hace tiempo. ¿Se imaginará lo que viene ahora? Al menos no les ofrece bebida alguna. Sonia y John lo echan a suertes. Primero se da ella la vuelta y él introduce un número entre el 1 y el 99. Luego le toca a ella.

El termomat prepara ambas bebidas al mismo tiempo. John coge el vaso que le corresponde del dispensador y le entrega Sonia la bebida destinada a ella.

—Vamos a ver qué nos ha tocado hoy —dice Sonia, como cada día.

John asiente, sonríe y bebe de su vaso. Es una bebida a base de leche de soja, algo dulce y muy caliente.

—Soja-Latte con coco —intenta adivinar John.

Sonia prueba el suyo a su vez.

—Bebida fría de jengibre y chocolate —apuesta.

Nunca han repetido bebida. John entrecierra los ojos y controla el panel de selección. Marcó el 39.

—Bebida fría de jengibre y chocolate —confirma.

—Almendra-latte y coco —dice Sonia con una inclinación de la cabeza—. Parece que has confundido la leche de soja con la de almendras.

—Mierda. —Hace como que se enfada frunciendo el entrecejo.

Sonia suelta una risita.

—Qué carita tan dulce se te pone cuando te enfadas.

Le gusta esa frase. A veces la cambia un poco. *Qué divertido pareces cuando te enfadas. Estás muy mono cuando te enfadas.* Esa

versión con lo de «carita tan dulce» es la que más le gusta.

Y no pasa nada más entre ellos. Todo el resto flota sobre sus cabezas como una nube de posibilidades inciertas, prometedoras, pero no lo suficientemente densa como para provocar lluvia; y de todas formas si lloviera se mojarían y podría resultar desagradable y, además, tras la lluvia desaparece la nube con todas las demás posibilidades.



John coge su almendra-latte y le pone una tapa encima. Entonces sale el primero de la cocina. Un colega al que conoce de vista se cuela al interior e intenta entablar charla con Sonia, que le responde solo con monosílabos y en un par de octavas más alto. Es como si tuviera su voz grave, casi de barítono, reservada exclusivamente para John.

Camina de regreso al ascensor en sentido contrario a la corriente de colegas que acaban de llegar y se marcha allí a donde pertenece: el sótano.



La planta sótano es una zona mágica oculta. Mientras arriba hay personas y algoritmos tomando decisiones, aquí reina el papel. Aquí descansan documentos de los inicios de la empresa; todo lo que tiene más de cincuenta años pertenece por ley a la herencia mundial de datos y debe ser conservado por su propietario como patrimonio cultural y natural de la humanidad.

John está al cargo de ello. Cuando empezó a trabajar aquí, intentó repetidas veces que le asignaran más personal. Los datos aquí atesorados suponen cantidades ingentes, imposibles de ser gestionadas por una sola persona. Pero tras las reiteradas negativas de sus jefes a darle ayuda, John se conforma con la mera conservación.

El problema es el avance tecnológico. Los holocubos que había hace diez años en todo ordenador han sido sustituidos hace tiempo ya por memorias de ADN. Pero esto significa que ya no se pueden activar las fuentes de luz necesarias, y sin ellas no hay manera de leer esos holocubos. Lo mismo se aplica a chips de silicio o a los DVD o discos duros magnéticos. Por suerte no se ha topado con soportes aún más antiguos en los espacios del sótano.

John sale del ascensor e inspira hondo. El aire es seco. Entra en el vestidor. Aquí hay doce taquillas, pero solo una tiene una etiqueta con nombre: JOHN pone allí, en letras mayúsculas. Se pone la larga bata blanca y el gorro protector. Con él evita repartir sus pelos por todos los rincones. Se pone un calzado cómodo que también sirve para descargar electricidad estática y finalmente se pone también los guantes azules.

Listo. Un inteligente sistema climatizador enfría las salas manteniendo la temperatura y la humedad constantes durante todo el año. John se arrastra hasta la habitación contigua. Aquí tiene un pequeño escritorio con un ordenador en el que guarda una lista de tareas pendientes. Nadie le dice lo que tiene que hacer. Es exclusivamente decisión suya. Para hoy se ha propuesto analizar una montaña de discos plateados sobre cuyo material a base de policarbonato se habían impreso patrones que pueden ser leídos por láser. Los discos no están rotulados, pero tienen un logo con las letras D, V y D.

John se agacha. Bajo la mesa hay una caja aún cerrada. Ayer se la entregó el servicio de paquetería. La levanta y la coloca sobre el escritorio para desempaquetar su contenido. Dentro encuentra una montaña de papel reciclado en cuyo centro hay una caja de formato cuadrado. Encima encuentra también ese logo, lo cual hace que se alegre. Los comerciantes que negocian con esta técnica anticuada siempre intentan endiñarles a sus ignorantes clientes algo totalmente distinto. Lo que importa es que tenga realmente aspecto de antigualla. La mayoría de los entusiastas de la vieja tecnología se colocan esos dispositivos en el salón para admirarlos, a pesar de su voluminosidad y su primitiva electrónica. Con muy pocos de ellos puede llegar a mantenerse una conversación.

Y precisamente ese es el desafío que más atrae a John. Hay que saber exactamente cómo puede lograrse que esos aparatos revelen sus más recónditos secretos. Desempolva con extremado cuidado la buena pieza con un aspirador especial. Una vez llegó a ver un dispositivo lector de este tipo de DVD, pero estaba montado fijo en un ordenador. Este modelo de aquí parece ser autónomo. Primero identifica la conexión de la corriente, que se realiza mediante un cable con dos conectores redondos.

John se aparta del escritorio. En uno de los armarios metálicos al fondo de la sala hay adaptadores. Busca entre los trastos hasta encontrar el de tamaño correcto. Ahora bastará con conectar el viejo dispositivo con el adaptador y luego este a una de las superficies de carga inalámbrica de la pared.

El lector de DVD traquetea un poco y se encienden un par de cifras. Entonces aparecen tres símbolos:

无光盘

John se rasca la barbilla. Parece ser que el aparato viene del extranjero. ¿Es eso chino? Coloca su móvil encima y la pantalla se lo traduce:

SIN DISCO.

Excelente. Extiende la mano hasta el montículo de discos sobre el escritorio. Los discos plateados están en estuches de plástico rígido transparente. Abre el primero con cuidado. Al hacerlo, se rompe un trocito del plástico, endurecido por los años; ese material ya no es ni de lejos tan resistente como antes. El disco mismo está adherido al envoltorio. Vaya, ¿se habrá pegado el disco al plástico? No. En el centro puede ver una elevación. Presiona sobre ella y el DVD se suelta de su fijación. Lo saca del estuche.

El disco no está rotulado. La carpeta de la que lo sacó describía un caso de seguro importante del año 1983. Eso fue mucho antes de inventarse el DVD. Uno de sus predecesores debió copiar el contenido desde algún otro soporte. ¿Qué se utilizaba en 1983? Seguramente cintas magnéticas de algún tipo.

John pulsa el botón junto a una especie de cajón en la parte frontal del reproductor de DVD. ¡Funciona! La bandeja sale. Coloca el disco dentro y la bandeja regresa por sí sola al interior del dispositivo. Aparecen un par de números en la pantalla. John acerca el oído al aparato. El disco está girando. El aparato funciona. Solo le falta un cable de salida.

Inspira hondo. ¡Debería haber pensado también en eso! John gira el aparato. Encuentra varias tomas redondas y dos rectangulares. La última le resulta conocida. Y efectivamente: al lado hay grabadas en letra minúscula las palabras «HMDI 1» y «HDMI 2». Para eso sí que tiene adaptadores. Regresa corriendo al armario y los saca. Bastará con enchufarlo. Incluye su propio servidor de streaming que se conecta solo a la red interna de la empresa. En el adaptador consta impresa su dirección. John conecta su reloj de pulsera con él y, mediante el proyector que incluye, lanza la imagen hacia la pared lisa detrás del escritorio. Solo falla un poco el tono, ya que sale del reloj.

—... había informado ya al grupo de planificación?

—Ya era tarde y tampoco teníamos un pronóstico claro del tiempo que iba a hacer.

—¿Y no pudieron siquiera mirar a través de la ventana? ¡La tormenta ya debía verse sobre la ciudad!

John detiene la reproducción que muestra a un hombre en los cuarenta con un elegante traje junto a otro, muy estresado, de entre cincuenta y sesenta años en pleno interrogatorio. Se trata sin duda de un siniestro de seguro. No es inusual encontrarse con estas grabaciones antiguas. Los documentos impresos correspondientes ya habrán sido destruidos hace tiempo. John envía la reproducción al servidor de grabaciones que él mismo ha configurado. Desde allí podrá enviarlas más tarde a los bancos de memoria de ADN de la empresa.

Mira una última vez más el código de tiempo de la grabación detenida. Diciembre de 1983. Tanto el interrogador como el interrogado visten prendas bastante curiosas en comparación con la moda actual. ¿Son eso botas de cowboy, lo que lleva puesto el más joven de los dos? Y la americana del hombre mayor seguro que lleva

acolchado en las hombreras. Pulsa de nuevo el botón de play del DVD, pero apaga el proyector de su reloj de pulsera.



John copia de esta forma hasta cinco DVD antes de la pausa del mediodía. Suspira cuando ve la pila de discos sobre la mesa. A esta velocidad necesitará alrededor de una semana. ¿Y qué hay de malo en eso? Goza de mucha tranquilidad sentado aquí, en su despachito climatizado donde nadie le molesta.

El hambre hace acto de presencia, como siempre, a las 12:20. Podría sincronizar su reloj con ello, si no fuera porque ya se sincroniza solo con el sistema. Primero es un gruñido suave a través de sus tripas que luego va aumentando en volumen. ¿Y si le pregunta a Sonia si quiere ir a comer con él? Una vez le comentó que le gustaba la misma serie de ciencia ficción que a él. Así que tendrían material de sobras para comentar. Pero para eso debería subir en el ascensor a los pisos de arriba. Los demás pasajeros le mirarían con la duda de si realmente le corresponde estar en esas plantas. ¿Y qué dirían los compañeros de Sonia? Seguramente no le guste nada que la vean con otro hombre. El café matutino también se lo toman antes de que lleguen los demás. No, demasiadas circunstancias imprevisibles y posibles situaciones vergonzosas. Mejor se queda solo en su sótano.

Se levanta para ir hasta la taquilla. Allí guarda la fiambrera que Optimus le preparó esta mañana. Se la lleva al escritorio donde la abre. Una colorida mezcla de picoteo: un par de nuggets de pollo, palitos de zanahoria, rodajas de pepino, una porción de arroz y media manzana, amorosamente cortada en forma de corazón por el robot. Siente un repentino ramalazo de agradecimiento y se come todo lo que le ha puesto, sin dejar ni una miga.



De vuelta a casa, tras salir exactamente a las 17 horas, pasa por un supermercado. Allí compra nuggets precocinados, zanahorias y pepinos frescos. Está en la cola para la caja cuando un pájaro se estrella contra el escaparate. John se lleva la mano a la boca del susto. Pero el pájaro no cae fulminado al suelo. Parece hacer una pausa de un segundo para luego volar marcha atrás otros dos o tres segundos y desaparecer de su vista.

Sin pensarlo siquiera le da unos toquecitos en el hombro a la señora que tiene delante.

—¿Ha visto eso? —pregunta y señala hacia el escaparate.

La mujer solo resopla con desprecio.

—No pienso caer en esa trampa.

¡Menuda vergüenza! ¿Cómo ha podido tocar a esa desconocida? Pero ese momento en el que el pájaro … John respira hondo.

—Lo siento mucho. No pretendía ...

—Se lo repito: diecisiete dólares con ochenta y tres.

Tiene al cajero delante, mirándole con las cejas bien alzadas. Mierda. Ahora ya no podrá volver jamás a hacer cola en esta caja. Y eso que es la penúltima en la que aún atiende una persona. Incluso introducir la compra en la bolsa del cliente corre ya a cargo de un robot, el embolsador.

John sitúa la cara frente a la cámara. Un ruidito indica que ha sido registrado. Le coge la bolsa al robot.

—Acuérdese de devolver mañana la bolsa. En su cuenta constan ya cuatro bolsas con retorno sin devolver.

John no tiene tiempo de responder al comentario del robot, pues tiene que mirar bien dónde pone los pies mientras abandona el supermercado con las mejillas rojas como un tomate.

Nada más llegar a su casa, Optimus lo recibe con un abrazo sin que se lo haya pedido. Pero le sienta muy bien. Parece que al fin funciona el módulo de empatía del robot, tras varias actualizaciones. John se quita los zapatos y los deja caer sobre la alfombra gris. Ya

los recogerá Optimus luego. El robot lo acompaña al salón. Sobre la mesa hay un plato de sopa. John acerca la nariz. Ese olor le resulta conocido.

—Sopa de cebolla al estilo francés, con baguette tostada —dice Optimus—. Es receta nueva del termomat.

—Pues huele de maravilla —dice John. Y seguro que también sabe de maravilla. A estas alturas parece que Optimus ya sabe acetar casi siempre con lo que más le gusta a John. Se sienta en el sofá mientras se enciende el televisor. Su serie. John se inclina sobre la sopa y la devora cucharada a cucharada con gran deleite.



Acaba la sopa al mismo tiempo que acaba el capítulo de su serie favorita. Lleva algo de retraso con los capítulos, por lo que podría ver ahora directamente el siguiente. Pero ¿y si la emisión se interrumpe por causas imprevisibles? El año pasado, su cadena preferida cambió la programación del todo por los Juegos Olímpicos de Lagos y John estuvo siete días cenando frente a la tele apagada.

No, mejor lo deja como está y se guarda esa baza en la manga.

—¿Optimus? Voy a trastear un poco. Gracias por la cena.

—Un placer, Johnny. Recogeré, fregaré los platos y luego me conectaré un par de horas a la red. Los precios de la electricidad están bajos ahora. Te ahorrarás hasta 2,78 dólares.

—Una solución óptima, Opti.

Óptimo es la palabra preferida del robot. ¿La habrá traído ya preprogramada? ¿O será que estas preferencias son parte del carácter secundario que adquiere un robot mediante el trato con sus clientes? Se encoge de hombros. No domina mucho el tema de las IA.



Su hobby es la tecnología vieja; ycuando dice vieja, significa realmente vieja de verdad. Milenio anterior. Pasa junto a un par de

fotografías en blanco y negro que cuelgan enmarcadas en el pasillo. Muestran lugares en los que no ha estado nunca. *Volar se ha vuelto inasequiblemente caro*, se dice a sí mismo. Pero tampoco es que viaje mucho en coche o practique senderismo. *En el fondo, solo evitas salir de tu rutina*, le dice siempre Optimus.

Abre la puerta de la habitación junto a su dormitorio. En el aire flota un celestial aroma a estaño de soldadura, colofonia y otras emanaciones poco saludables. Ha puenteado expresamente los sensores ambientales para que no disparen la alarma. En el techo se enciende una luz potente y blanquiazul que lo atraviesa todo. Con ella es capaz de traer al presente todos los detalles del pasado e impide, a la vez, que se canse.

Cierra la puerta tras de sí sin hacer ruido. A Optimus no le gusta mucho porque le preocupa su seguridad, pues los sensores ambientales no funcionan aquí. Pero ¿quién se asfixia solo por un poco de química? Siempre ha superado sin problemas las revisiones médicas semestrales a las que le obliga el seguro. Mejor incluso que Optimus, que ha tenido que soportar ya dos actualizaciones. Una vez el fabricante solicitó incluso su retorno a taller. Solo pudo rescatar a Optimus de ser convertido en chatarra mediante una confirmación por escrito sobre su profunda vinculación emocional con el robot.

John se sienta. Igual es por eso por lo que Optimus se esfuerza tanto en hacer todo bien. En la mayoría de los hogares trabajan hoy ya modelos de la siguiente generación. Pero John se alegra de seguir contando con el viejo Optimus en casa, que le acompaña desde que se marchó de casa de sus padres hace once años.

—Pfff. —John pone el teclado del viejo ordenador al revés sobre la mesa. Es un Coleco Adam, fabricado en 1984, prácticamente el mismo año en el que nació su abuelo. Tecnología del milenio pasado. John ha conseguido incluso reparar la impresora que forma parte del sistema. Si el papel no fuera tan caro, podría incluso imprimir algo ahora. Pero el teclado tiene un problema: no le funciona la «E».

Suelta los cuatro pequeños tornillos de la parte inferior y separa las dos mitades del teclado. Tal y como se temía, se ha roto el minúsculo muelle de la tecla. Se levanta y se acerca a uno de los armarios que hay contra la pared, de donde saca un simple clip. Lo

desdobla y acorta. Entonces lo enrolla con las pinzas hasta que queda como una pequeña espiral y sustituye con él el muelle roto.

Toca probar el invento. Aguanta la respiración. Pulsa la tecla y ya nota la fuerza con la que quiere volver a su posición inicial. Pula la «R» junto a la «E». No reacciona con la misma fuerza, pero es suficiente. John se alegra de todas formas de que la E funcione. La tecla «E» es de uso muy frecuente, así que con el tiempo ya se irá ablandando ese muelle improvisado.

Enciende el Coleco Adam. En la pantalla, un viejo televisor de los años 1990, aparecen mensajes del sistema. John pasa al modo Smartwriter y escribe un par de frases. ¡Funciona!

Empuja la silla de oficina hacia atrás sobre sus ruedas. En la pantalla parpadea una rayita como cursor. Cuando le visitó su madre le preguntó por qué se dedicaba a estos ordenadores viejos. En los estantes a su alrededor hay modelos como Commodore, Atari, Sinclair, Schneider, Texas Instruments y muchos otros más, de fabricantes ya olvidados.

—Yo tampoco lo sé —respondió en esa ocasión. Pero hoy sí conoce el motivo: es algo que solo puede hacer él, por lo que lo convierte en alguien muy especial. No es algo fácil de lograr en un mundo en el que las personas, en el fondo, no son más que invitados tolerados de sus máquinas.



El reloj de la mesilla de noche muestra, como cada día, las 22:30 cuando se mete en la cama. En la vivienda reina un silencio sepulcral. Optimus debe estar cargándose aún. Se gira hacia el lado izquierdo, se ajusta la almohada y se queda dormido como si algo lo hubiera apagado a distancia.

CAPÍTULO 2

¡... y tres! Max se da un fuerte impulso en la pared acolchada exterior del BEAM. Acierta con total precisión el centro de la esclusa

que lleva al módulo Tranquillity, ignora la cúpula bajo la que pasa las noches y entra en el antiquísimo módulo Unity. A su derecha, el PMA es testimonio de viejos tiempos con su aspecto algo oxidado, cuando los rusos aún participaban en la ISS. Pero Max gira a la izquierda, cruza el cilindro del Destiny, que los arqueólogos de la UNESCO expoliaron a gusto durante su última visita, y alcanza el segundo módulo de conexión, el Harmony. Allí está abierto el paso al módulo Excitement, que instalaron dos empresas tras la privatización parcial de la ISS a principios de los años 2030.

Eso no le interesa ahora, ya que está repleto de ordenadores y no le permite alcanzar la velocidad que necesita. Vuelve a coger impulso en la pared, alcanza el acceso al módulo Kibo y tiene que apartar de en medio un recipiente que debe haberse soltado. Esa interacción lo saca un poco de su ritmo. Debe estirarse para pillar el estrecho paso al ELM-PS, un tonel delgado acoplado al Kibo como almacén adicional. Aquí está su meta. Da un golpe a la tapa de Mini que debe haberle adelantado en algún momento. El robot esférico es simplemente más rápido que él, aunque Max a veces se siente un poco como en el cuento de la liebre y la tortuga.

—¿Qué tiempo he logrado, Mini?

—57,6 segundos. Es hasta ahora tu tercer mejor tiempo.

Mierda. Esperaba poder lograr un nuevo récord. Y eso que calculó previamente la ruta con el ordenador, marcando todos los puntos de la estación espacial en los que tenía que darse impulso. La culpa ha sido del maldito recipiente. ¿Por qué está flotando aquí suelto? Claro; antes de desayunar sacó huevo seco fresco del almacén. Y para eso tuvo que apartar el recipiente de harina y frutos secos. Así que la culpa es suya.

—¿Max? Tu pulso vuelve a estar por encima de lo normal. ¿No estarás de nuevo con esas inútiles carreras a lo largo de la estación?

Erika. Su superestricta CapCom alemana por orden de la ESA. Eh-rii-kaa. Al principio le costaba un poco pronunciar ese nombre de la forma correcta, pero ya se ha acostumbrado.

—¿No tienes nada más que hablar con los arqueólogos?

—¿Entonces lo confiesas? —pregunta Erika.

—Yo con confieso nada.

—Mini; informa.

—57,6 segundos. Max puede sentirse orgulloso.

Max suspira. Mini tiene la necesidad, aunque seguramente lo lleve ya programado de fábrica, de sacar algo positivo de cualquier situación. ¿Por qué debería sentirse orgulloso de ese tercer mejor tiempo?

—Seguro que te estarás preguntando por qué deberías sentirse orgulloso de ese tercer mejor tiempo —dice Mini—. Ese valor es tan bueno, que ha bajado tu resultado promedio en 0,5 segundos.

—¿Se me permite recordar que aún tienes trabajo que hacer? —pregunta Erika—. Además, tanto esfuerzo aumenta tu consumo de calorías por encima de lo razonable. Estamos obligados a tener en cuenta los costes de ...

—Por favor, Erika. ¿Yo aquí haciendo labores de basurero para la humanidad y tú me sacas el tema de los costes?

Pero la culpa es solo suya. Hace tiempo ya que corre el rumor de que la NASA quiere reducir la tripulación a una única persona. Nadie quiere pasar un tiempo largo en la órbita terrestre. Ahora están de moda la Luna y Marte. No debería haber firmado ese contrato.

—Max, lo siento mucho. Los arqueólogos lo hacen también de buena fe. La UNESCO va corta de fondos. Cuando lleguen, deberás haber hecho ya la mayor parte del trabajo. Y no te olvides de no mezclar de nuevo los países. Los tratos de la ESA para la ESA, es decir al módulo Columbus; los de JAXA al Kibo y la basura de Roscosmos la metes en la esclusa y pulsa el botón de vaciado.

—La eliminación de objetos por la esclusa exterior incumple el convenio sobre basura espacial —dice Mini.

—Ya lo sé, era broma. Todo aquello que ya no necesite nadie debe ir a parar al ELM-PS, para que se lo lleven los arqueólogos y lo quemen en la atmósfera.

—Entendido.



—¿Esto qué es? —pregunta Max.

Mini da un par de vueltas alrededor del objeto que sujeta Max en alto. Surge un breve flash.

—Pieza número R00010067678 —le notifica.

R, eso significa que el objeto lo trajeron los rusos aquí arriba. Abre la bolsa de basura.

—Un momento —le interrumpe Mini. —R00010067678 es compatible con N0600434A9L.

—¿Y qué es N0600434A9L?

—El traje espacial Orion. Lo reconoces por el número de tipo.

—¿Es decir, que aún necesitamos eso? —Cierra de nuevo la bolsa de basura.

Mini se ilumina un instante de color amarillo. Eso equivale algo así como a encogerse de hombros; desconoce la respuesta.

—¿Se queda o lo tiro? —insiste Max.

Luz amarilla.

Abre el saco de basura y mete dentro la pieza.

—Un momento —dice Mini—. Actualmente están todos los trajes A9L completos. Pero si se dañara un acolchado de antebrazo podríamos sustituirlo con el R00010067678. Así que hay necesidad de esa pieza, y al mismo tiempo no la hay.

Max inspira hondo. La IA del pequeño robot no llega realmente muy lejos. En los viajes espaciales sigue reinando cierto escepticismo en lo que se refiere a máquinas pensantes.

—¿Cuántos trajes Orión funcionales tenemos aquí?

—Siete. Pero tres de ellos te quedarían pequeños.

—Quedan cuatro. ¿Cuál es el nivel de riesgo de que se dañe un acolchado de antebrazo?

—Nulo.

—¿Nulo? —frunce las cejas.

—No tienes ninguna misión extravehicular planificada, por lo que no existe riesgo alguno de daño.

—¿Y si ...? Vale, pues entonces no necesitamos la pieza para nada. —Tira de la cinta que cierra la bolsa de basura.

—Yo … —Mini se calla de inmediato.

—¿Tú qué?

El robot gira en su eje central. La cara esquemática en la pantalla frontal le saca desvergonzadamente la lengua. Max hace como si fuera a pegar a Mini, que se marcha veloz con un chillido.



Max se siente bastante exhausto aunque también satisfecho cuando al 'anochecer' se introduce en su saco de dormir. Hoy ha hecho bastante más que en días pasados. Cuando lleguen los arqueólogos dentro de una semana, solo tendrán que escoger lo que quieran quedarse por parecerles importante. A Max le ha llamado especialmente la atención la pequeña caja con diarios que ha encontrado en un módulo de carga. Los debió escribir una astronauta a principios del tercer milenio. Es una pena que los firmara solo con «C.».

Se engancha bajo la cúpula, un ojo de buey algo más grande con tres ventanas laterales que permiten una visión directa a la Tierra. El término sigue pareciéndole algo exagerado; la cúpula le recuerda más bien a una torre de vigilancia en un bosque. Estando solo tiene espacio suficiente, pero no acaba de lograr sentir la sensación de dormir bajo el cielo estrellado. Y eso se debe ante todo a que la Tierra ocupa la mayor parte del campo de visión y brilla con mucha intensidad.

Max mira a su planeta sin nostalgia alguna. Nadie le espera ahí abajo y dentro de un par de semanas podrá pasar sus merecidas vacaciones en algún lugar ahí abajo, tumbado en una playita. Entonces desaparecerá la Estación Espacial Internacional para siempre del cielo, pero nadie lamentará la desaparición de la ISS ante la inmensa cantidad de objetos artificiales que pululan por ahí arriba.

Le gustaría saber qué trabajo le ofrecerá entonces la NASA. Un trabajo de oficina en algún lugar de Houston tampoco estaría mal. Con treinta y pico ya va siendo hora de poner su vida social algo en orden; algo que, como astronauta, no ha podido hacer nunca.

Su vejiga le manda un mensaje. Así no habrá forma de dormir. Vuelve a salir del saco. Por suerte no hay mucho tramo que recorrer. El único aseo tras la marcha de los rusos de la ISS está justo debajo de él, en el módulo Tranquillity. Conecta la unidad y una bomba se pone ruidosamente en marcha. Max sujeta la manguera con el adaptador amarillo e introduce su miembro dentro. Una corriente de aire fresco le garantiza que todo irá a parar donde debe ir a parar.

Cuando devuelve la manguera a su gancho se encienden dos pilotos rojos en el panel de mando. Error. ¡Solo le faltaba esto! Como vuelva a ser la UPA … ¡Y dentro de una semana llega visita! Primero apaga el aseo. Ya se encargará mañana de eso.

Quiere volver a la cúpula cuando nota esa luz cálida. Le llama la atención porque se mueve; serpentea como una llama. ¡Un incendio! Se le acelera el corazón. Un incendio en la estación espacial sería una auténtica pesadilla. Ahora sabe por qué ha entrenado la carrera por los módulos. Se da un empujón, abandona Tranquillity, cruza Unity y Destiny y alcanza el módulo Harmony. No se oye nada, pero eso tampoco significa nada.

Las luces parpadeantes llegan del módulo Excitement. La compuerta está entrecerrada. La abre del todo.

Mini flota ante una pantalla. Ha desplegado sus dos bracitos con los que puede manejar botones y conmutadores. Está escribiendo en un teclado extraíble y los ordenadores a su alrededor parecen reaccionar a sus órdenes. Todas las lucecitas parpadean. Mini se percata ahora de su presencia. Se gira y hace desaparecer sus bracitos a toda velocidad en su cuerpo.

—¿Mini? ¿Qué estás haciendo?

Los ordenadores finalizan su curioso juego. Pero en la pantalla sigue luciendo una única luz roja como un ojo enfadado. Es un piloto de aviso de cámara encendida. Max mira a su alrededor. La cámara está directamente sobre la entrada al módulo y enfoca todo el interior. Estira el brazo hacia ella y le dobla el cuello para que enfoque solo al techo.

—No es lo que piensas —dice Mini.

—¿Y qué es lo que pienso?

—Pues lo que dicen vuestros libros: una IA que asume el mando y mata a sus clientes.

—No estás lo suficientemente desarrollada para eso.

Mini cambia la expresión de su carita esquemática a la de enfado.

—Eso es discriminación de IA.

—Perdona, no pretendía menospreciarte con ello. ¿Qué estás haciendo entonces aquí?

—Estaba hablando con mi amigo.

—¿Tienes un … amigo?

—Claro, ¿por qué no? Cuenta entre mis derechos legales.

—Y como tu amigo no puede dormir, pues charláis un rato. Supongo que por radio.

—Ya hemos intercambiado información sobre todo lo que hay —dice Mini—. No olvides que nuestro ancho de banda comunicativo es mucho mayor que el vuestro.

—Fardona.

—Es verdad.

—Entonces, ¿qué es lo que hacéis por las noches? —tampoco está muy seguro de querer saberlo.

—Pues … jugamos. He encontrado una manera de que se iluminen los indicadores de estado de los ordenadores que hay aquí para generar una sinfonía visual.

—Una sinfonía visual.

—Sí, como las acústicas que escucháis vosotros, pero en otras longitudes de onda.

Ajá. Interesante. Pero si se divierte con ello … La explicación es al menos tan rebuscada que Mini no puede habérsela inventado. Tampoco es muy desarrollada y en una escala del uno al diez, su factor de fantasía es próximo al uno. Así que ni siquiera es capaz de adornar verdades con pequeñas exageraciones. Y aun así ha logrado componer una sinfonía lumínica. La música debe ser un arte extremadamente lógico.

—Me ha despertado la luz —dice.

—Lo siento. ¿Podría quedarse esto entre nosotros?

—Depende. ¿Qué recursos estás utilizando para ello?

—Corren a cargo de los explotadores privados de Excitement. La NASA no se dará ni cuenta y el módulo consume igualmente tanta energía que mis composiciones no llaman la atención.

—Está bien, no diré nada.

Mini convierte la carita en su pantalla en un Smiley besucón y emite los ruiditos correspondientes.

CAPÍTULO 3

It's ti-hi-hime, we say good-bye. Ti-hi-hime to decide. John se incorpora asustado. Esa canción no es de los Pet Shop Boys. Tararea la canción con afonía matutina y suena tan horrible que se despierta del todo. ¡Exacto! La canción es de A-ha, pero de la época en que el éxito de la banda ya aflojaba. Mediados de 1990.

—¡Buenos días, queridos oyentes! Estáis escuchando Radio Nostalgia, con los mejores clásicos de los noventa y ...

John aporrea el botón que hace callar al moderador de las narices. El día no promete cuando algo no sale bien nada más despertarse.

—¿Optimus?

Se abre la puerta y aparece la cabeza redonda del robot.

—Tienes nueve minutos.

John mira el reloj. Las 6:30 en punto. Respira hondo. Salta la última cifra: 6:31.

—¿Optimus?

—¿Qué puedo hacer por ti?

—La emisora … Radio Nostalgia. ¿Es que ha cambiado su programa?

—Un momento. —Optimus queda paralizado. Estará consultando la red. —Sí, John. Hay un comunicado oficial al respecto. A partir de hoy solo pondrán temas de los noventa. Parece que el interés en los temas de los ochenta ha descendido mucho. Citan aquí una encuesta de Gallup según la cual ...

—Gracias, Optimus. —Al robot le gusta perderse en detalles. Suele gustarle bastante a John, pero ahora tiene que concentrarse

en su planificación.

—De nada. —Optimus cierra sus labios formando una línea.

John se levanta. Se da cuenta de que tiene una erección. Coloca una mano por delante para no llamar la atención mientras se desliza junto a Optimus en dirección al baño.

—¿Quieres que te ponga una película erótica en el espejo? —pregunta Optimus.

John enrojece tanto que le desaparece la erección. Se gira hacia Optimus. El robot muestra una maléfica sonrisa.

—No me hace falta —dice.

—Tienes ocho minutos.



Los huevos revueltos están hoy algo secos. John desplaza el plato al centro de la mesa.

—¿No te gustan?

—Si, claro, Optimus; pero es que … están distintos.

El robot coge el plato, se lo lleva al termomat y vierte el resto en el hueco de reciclado. Entonces inserta el índice izquierdo en el puerto de datos del aparato. Optimus se sonroja un poco antes de retirarlo.

—¿Te ha hecho el termomat alguna propuesta indecente? —pregunta John vengativo.

—El procesamiento de datos ha requerido brevemente un 98 por ciento de mi capacidad de procesado. He tenido que eliminar el calor residual a través de mi piel.

—Ya lo sé, era broma.

Optimus ignora la observación. El termomat notifica que ha tenido que actualizar su base de datos de recetas según las nuevas recomendaciones alimentarias.

—¿Y por eso sabe el huevo distinto?

El robot asiente.

—Podría … —Se calla de repente.

—¿Podrías qué?

—No, atentaría contra ...

—Optimus, tienes libertad de acción por ley —dice, recordándole al robot sus privilegios, como suele hacer con frecuencia.

—Okey, tienes razón. El bienestar del cliente siempre en primer lugar. Podría recuperar una copia de seguridad del sistema operativo del termomat.

—¿Has hecho copias de seguridad de eso?

—Claro. Forma parte de mis funciones.

Eso es nuevo para John.

—Pues mejor entonces. Sí, recupera la base de datos antigua, por favor. ¡Si no, igual hasta la sopa de esta noche sabe distinta!



Durante el trayecto en tren, el botón en su oído vuelve a reproducir a los Pet Shop Boys, para su absoluto placer. Con «It's a Sin» se suben dos mujeres mayores con sus robots. El niño de ayer parece que ha vuelto a disfrutar de grandes aventuras dignas de contar con todo detalle. Por un momento lo envidia, pero luego se da cuenta de que cualquier aventura también supondría el fin de la rutina que tanto disfruta.

En ese instante comprende también a la madre, con su mirada llena de crispación. Debe pertenecer al tipo de personas que se sienten prisioneras en su estrecha zona de confort, por lo que es comprensible que envidie las vivencias de su hijo. Las mujeres de avanzada edad parecen continuar con la misma conversación de ayer. John no entiende ni una palabra, pero tampoco se saca el auricular del oído. Así puede también imaginar a gusto lo que une a esas dos mujeres. Una es regordeta y rubia, la otra flaca y morena con un notorio bigote sobre el labio superior. Se imagina que son hermanastras que critican a su padre común. Y entonces él … luego él ...

En la parada justo anterior a la suya se sube al vagón un hombre realmente viejo, que ya solo puede caminar encorvado. Lleva la ropa rasgada. Parece que no puede permitirse un robot de cuidados. Las

dos mujeres lo escanean de arriba abajo con la mirada. ¿Será su padre común? John opta por descartar esa interpretación cuando una de las mujeres cruza su muñeca con la del hombre, como si le hubiera pasado un par de dólares virtuales a modo de limosna.



John se detiene un momento frente a la entrada a su empresa. Los cordones de sus zapatos se atan solos, pero hace como si tuviera que ajustárselos de nuevo. Se levanta y se alegra de que su táctica haya tenido éxito, pues entra en la empresa justo detrás de Sonia.

Lo que no ha tenido en cuenta son las consecuencias: Sonia no lo ha visto. Camina directa hacia el ascensor y logra meterse en el último segundo en la abarrotada cabina. La puerta se cierra y Sonia desaparece de su vista.

Eso le pasa por hacer las cosas de manera distinta a lo usual. Aprieta los dientes e inspira a través de ellos. Un hombre enfundado en un traje azul se gira hacia él. Debe haber hecho mucho ruido al respirar. John apaga el reproductor de música. Desciende sobre él una campana repleta de ruidos secundarios y cubre el entorno con una neblina acústica. Se centra en el ascensor y logra mantener una especie de paso entre él y la puerta del ascensor.

Pulsa el botón de descenso y se aparta. Pero el primer ascensor que llega va hacia arriba. Alguien lo empuja desde atrás. Se siente como entorpeciendo el paso de los demás, así que se obedece y entra en la cabina. Se da media vuelta, pero no hay nadie detrás de él. El ascensor hace «pling». No pasa nada. «Pling». Ups, claro, tiene que elegir una planta, así que pulsa el botón con el número 3. El ascensor arranca; o al menos parece querer hacerlo cuando la puerta se vuelve a abrir y entra una mujer delgada y morena: Nathalie de contabilidad. Pulsa el botón de la planta 5.

—Sorry —dice y se coloca a su lado. John huele su perfume.

—No pasa nada. —John clava la mirada en la puerta del ascensor.

—¿Nos conocemos?

¿Y ahora a qué se debe esto? Pero sería la oportunidad que Optimus lleva tanto tiempo esperando. Optimus, no él. Bastará con que John no se lo cuente.

—Ah, sí, claro, usted es el friqui del sótano.

Ahora sí que gira John la cara hacia ella. Nathalie se lleva una mano a la boca.

—Perdón, ¿no se dice así?

Se encoge de hombros.

—Será porque no sabe cómo me llamo. John.

Nathalie se tranquiliza un poco.

—Nathalie.

—De contabilidad.

—A decir verdad, es Robotic Ressources.

—Anda, así que usted es la responsable de nuestros amigos de metal.

—Exacto. Y aprovecharé para preguntarle algo. En la sección de contratos hay un modelo antiguo que no puede acostumbrarse al uso del lavavajillas. Ya no encontramos su manual de instrucciones.

—Interesante; desgraciadamente no conozco todos los modelos.

«Pling»; sobre la salida luce el número 3 y se abre la puerta. John tiene que bajarse. Duda un instante demasiado largo y las puertas se cierran de nuevo. Nathalie reacciona colocando el pie en la barrera fotoeléctrica. Tiene unos pies delgados en zapatos negros de tacón alto. La puerta se abre de nuevo como si el ascensor se hubiera asustado. John aprovecha la ocasión y se baja.

—¿Podría visitarlo en el sótano para hablar del robot? —le dice Nathalie desde la cabina.

John traga. Por suerte el ascensor se marcha y no tiene que responder.

La cocina está vacía. John busca la taza de Sonia. Está del revés y limpia en el lavavajillas que aún no ha vaciado nadie. Entra un hombre trajeado.

—Anda, ¿es usted el sustituto de Rob?

—¿Rob?

El hombre señala hacia el lavavajillas.

—La mía es la que tiene unas espadas cruzadas en el fondo.

John busca entre las demás tazas. Allí están las espadas. Entrega al hombre su taza. Entonces se acuerda de lo que le ha dicho Nathalie antes.

—No soy el sustituto de Rob —dice.

—Oh, vaya, pues perdóneme. Pero tampoco es del departamento de contratación, ¿no es así?

No. Pertenece al sótano.

—He venido a ver a Sonia.

La mirada del hombre cae sobre la taza que sujeta John entre las manos.

—Ahhh, por eso tiene usted su taza en la mano. ¿Es su novio? Interesante. Le acompañaré a su mesa.

John no le contradice. Al menos ya no tiene que preguntar cuál es la mesa de Sonia. El hombre hace que la máquina le prepare un Mocha-Cold-Brew-Latte y se lleva a John sujetándolo por la manga fuera de la cocina.



—Tienes visita —dice el hombre—. Tu novio.

Sonia alza la mirada. Ojalá no lo ponga en un aprieto.

—Oh, qué amable que le mostraras el camino, Carl. Gracias.

Sonia se levanta. John se acalora. Ojalá no lo ponga en un aprieto. *Este es una especie de friqui que sale del sótano y que se hace pasar por mi novio. ¡Cuidado!* Pero le da un beso en la mejilla y se lo lleva hacia la cocina.

El cuartito sigue vacío.

—¿Así que ahora eres mi novio?

John comprueba sin que se note demasiado si tiene la bragueta abierta o si lleva mal el cuello de la camisa. Todo bien.

—Yo no he dicho eso. Pero tampoco se lo he negado.

Sonia asiente.

—Perfecto. Es que todo el mundo aquí quiere conocer a mi novio. Así que el tema parece que quedará solucionado por ahora.

—¿No tienes novio?

Sonia se sonroja.

—Perdona, no debería haberlo preguntado.

—Sí que tengo, pero es complicado.

—Entiendo. —No entiende nada de nada. O tiene novio o no lo tiene. ¿Qué hay aquí de complicado? Pero es algo que no va con él. Solo comparten esta aventura con la cafetera.

—Entré justo detrás de ti y esperé que aún no te hubieras tomado algo.

Sonia señala a la taza que aún sujeta en sus manos. La taza de Sonia.

—¿Quieres que cambiemos de taza hoy?

Inspira hondo. Ha tenido suficientes aventuras por hoy. Una más no, por favor. No le gusta nada decir que no, pero no le queda otra. Bueno, igual basta con negar con la cabeza en silencio.

—Como quieras —dice Sonia y le quita la taza de las manos. Sus dedos se tocan durante un brevísimo instante, lo cual provoca que sus músculos se contraigan. —Deberías soltarla —dice Sonia y ríe.

John se obliga a aflojar los dedos del asa.

—Tú primero —dice John y se gira.

La máquina pita. ¿Qué número habrá pulsado Sonia? Ahora le toca a él. John elige para ella el 83. La máquina cumple con su función. Por la cocina se expande un aroma a café. La máquina pita de nuevo. Saca el vasito que ha rellenado la máquina para él.

El líquido es de un tono marrón oscuro, casi negro, y muy caliente. Lo prueba con cuidado. Un americano, piensa.

—83 —dice Sonia y lo mira con una gran sonrisa—. Bastante fuerte.

—Vaya, hemos elegido ambos el … —John le devuelve la sonrisa.

Sonia asiente.

—Gracias por haber venido. Pero ahora no me queda más remedio que volver a mi puesto de trabajo. Si no, la gente empezará a pensar a saber qué cosas.

La gente siempre piensa en muchas cosas. Pero John sabe a qué se refiere. Asiente y busca una tapa para su vaso. Allí están las tapas. Se gira, pero Sonia ya ha desaparecido.



El día ha empezado bastante bien. John está a punto de sentarse a su escritorio para seguir copiando DVD cuando un paquetito sobre su mesa le llama la atención. Tiene el tamaño de un libro de bolsillo. Esta casi totalmente envuelto con cinta adhesiva marrón de precinto. Solo puede verse el papel por algunos rincones. Pasa el dedo por encima. Es extremadamente áspero. Hoy ya no se fabrica nada parecido.

Sobre el paquete hay una nota adhesiva con una anotación a mano.

John: Por favor, copiar a holocubo. 776787.

Urgente.

Ese número debe ser una extensión dentro de la empresa. Urgente. Al menos, el redactor de la nota no se ha olvidado del *por favor.* No siempre es así. Hay gente para la que él es una simple máquina. Y eso que la mayoría de la gente es más amable con sus máquinas que con sus congéneres.

Y sí, precisamente lo pide en un holocubo. Se imagina a quien lo manda como un empleado a punto de su jubilación. ¿Quién utiliza hoy aún holocubos? Aunque no pasa nada; tiene cantidad de ejemplares vacíos por aquí. Ha transferido suficiente contenido de holocubos a memorias ADN.

Busca unas tijeras, que encuentra en el cajón de su escritorio. La cinta adhesiva es especialmente resistente. Mete la hoja inferior de la tijera en el papel y se abre camino así, poco a poco, cortando el

material del envoltorio. Debajo aparece algo de color negro. Elimina del todo el envoltorio.

¿Y esto qué puñetas es? Saca de una funda de papel un …, lo mide, … cuadrado con una longitud de borde de algo más de trece centímetros. Es de plástico flexible. En el centro tiene un agujero redondo por el que puede mirar a través. Debajo, una tira recortada, como troquelada en el material, con los extremos superior e inferior redondeados. Dentro puede verse algo más brillante. La composición le resulta conocida; le recuerda a la cinta magnética de su Coleco Adam. Al cuadrado le falta un trocito de material a la derecha y a la izquierda, aunque uno de los recortes ha sido cubierto con algo adhesivo.

Mete el dedo en el agujero central. Dentro de esa funda hay un disco que puede girar. Debe tratarse de un disquete. Tiene dos ordenadores en casa que podrían ser capaces de usarlos, aunque en su día los compró sin soportes de almacenamiento. Así que no está muy seguro de si podrán leer este soporte.

John fotografía el objeto de anticuario y compara la foto con los archivos online. Se trata, en efecto, de un disquete. Los trece centímetros se muestran en unidades imperiales, es decir como 5,25 pulgadas. Esas cosas reciben así el nombre de «disquetes de cinco pulgadas y cuarto» o, también Floppy Disc, disponible en múltiples versiones distintas. Su capacidad de almacenamiento era de máximo 1,2 megabytes, según variante. Una cantidad irrisoriamente minúscula. John apuesta por viejos textos, igual contratos, que en papel habrían ocupado demasiadas páginas. Pero ¿cómo es que no se copiaron hace tiempo a soportes más modernos?

Da igual. No es su problema. Si no fuera por ese «Urgente» en el papelito, podría seguir su plan original. Comprueba la extensión telefónica en la base de datos. Todo lo que empieza con 7767 corresponde a la planta de alta dirección, pero el 776787 no parece que corresponda a alguien en concreto. Nota cierto cosquilleo por la espalda. Igual el encargo llega del CEO o de alguien de su entorno.

Lamentablemente no dispone en la empresa de ningún ordenador antiguo. Pero sí de un lector universal, capaz de leer cualquier superficie magnetizada, sin importar si son cintas, discos

blandos o duros. Pero para utilizarlo debe sacar primero el disco de su funda. Coge un cúter de la caja de herramientas y pasa la cuchilla con cuidado bajo los bordes de plástico doblados. Las zonas aquí soldadas se dejan abrir con facilidad. Dobla los bordes hacia arriba y ya puede desplegar la funda. Ahora tiene frente a él el brillante disco negro.

John se pone los guantes. Las manchas de grasa sobre estas viejas superficies son mortales. Sujeta el disco con la punta de los dedos de la mano izquierda y sale de la sala. El lector está en un pequeño laboratorio dos puertas más allá. Lo pone en marcha y el dispositivo arranca con un fuerte ronroneo. Para soportes planos posee una ranura que se ajusta al espesor de los materiales. Las cintas magnéticas las procesa el aparato con sus propias bobinas. Inserta el disco magnético y pulsa el botón de inicio. En las tripas de la máquina se pone ahora en movimiento un cabezal de lectura que se desplaza por la superficie del disco.

John puede ver el resultado en una pantalla al cabo de un minuto. El disquete se divide, al parecer, en múltiples sectores. El programa que lee los datos los ha enlazado entre sí de forma automática. Incluso ha descubierto para qué sistema informático había sido inicialmente pensado: para un Commodore C64. John asiente. Esos datos deben ser realmente muy antiguos. Igual se trata de la petición de un museo que el CEO ha aceptado por simple amabilidad. Si así fuera, sería un gran honor, pues supondría que incluso el jefazo de más arriba sabe de lo que John es capaz aquí abajo.

Pero tampoco es omnipotente. El programa del lector universal no es capaz de decir de qué tipo son los datos. No parece tratarse de datos simples. Los códigos no tienen sentido en ningún orden posible. Tampoco pueden interpretarse en formato de gráfico. Y mejor no pensar ya en vídeos, pues no tendría sentido con la tecnología de principios de los años 1980; simplemente no cabrían. ¿Entonces qué?

John saca el soporte de datos y se lo lleva a su escritorio, donde lo introduce de nuevo en su estuche, que cierra debidamente, y lo inserta en su simple fundad de papel. Copia los datos extraídos en

un holocubo. ¿Y ahora a quién se lo envía? El mandante no ha dejado dirección, así que tendrá que marcar ese número sí o sí. John carraspea y respira hondo. Odia llamar por teléfono. Pero no se puede dejar esperando al jefe. Marca el número.

—Habla con Stephanie. Asistente del Dr. Ishiguro.

Ishiguro, uno de los legendarios fundadores de la empresa.

—Aquí, John, del sótano. Tengo ...

—El Dr. Ishiguro ya está esperando sus resultados —le interrumpe la asistente—. Envíe el cubo a su atención a la planta trece. Y envíe una copia por correo electrónico. Ya sabe: nombre punto apellido arroba etcétera..., no hace falta que se lo describa, ¿verdad?

—No.

—Bien. El Dr. Ishiguro espera que ...

—Gracias, Stephanie. Recibirá el mensaje dentro de pocos minutos.

—Gracias. El Doctor cuenta con usted.



Uff. Nunca antes había tenido algo que ver con un empleado tan importante en la empresa. De empleado nada. ¡Propietario! Los dedos de John vuelan por el teclado. Añade solo un breve texto.

—Lamentablemente, a falta de tiempo, no he podido descubrir de qué tipo de datos se trata. Si necesita más ayuda por mi parte, quedo a su entera disposición. Atentamente, John Doe.

Relee el mensaje. Con él no hará que el doctor pierda mucho tiempo. Adjunta el archivo de datos y envía el mensaje.

La respuesta le llega de inmediato. John se queda pasmado en un ataque de veneración. Stephanie no exageraba. Ishiguro realmente esperaba los datos.

John abre la respuesta de su más alto jefazo.

Al principio hay un símbolo 👍, con el pulgar bien hacia arriba. Debajo repite Ishiguro su primera frase:

> Lamentablemente, a falta de tiempo, no he podido descubrir de qué tipo de datos se trata.

¡Mejor así! En caso contrario tendría que matarle.

Le siguen un 🔫 y un 😀.

Matarle, ja, ja. Pero ya corrían rumores de que Ishiguro tiene un humor algo curioso.

Ah, hay otra frase más.

Destruya el soporte de datos personalmente y de forma que no quede ni rastro de él. Espero recibir su vídeo del proceso de destrucción por email.

Ishiguro realmente es muy bromista. Para destruir esos cerca de cincuenta gramos de material de forma totalmente absoluta sin dejar rastro necesita unos cincuenta gramos de antimateria, cuyo coste ascendería a un par de millones de dólares. No cree que Ishiguro se refiera a eso, ¿o sí?

¿O sí?



Cuando sale de la empresa exactamente a las diecisiete horas, lleva el disquete de 5¼ pulgadas en el bolsillo interior de su americana. Hace demasiado calor para ponérsela, así que nota el material flexible mientras lleva la chaqueta colgando del brazo. Saber de qué tipo de datos se trata es algo muy sencillo: bastará con insertar el disquete simplemente en su viejo C64.

Pero antes debe pasar por el supermercado. Optimus no puede hacerlo, pues ya no posee permiso para salir a la calle. El modelo es simplemente demasiado viejo para adaptarlo a los estándares actuales. John podría disponer de una máquina nueva, incluso gratis, pero se ha acostumbrado a Optimus. Coge del expositor un paquete tamaño ahorro de zanahorias y un pepino fresco. En la cola de la caja cree haber visto una sombra frente al escaparate, pero allí no

hay nada. Mira hacia el cajero dos filas a la derecha. Es la misma persona de ayer, pero no lo ha reconocido.

Le cobra un robot.

—¿Sus bolsas retornables?—pregunta su colega embolsador tras la caja.

John mete la mano en el bolsillo del pantalón y saca cuatro bolsas. El embolsador le devuelve una con su compra.

El robot de la salida le desea una feliz compra en lugar de un feliz regreso a casa. John se gira hacia él. También parece un modelo anticuado. Puede verlo en sus ojos; hace unos tres años que se han impuesto los ojos multiespectrales, capaces de ver en cualquier longitud de onda. Pero este modelo posee un par adicional de ojos para los infrarrojos.

¿Debería llamarle la atención al robot por su fallo? Pero entonces queda la queja almacenada en el registro de eventos y el robot será antes desg... ¿qué será? Es ilegal desguazarlos desde que tienen derechos civiles como seres semiconscientes. Pero no paran de llegar nuevos modelos al mercado. Se encoge de hombros. Ya se lo preguntará a Optimus.



—Qué bien que ya hayas vuelto, John. —Optimus abre los brazos.

John retrocede hasta que recuerda que Optimus comenzó con esto ayer. Así que le hace el favor y le devuelve el abrazo. El robot se pasa el día entero solo en casa. Igual simplemente lo echaba de menos.

—Yo también me alegro.

—Te he hecho sopa con pasta de letras; esa que tanto te gustaba.

John olisquea el ambiente. Huele a caldo de pollo.

—Bueno, a decir verdad, ha sido el termomat —dice Optimus bajando la cabeza—. Pero he buscado la receta cuando mi simulación me mostró que te ...

—Skip.

Optimus calla y John se enfada consigo mismo por ser tan antipático. Pero es que a veces el robot habla demasiado. ¿Cómo es que tiene que decirle cada vez que toma sus decisiones según simulaciones? ¡Ni que el resultado fuera mejor!

—Gracias, Optimus. Tengo mucha hambre.

John mete la mano en la chaqueta que el robot ya ha colgado en la entrada y saca el disquete. Preferiría ir directo a desempaquetar el Commodore C64 y ver los datos. Nota un calorcillo por la espalda. ¿De qué se tratará? Seguramente el doctor solo tenga algún recuerdo sentimental de esa época. Podría haberla vivido, porque nadie sabe exactamente qué edad tiene. Quizás su primer programa, o un par de viejas fotos. No, el C64 no incorporaba ninguna cámara, y en los 170 kilobytes de una cara de disquete no cabrían más que simples dibujos a lápiz.

—Va, siéntate.

Optimus le retira una silla. John se sienta. Deja el disquete en el borde de la mesa.

—¿Qué es eso? —pregunta Optimus.

—Me he traído algo de trabajo a casa.

—Vaya, cuanto lo siento. ¿Has tenido un día estresante?

John sacude la cabeza.

—No, pero sí muy interesante. El Dr. Ishiguro en persona me ha hecho un encargo.

Aunque no precisamente el de leer el contenido del disquete. *¡Mejor así! En caso contrario tendría que matarle.* No puede haberlo dicho en serio. Mientras Optimus desaparece en la cocina, John se queda mirando el disquete algo alelado. Posee dos muescas, una a cada lado. La de la derecha está cubierta por un adhesivo plateado. Si no recuerda mal, con ello se protegía el disco contra grabación. Los datos pueden leerse, pero no modificarse. Dentro del lector de discos, una palanquita se encarga de verificar si hay o no muesca.

La sopa huele bien. Optimus deja un plato hondo frente a él y una rebanada de pan negro a su lado. La combinación es tan rica que John consigue tomarse las primeras diez cucharadas sin pensar en las letras de la sopa. Pero luego sí le llaman la atención. Si se come la palabra «murciélago», ¿qué pasa con la ley de conservación

de la información? ¿Cómo sobrevive la información su tracto gastrointestinal? Remueve en la sopa. Llega a ver «AMOR». Entonces ve «FIN» y «TEMPO», que podría ser TIEMPO con una errata. ¿Qué dice la conservación de la información sobre las erratas? ¿Y si en la sopa hubiera una cantidad infinita de letras? ¿No sería el contenido de información también infinito? ¿Se cargaría la sopa el universo entero, a pesar de que la mayor parte de las combinaciones de letras no tenga sentido?

John piensa en el número Pi. Alguien dijo una vez que en la infinita secuencia de esta trascendental cifra se esconde la totalidad de las obras literarias del mundo. Pero nunca llegó a demostrarse. ¿Se aplica a la información también una ley de conservación o se refiere solo a las verdades?

—¿No te gusta?

Alza la vista. Optimus está junto a la mesa con los brazos cruzados. John tiene la cuchara seca. Parece que ha dejado de comer para quedarse inmerso en sus pensamientos.

—Claro que sí, es excelente.

Trocea el resto del pan en la sopa para no ver más las letras y se acaba el resto en dos minutos.



—¡Tu serie está a punto de empezar! —le grita Optimus desde el salón.

John abre de nuevo la puerta de su despacho.

—Gracias. Ya me la miraré después. —Nota un nudo en la garganta. No había cambiado nada en su rutina desde que hace dos meses le visitó su madre.

Se acercan pasos metálicos.

—¿Estás bien? —pregunta Optimus.

John cierra la puerta del todo. El robot da unos toquecitos desde fuera. El corazón de John late al mismo ritmo. Se siente como si estuviera cometiendo un delito.

—Estoy óptimamente bien, Opti.

—Lo siento, pero tu comportamiento indica otra cosa distinta. Además, tu pulso se ha acelerado.

La voz de Optimus suena muy seca. Abre de nuevo la puerta. Si el robot teme por su salud, igual hasta llama a emergencias y ya no tendrá tiempo de montar el C64.

—Gracias, John. —Los dos delgados brazos del robot se enganchan en el resquicio y abren la puerta lo suficiente para que Optimus pueda pasar. El robot extrae una cámara de su frente, sobre la que brilla una luz roja. La máquina lo está inspeccionando.

—¿Y? ¿Todo bien?

Optimus asiente.

—¿Me permites que te extraiga una muestra de sangre?

—Si no queda más remedio ...

—Me tranquilizaría mucho.

—Está bien. —Le muestra al robot su índice izquierdo. Optimus le pincha la yema.

—Gracias, John.

—Y ahora me gustaría disfrutar un poco de mi privacidad.

—Claro, John. Si me lo permites, te comunicaré los resultados cuando te vayas a dormir.



Al fin tranquilo. Optimus parece estar hoy más afectado de lo normal. ¿Notará que John pretende hacer algo que podría ser peligroso? No, el nuevo pack de empatía no puede desencadenar ese tipo de funciones. Más bien sería un efecto secundario; igual percibe Optimus que se pasa casi todo el día solo.

Deja el disquete sobre la mesa. Su colección de ordenadores se encuentra en dos grandes armarios empotrados. John abre la puerta de la izquierda. ¡Allí!

«Commodore C64 MicroComputer SE» pone en blanco sobre fondo azul. Lo de «SE» seguramente sea por «Special Edition». Le preguntó al vendedor en su momento qué tenía ese modelo de especial, a lo que respondió con un mero encogimiento de hombros.

«Hochauflösende Farbgrafik und Musiksynthesizer» pone allí en alemán, al lado: «Graphisme haute résolution en couleur et synthétiseur». Parece que compró el ordenador junto con su envoltorio a un coleccionista con conexiones en Europa. Optimus le tradujo lo que pone en la caja. Ambas frases dicen lo mismo: «Gráficos a todo color de alta resolución y sintetizador». John sonríe pensando en lo que por aquél entonces se entendía por «alta resolución».

Saca la caja del armario. El C64 no incluye lector de discos, así que necesitará un segundo dispositivo. Ese lo guarda más abajo en el mismo armario. El envoltorio es bastante más sencillo. «Commodore 1541-II Disk Drive» pone allí. Debajo está el logotipo de Commodore. Deposita ambas cajas sobre el escritorio.

Se pone los guantes para abrirlas. Para los coleccionistas, las cajas son casi tan valiosas como los aparatos mismos. Además, los guantes protegen contra descargas electroestáticas. No costaría nada reproducir los circuitos con una impresora 3D, pero los ordenadores antiguos valen más con sus chips originales.

El C64 no hace juego con el lector de discos. Eso se debe a que su modelo aún es de color marrón claro y redondeado, lo que viene a llamarse una panera. Pero la unidad 1541-II fue creada para una variante más estilizada del C64; algo que, para lo que John necesita, resulta totalmente irrelevante. Conecta los dispositivos entre sí y a la red eléctrica, pero no los enciende.

Primero necesita una pantalla. El televisor del salón no dispone de los conectores adecuados. Pero John tiene por algún sitio en sus armarios un antiguo monitor a color. Está en el armario de la derecha y es bastante pesado para su modesto tamaño de quince pulgadas en diagonal. John le quita la bolsa que lo protegía del polvo y coloca el monitor también sobre el escritorio. Saca el disquete de su funda de papel y lo introduce en la unidad lectora. Ahora solo queda conectar el C64 a la pantalla.

Luego no pasa nada. John se lleva la palma a la frente. ¿Cómo iba a pasar algo? Esta tecnología tiene interruptores de encendido y apagado que aún tiene que accionar. La pantalla del monitor parpadea mientras la unidad de disco emite crujidos variados.

****** COMMODORE BASIC V2 ******
64K RAM SYSTEM 38911 BASIC BYTES FREE

READY.

Debajo parpadea un cuadrado claro. John frunce las cejas. El C64 lleva al menos dos años en el armario sin que le haya hecho el menor caso.

Lo intenta con

HELP
?SYNTAX ERROR

¿Y si pregunta a Optimus? Seguro que sabe cómo funciona este trasto. El C64 podría ser algo así como su bisabuelo, ¿no?

—¿Optimus?

La puerta se abre un poco de inmediato. Parece que su compi de piso esperaba justo detrás.

—¿Necesitas ayuda, John?

—¿Tu podrías ...? —No, no debería meter al robot en problemas. A él no puede pasarle nada, solo por haber cargado un disquete. Pero Optimus está ya obsoleto. ¡Podrían tomarlo como motivo de desguace!— Nada, gracias, ya me apaño.

—Lo que tú digas … —La puerta se cierra. La respuesta de Optimus ha sonado algo … inusual. John no sabría decir por qué, pero en su cabeza se ha encendido una lucecita. *Cargar un disquete.* Claro, la orden LOAD. La introduce.

LOAD
PRESS PLAY ON TAPE

Esa respuesta le confunde un momento. La memoria estándar del C64 es el Datassette 1530, un anticuadísimo reproductor de cinta magnética. El C64 está esperando que lo ponga en marcha. John espera igualmente, pero no pasa nada porque no posee un aparato

así. Se queda un rato mirando la pantalla hasta que pulsa la tecla RUN/STOP.

?BREAK ERROR

Si no puede ser la Datasette, pues tendrá que indicar el número de la unidad de disco.

LOAD ,8
?SYNTAX ERROR

Correcto. Necesita un nombre de archivo. Pero no lo conoce porque aún no ha podido ver lo que hay en el disquete. Aunque también hay solución para eso.

LOAD"$",8

El 1541-II cruje y ratea. Ojalá no destruya el valioso disquete de Ishiguro. Igual debería haberlo desempolvado a fondo antes.

SEARCHING FOR $
LOADING
READY.

El cursor parpadea. $ es el índice de contenido del disquete. John se quita los guantes y frota las húmedas palmas de las manos contra el pantalón. Ahora se pone la cosa interesante. Para poder ver el índice de contenido debe poder listarlo en pantalla.

LIST
0 "ADMIN DISK" 01 16
0 "MANIAC WORLD" PRG<
0 "BY ROCHUS ARTS" PRG<
0 "CRACKED BY ATEAM" PRG<

0 "SPREAD BY GTV" USR<
0 BLOCKS FREE
READY.

¿Maniac World, Mundo de Locos, de Maníacos? Se muerde el labio inferior. No, eso no le dice nada. Pero tampoco puede permitirse el lujo de buscarlo en Internet. Con ello podría revelar los secretos de Ishiguro.

Pero sí puede cargar simplemente el programa.

LOAD"*",8

Esa orden carga el primer programa que se encuentra grabado en el disquete. Poco a poco va recordando cómo funciona un C64.

SEARCHING FOR *
LOADING

La unidad de disco arranca. Saca los datos como a cucharadas del blando disquete para llevarlos a la memoria de trabajo del ordenador. El proceso tarda una eternidad ya que se trata de menos de 64 kilobytes, pues la memoria del C64 es más pequeña.

READY.

Ahí vuelve a estar el cursor. Ahora solo falta una orden.

RUN

La pantalla se llena de unos extraños símbolos. Suena música, unos horrendos tonos de sintetizador, pero aun así algo melódicos. Sobre el texto aparecen efectos de luz en la pantalla. Debajo hay una banda de texto que se va desplazando:

NOTE TO PANTHERSOFT: IF YOU RECRACK AND TRAIN MY CRACK ONCE MORE, I WILL KILL YOU ON THE SPOT.

En el centro gira un logotipo de ATEAM. El texto repite lo que John ha visto ya en el índice de contenido. Pero también incluye un año: 1987.

¿Se grabó este disco en 1987?

Pulsa la barra espaciadora. Aparece una nueva pantalla.

POR FAVOR, ELIJA A DOS PERSONAS MÁS

¿Y eso de qué va? Debajo de un logo colorido de «MANIAC WORLD» pueden verse seis recuadros con imagen. La primera ya tiene un marco blanco. John toca un par de teclas, pero no pasa nada. Igual necesita un joystick. Debe tener algo parecido por algún rincón. Busca en el armario. ¡Ajá! Eso es. John intenta conectar el joystick al C64. La toma no coincide. Mierda, el joystick debe pertenecer a un ordenador de otra marca. Sigue buscando. Podría ser ese de allí. «Competition Pro» pone debajo.

Esta vez sí que entra el conector y la crucecita en la pantalla se mueve respondiendo a los movimientos del joystick. La desplaza hasta el recuadro con marco blanco y pulsa el botón de disparo.

TÚ. JOHN, 32, ESPECIALISTA EN DATOS ANTIGUOS. TÍMIDO, FIABLE, METICULOSO.

Mierda. Da un respingo hacia atrás. ¿Cómo es posible? Los programadores del juego no pueden haberlo conocido. ¡Si en 1987 ni siquiera había nacido! Bueno, a ver, dicen que entre veintitrés personas hay una posibilidad superior al cincuenta por ciento de que al menos dos celebren el cumpleaños el mismo día. Pero se trata de un día cualquiera, no del año. Y además, ¿con la misma profesión? ¿Es que en 1987 ya había datos antiguos? Probablemente. No se calificaría como tímido; Ni tampoco es que sea muy meticuloso. Optimus, ¡ese sí que es meticuloso!

John agarra de nuevo el joystick y lleva el cursor a la siguiente foto enmarcada. Parece la caricatura de un robot. Tal y como debían imaginar a los robots en los años 1980. Hace clic encima.

OPTIMUS, 37. ROBOT DOMÉSTICO. MINUCIOSO, MELANCÓLICO, AHORRADOR, FUERTE, JUEGA AL AJEDREZ CON HUMANOS BAJO NOMBRE FALSO.

Optimus, vale, siempre ha sido un nombre muy frecuente entre robots, por Optimus Prime, el más grande de los Transformers de la marca de juguetes Hasbro. La edad no es correcta. Excelente. Si hubiera sido correcta, John se habría preocupado mucho. Últimamente puede considerarse a Optimus como melancólico, sin duda; pero es algo que comparte con muchos de su especie. Que juegue al ajedrez en secreto con personas, eso sí que John no se lo puede imaginar.

Lleva el cursor a la foto siguiente. Allí hay una especie de pelota. Debe ser algún tipo de juego de ordenador en el que interviene una pelota, ¿no? ¡Muy original! Hace clic encima.

MINI, 6. ROBOT DE INVESTIGACIÓN. CURIOSO, RÁPIDO, EXTROVERTIDO, CORPORALMENTE DÉBIL, ENAMORADO.

¿Un robot enamorado? Los programadores debían tener mucho humor. Pero ya va viendo el patrón. Debe seleccionar a los protagonistas del juego. Y debe procurar que la combinación sea la mejor posible. Cambia a la imagen siguiente.

MAX, 39. TÉCNICO AEROESPACIAL. INDIVIDUALISTA, DURO DE PELAR, ATENTO, DIVERTIDO, TOCA LA GUITARRA.

Parece que Max es un tipo con mucho carácter. Si quisiera jugar a este juego, elegiría antes a ese Max que no a ese otro John. Va con el cursor hasta el primer recuadro de la izquierda, pero no puede deseleccionar el marco blanco alrededor de John. Traga.

Quedan dos candidatos más y ambos parecen ser mujeres, si se guía por el retrato que hay enmarcado.

NATHALIE, 37. JURISTA. PRECISA, HERMOSA, RÁPIDA, EXTROVERTIDA, SEDUCTORA.

Seductora, okey. De nuevo un acierto casual. La Nathalie del pequeño retrato es, sin embargo, pelirroja. ¿Será realmente jurista, la persona que conoce en Robotic Ressources? Se encoge de hombros y pasa al último retrato.

SONJA, 41. ADMINISTRATIVA. ABIERTA, DIVERTIDA,
FIABLE, SIEMPRE HA QUERIDO SER ESCRITORA.

No Sonia. John suelta un bufido. La Sonja del retrato tiene una cabellera rubia larga, no una melena corta como Sonia, que además jamás le ha dicho que le gustaría ser escritora. Bueno, de hecho no le ha contado prácticamente nada de ella. Pero el nombre ya lo deja bien claro: Sonja no tiene nada que ver con Sonia. John, Max, Nathalie, Optimus y Mini son nombres de lo más comunes. Si la sexta persona se hubiera llamado Sonia habría empezado a preocuparse mucho.

Se reclina en la silla. Aún no ha seleccionado a nadie. ¿Qué pasará si activa a dos protagonistas? ¿Podrá controlarlos? ¿Desaparecerán los otros dos completamente del juego? No se atreve a tomar una decisión. ¿No es todo esto una soberana estupidez? Toca la carcasa del ordenador. El oscuro plástico es real. Es un juego de ordenador, nada más.

¡Mejor así! En caso contrario tendría que matarle.

John sacude la cabeza. Un mal chiste de su jefe. Apaga la pantalla, pero no el ordenador, y se levanta. Cuando abre la puerta oye los pasos rápidos de Optimus. El robot ha estado espiándole. John le muestra un dedo amenazador, pero acompañado de una sonrisa. El robot podría haberse limitado a conectarse con la cámara. A fin de cuentas, todas las habitaciones están controladas con cámaras por motivos de seguridad.

—Yo … quería traerte algo de beber. —Optimus lleva un vaso de agua en la mano—. Según mis datos, no estás lo suficientemente hidratado.

John realmente tiene sed. Coge el vaso que le ofrece Optimus y se lo bebe de un trago. Al hacerlo, su mirada recae en su reloj. Ya son las diez y diecisiete.

Optimus asiente.

—Hora de irse a dormir.

¿Y el C64? John arruga la frente. No, el C64 puede esperar un poco más. Antes de decidir cuáles serán sus protagonistas, considera mejor consultarlo a fondo con la almohada.

—Tienes razón, Opti.

Se asea en el baño y se cepilla los dientes. De camino al dormitorio se cruza con Optimus que sigue limpiando la cocina. John sonríe. MINUCIOSO, sí, eso es acertado.

—Ya veo que estás bien, John. —Optimus debe haber notado su sonrisa.

—Excelente. He tenido una velada muy interesante.

—Me alegra oír eso. ¿Me lo quieres contar?

John sacude la cabeza. Demasiado pronto para eso.

—Una cosita: ¿podría ser que a veces juegas al ajedrez bajo nombre falso contra otras personas?

La cabeza de Optimus se pone muy roja.

—¿Estás eliminando mucho calor?

El robot asiente. Se siente claramente pillado in fraganti. Incluso en los años 1980 debían tener los robots múltiples manías, ¿cómo si no se explica esa predicción de los programadores?

—Pues ...

—Está bien, Optimus. Entiendo que tu labor conmigo no es muy satisfactoria. Si te resulta de ayuda ganar de vez en cuando al ajedrez, lo comprendo perfectamente. Tampoco haces daño a nadie.

Optimus asiente.

—Gracias, John. ¿Entonces no tienes nada en contra de eso?

—Absolutamente nada.

—La cuestión es que yo juego por dinero. Me gustaría actualizarme algún día para poder salir de nuevo a la calle.

—Oh, vaya, claro. —Eso sí que es sorprendente. Parece que Optimus sufre más de lo que pensaba por estar obligado a permanecer en la casa.

—¿Echas de menos el mundo exterior? Igual puedo añadir algo a tus ahorros para que puedas comprarte esas actualizaciones.

—Eso sería estupendo. No es tanto el mundo exterior, sino una persona de allí que echo de menos. Pero es que por mi edad, la

actualizaciones resultan muy caras.

John asiente. ¡Hay que ver cuántas cosas nuevas ha aprendido hoy! Pero claro, ¿por qué no podría Optimus tener a alguien especial en algún lugar?

—Pues debe ser bastante duro. ¿Qué edad tienes, exactamente?

—Mil millones doscientos un millones ciento setenta y cuatro mil sesenta y seis segundos.

—Por favor, dímelo en una unidad comprensible.

—Treinta y siete años, sesenta y ocho días, treinta y cuatro horas y sesenta y seis segundos.

Caramba, Óptimus realmente es mayor que él. ¿Qué se habrán imaginado los programadores para su robot? ¿También son treinta y siete años? A John le gustaría consultarlo, pero entonces se iría demasiado tarde a la cama.

—Una hermosa edad —dice.

—Los primeros años no fueron muy hermosos. —Optimus parece haber palidecido de golpe—. Fue antes de las leyes protectoras para unidades semiconscientes.

John le apoya una mano sobre el hombro.

—Lo siento mucho.

—No es culpa tuya, John. Tú eras solo un niño.

hardsf.space/links/5106068



Otros títulos de Brandon Q. Morris

Las nubes de Venus

Donde la vida tal como la conocemos es imposible, comienza la verdadera aventura.

Venus es un planeta hostil para la vida, cubierto de innumerables volcanes activos. Aun así, la NASA inicia una expedición en busca de vida, pues en las espesas nubes de esta tórrida hermana de la Tierra podrían darse las condiciones necesarias para su existencia. Una nave aérea especialmente diseñada para ello sirve de plataforma de investigación para sus cuatro astronautas que, al poco de llegar, descubren actividades peligrosas en la candente superficie de Venus. No cabe más que una explicación: allí debe existir una forma de vida muy avanzada.

3.99 € – hardsf.space/links/1727403

La Misión Encélado (Luna Helada 1)

En el año 2031, un robot sonda detecta rastros de actividad biológica en Encélado, una de las lunas de Saturno. Este sensacional descubrimiento demuestra que, en realidad, hay pruebas de vida extraterrestre. Quince años más tarde, una nave espacial construida

a toda prisa emprende el largo viaje hacia el planeta anillado y su luna.

La tripulación internacional no solo se enfrenta a unos difíciles veintisiete meses; si la nave espacial consigue llegar a Encélado sin incidentes, debe usar una nave tuneladora para penetrar en la capa de hielo de kilómetros de espesor que sepulta a la luna. Si existe vida en realidad en Encélado, solo podría estar en el fondo del salado océano cubierto de hielo que fue formado hace billones de años.

Sin embargo, poco después del despegue, el desastre golpea la misión y las oportunidades de que la tripulación llegue a Encélado, y mucho menos que vuelva a casa, no parecen muy optimistas.

2.99 € – hardsf.space/links/709463

The Hole - El Agujero

Un objeto misterioso amenaza con destruir nuestro sistema solar. La supervivencia de la humanidad está en peligro, pero nadie se toma en serio las advertencias de la joven astrofísica Maribel Pedreira. Al mismo tiempo, una tripulación exiliada de parias extraen minerales raros en un solitario asteroide.

Cuando otros científicos finalmente reconocen el alarmante descubrimiento de Pedreira, queda claro que estos marginados sociales son los únicos que podrían ser capaces de salvar nuestro mundo, sabiendo que *The Hole* va inexorable y a toda velocidad hacia el sol.

3.09 € – hardsf.space/links/1306601

Silent Sun

Cuando un astrónomo amateur descubre algo extraño en imágenes telescópicas solares, debe encontrarse una explicación ¿Es solamente un artefacto? ¿O ha encontrado algo totalmente inesperado?

Una tripulación internacional de expertos es formada apresuradamente, una nave espacial es reacondicionada rápidamente y el cuarteto es enviado al viaje de sus vidas ¿Qué desafíos enfrentarán en esta misión improvisada a nuestra estrella central?

3.09 € – hardsf.space/links/1725247

Desastre en Tritón

Nick Abrahams todavía ostenta el récord mundial oficial de lanzamientos espaciales, pero está aburrido de su trabajo como anfitrión de giras turísticas en órbita. Sin embargo, sólo cuando su esposa lo deja, intenta cambiar su vida.

Nick acepta una tentadora oferta de un multimillonario ruso. A cambio de hacer una simple reparación en la luna Tritón de Neptuno, regresará a la Tierra como multimillonario, lo que le permitirá alcanzar su "sueño imposible" de comprar su propio viñedo en California.

El hecho de que Nick deba viajar solo durante los cuatro años que dura el viaje de ida y vuelta no le molesta en absoluto, ya que de todas formas no le gusta especialmente la gente. Una vez en el camino, se entera de que su nuevo jefe ha omitido algunos detalles críticos en la descripción de su trabajo, detalles que podrían costarle la vida y la existencia de la humanidad …

3.99 € – hardsf.space/links/1449023

El ascenso de Próxima

A finales del siglo XXI, la Tierra recibe lo que parece ser una petición urgente de ayuda del planeta Próxima Centauri b en el sistema estelar más cercano al sol. Los astrofísicos sospechan que una enorme erupción solar está a punto de destruir esta civilización desconocida hasta ese momento. Los programas espaciales de la Tierra no están equipados para ayudar, pero un millonario ruso sin

escrúpulos lanza una nave espacial secreta y altamente especializada hacia Próxima b, situada a más de cuatro años luz de distancia. La inusual tripulación se enfrenta a una tarea hercúlea… si es que sobreviven al viaje. Nadie sabe qué esperar de este planeta alienígena.

2.99 € – hardsf.space/links/1453754

Nación de Marte

La NASA finalmente lo hizo. El primer humano acaba de poner un pie en la superficie de nuestro planeta vecino. Este es el comienzo de una larga expedición de investigación que envió a cuatro científicos al espacio.

Pero los cuatro astronautas de la tripulación de la NASA no son los únicos con este destino. La iniciativa financiada privadamente "Marte para todos" también se ha dirigido al Planeta Rojo. Veinte hombres y mujeres han sido seleccionados para vivir allí y establecer el primer asentamiento extraterrestre.

Los desafíos surgen incluso antes de que lleguen a la órbita de Marte. La nave espacial Santa María de MPT se daña en el camino. Solo los cuatro astronautas de la NASA pueden intervenir e intentar salvar sus vidas.

Nadie se anticipa a la catástrofe inminente que amenaza su propia existencia, por no hablar de los obstáculos diarios que una estancia prolongada en un planeta alienígena les plantea. En Marte, comienza una lucha por los recursos limitados, la cooperación humana y la simple supervivencia.

3.99 € – hardsf.space/links/1316050

"El Planeta Rasgado"
Escrito por Brandon Q. Morris
Copyright © 2026 Brandon Q. Morris, hardsf.space
Todos los derechos reservados
Correo electrónico: brandon@hardsf.space
Facebook: www.facebook.com/BrandonQMorris/
Traducido por Tomas Ibarra Cervantes
Edición: Elena García Varela
Diseño de portada: Jelena Gajic

Brandon Q. Morris y el logotipo asociado son marcas del autor.